

Lena Wolf

JUEGOS SALVAJES

Zeit

JUEGOS SALVAJES:
Heit

Prólogo

Nunca se había considerado a sí mismo como alguien dependiente, uno de esos estúpidos sentimentales de los que pensaban con el corazón antes que con la razón. Eso no iba con él, al contrario, esa debilidad de los sentimientos era algo que detestaba por encima de muchas otras cosas, a priori quizás más aborrecibles... sin embargo, precisamente por ese confuso estado emocional en el que se encontraba había permanecido en ese piso al lado de John, esperando el momento en el que su amigo se derrumbara, pero sin darse cuenta que el que estaba a punto de tocar fondo era él mismo.

Cuando esa madrugada salió del apartamento y cerró la puerta, fue cuando en realidad se dio cuenta de que había roto las reglas de su propio juego. Esas que se había autoimpuesto años antes y le habían servido, al menos hasta entonces, para protegerse de todo lo exterior. John no se encontraba en el piso, y era mejor así, no habría tenido fuerzas suficientes para despedirse de él, tampoco habría sabido qué decirle, nunca había sido bueno con las palabras. Era más sencillo dejar una nota, y a esas horas, tras la tercera copa en ese bar de mala muerte, estaba convencido de que había hecho lo mejor. No podía seguir entre esas paredes. Ese apartamento, a pesar del poco tiempo que habían compartido con ella, era Lena. Cada rincón era Lena, cada recuerdo era Lena, cada color, cada olor... el rastro de su fragancia, esa que había atesorado en secreto durante meses, estaba impregnada en cada recoveco de ese hogar, convirtiéndolo en un lugar hostil y salvajemente doloroso, abruptamente insoportable.

—Otra —gruñó entre dientes, haciendo un gesto con la mano al *barman*.

Adoraba que el alcohol anesthesiara su mente, le hacía verlo todo más sencillo a pesar de saber, que la sencillez y él jamás iban de la mano. Tomó un trago de la nueva copa, y se giró apoyando la espalda contra la barra del bar, observando el panorama que se presentaba frente a él. Un atajo de perdedores, ¿era también él uno de ellos? ¡Jamás! Puede que hubiera perdido una batalla, pero no había dicho la última palabra en esa guerra. Sí, se había enamorado de Lena, esa había sido su derrota, sin embargo se alzaría con la victoria al olvidarla. Porque en su mundo no había lugar para el amor, si algo había aprendido con los años era que ese sentimiento te hacía débil, vulnerable,

estúpido... solo hacía falta ver a Max para darse cuenta de ello.

A la quinta copa ya había perdido el control.

Heit caminó por las empedradas calles sin rumbo fijo, tambaleándose de un lado a otro, notando cómo las lágrimas habían empezado a surcar su rostro, emborronándole aún más la visión, y en su mente solo se dibujaba un rostro, un cuerpo, unos labios, unos besos... esos besos, los únicos besos... jamás habría otros y esa certeza le laceraba el corazón.

Era ya de madrugada, pero a pesar de eso hacía mucho calor, un bochorno de esos que se pegaba al cuerpo y no dejaba a penas respirar. No le gustaba el verano, aborrecía el otoño, odiaba el invierno y la primavera era la estación favorita de Lena, no entendía cómo podía saber eso, aunque lo sabía.

Llegó a paso inseguro a ese apartamento, miró hacia una de las ventanas, pero no vio luz. Nunca había ido más allá del portal, no obstante, la necesidad imperiosa de borrar ese rostro y ese cuerpo que tanto dolor le provocaban, lo empujó a ascender esos escalones. Golpeó la puerta con ambas manos, con la urgencia de que se abriera y poder dar rienda suelta a sus necesidades, que no eran otras que las de desdibujar esa mujer con otra, de borrar los besos de Lena con otros labios, desintoxicar su cuerpo de caricias con otras manos. Siguió aporreando la madera, hasta que escuchó pasos al otro lado, las lágrimas no habían dejado de brotar de sus ojos, y se maldecía por eso. «Los hombres jamás lloran» le había dicho su padre entre un golpe y otro, «los hombres jamás se lamentan, nunca muestran su debilidad, los hombres son fuertes y toman aquello que desean cuando lo desean»

Y la puerta se abrió.

—¿Se puede saber...! ¿Heit?

La visión del cuerpo semi desnudo de Elisa terminó de obnubilar su razón, si es que quedaba resquicio alguno de ella. Se abalanzó sobre esa bella mujer, haciendo que al tropezar cayera contra la pared de enfrente. La puerta seguía abierta, o no, no lo sabía, tampoco le importaba, solo la necesidad de que otras manos borrarán el rastro de las de Lena sobre su piel.

—¿Heit! —exclamó ella sorprendida e intentando empujarlo—. ¿Qué haces? ¡Para! ¿Te has vuelto loco?

Heit estaba fuera de sí, sus manos empezaron a recorrer los muslos de

Elisa, intentando alcanzar la goma de la ropa interior para poder deshacerse de ella. Un aroma rancio impregnaba la escena, era el olor a culpabilidad y alcohol.

—¡Basta! —exigió Elisa, rompiendo a llorar presa del miedo y el desconcierto.

—Eres puta ¿no? —balbuceó casi inteligible Heit, y metiendo la mano en el bolsillo sacó un fajo de billetes, que arrojó sin miramientos sobre Elisa, quien debido al forcejeo ya estaba casi tendida en el suelo con él encima suyo—. Yo pago, tú follas...

—¡No! —gritó ella intentando apartarlo, cuando sintió las manos de Heit bajo su ropa interior—. ¡Quieto Heit!

—¿Es que mi dinero no te vale? —gruñó él, batallando para lograr abrirle las piernas—. Tienes que hacerlo Elisa, solo tú puedes hacerlo, tienes que hacerlo... bórrala... bórrala de mi mente... —repitió roto de dolor.

Antes de que Heit consiguiera hundirse en su interior, Elisa logró zafarse de su agarre, que había perdido fuerza cuando el llanto había ganado en intensidad, y una vez liberada del peso de su cuerpo consiguió golpearlo con la rodilla, haciendo que Heit se doblara sobre sí mismo soltando un alarido de dolor, y dejándose caer al suelo.

—¿Mami? —una voz infantil descubrió la escena desde el otro lado del pasillo.

—No pasa nada Roy —respondió enjuagándose las lágrimas Elisa, intentando sonreír al pequeño—. Vete a la cama cariño, no pasa nada...

—Pero...

—Roy, a la cama —dijo tragando las lágrimas, y mirando con severidad a su hijo.

El niño dudó un instante, aunque obedeció a su madre desapareciendo por donde había venido. Elisa miró a Heit, aún tirado en el suelo, se recompuso como pudo la ropa, pasó las manos por las mejillas retirando los últimos rastros de lágrimas y miedo, y se agachó al lado de su amigo. Dudó un instante antes de acariciar su pelo.

—Tranquilo Heit, no ha pasado nada —susurró.

—¡Lo siento! —sollozó él—. Perdona... yo... —se incorporó para enfrentar, con mirada arrepentida, los oscuros ojos de Elisa.

—Eres un gilipollas —espetó ella tirando de su mano para terminar de ayudarlo en la difícil tarea de ponerse en pie, y cuando lo hizo el sonido de su mano contra la cara de Heit rompió el aparente silencio. Él no dijo nada, encajó el merecido golpe y descendió la mirada al suelo, pero sintió como la mejilla empezaba a escocerle—. Prepararé el sofá.

—Gracias —susurró Heit, siguiéndola lastrando su ánimo al interior del piso.

Capítulo 1

5 meses después

3 días antes de la muerte de John

Se pasó la mano por el pelo desordenándolo un poco, y desvió un segundo la mirada a través de la pequeña ventana que daba a ese callejón sin salida. Olía fuerte, como a tiempo y alcohol, un olor que no le gustaba demasiado, aunque a esas alturas ya debiera estar más que acostumbrado. Heit suspiró esperando que el hombre dijera algo, aunque para ser sincero, no se trataba de su mejor trabajo. No estaba centrado, y esas nimiedades sin importancia no lo motivaban lo suficiente como para dar lo mejor de sí. Para él el trabajo tenía que suponer un reto, sin embargo ese hombre no lo había logrado, haciendo que su interés por el encargo disminuyera de forma drástica, así como el esfuerzo empleado en la resolución de sus problemas.

—¡Esto es genial! —exclamó el tipo descendiendo los papeles y clavando la mirada en él—. Es... ¡perfecto! Eres un genio chico.

—Lo soy —sonrió Heit con suficiencia.

—¿Entonces hay trato? —Jack, el jefe de Heit, se apresuró a alzar la mano para que el hombre la encajara, gesto que significaría la aceptación del acuerdo entre ambas partes.

—Hay trato —confirmó al fin el hombre elevando su mano también—, tu chico es un genio Jack —repitió.

—Es el mejor —afirmó él.

Heit no pudo evitar que se le hinchara el pecho de orgullo. Le encantaba lo que hacía. Desde pequeño encontraba especial fascinación en jugar con los números, quién iba a decirle que de mayor esos juegos le valdrían para labrarse un futuro, aunque fuese en un mundo tan sórdido como en el que se encontraba. Observó de reojo a Jack que terminaba de perfilar los términos del contrato, y como discutían la comisión que se llevaría. Esas eran las cosas por las que Heit seguía trabajando para él, era la parte tediosa del trabajo, ¿a quién le importaba el dinero cuando hablaban de falsear, engañar y estafar? Lo hacía porque le gustaba y podía hacerlo. Jugar, romper las reglas, todo en la

vida tenía un precio y a él le encantaba descubrir cuál era. Disfrutaba con lo que hacía, siempre moviéndose en el margen de lo legal. Lo que le pagaran después era un plus añadido, aunque no la razón por la que se levantaba cada mañana. De hecho, el motivo por el cual se levantaba cada mañana en ese instante era todo un misterio, incluso para él.

—Has hecho un buen trabajo —dijo Jack sentándose a su lado, después de despedir al cliente—, no ha sido de tus mejores logros, pero le ha bastado con eso.

—No le hacía falta mucho más.

—Puede... sin embargo... —Jack lo miró con preocupación, hacía ya meses que Heit no era el mismo. Que bebiera más o se metiera en demasiadas peleas no era la parte que inquietaba a Jack, lo que de verdad le preocupaba era que hiciera un buen trabajo, y si bien cumplía, había perdido brillantez. Volvió a mirar a su chico con intranquilidad—. Sin embargo —prosiguió— necesito al Heit de antes.

—Soy el mismo —se defendió este con un deje de enfado en la voz.

—Chico, no sé a quién pretendes engañar, aunque está claro que a mí no. ¿Puedo contar contigo?

—Sabes que sí —gruñó Heit molesto porque pusieran en entredicho su profesionalidad, acababa de hacerle ganar un par de miles, a pesar de no estar tan lúcido como meses atrás.

—¡Está bien! —exclamó Jack golpeando con ambas manos las rodillas al levantarse—. Entonces, mañana te quiero con todo tu arsenal, tengo en mente algo grande, y necesito de tu mejor inventiva... si sale bien...

—Saldrá bien —aseguró rotundo Heit.

—Cuando salga bien —corrigió Jack— nos haremos ricos chico, muy muy ricos.

—Sabes que no lo hago por el dinero.

—Pero a nadie le amarga un dulce, ¿no? Puedes llevarte a esa amiguita tuya a dar la vuelta al mundo, o irte tú solo y mandar a tu amiguita a tomar por culo...

Heit sonrió sin ganas y aguantó estoico la sonrisa hasta que Jack desapareció, seguido por Yuri, uno de sus matones, el más imponente de todos. Siguió allí sentado unos minutos más, pensando en qué o quién podría ser el objetivo de Jack, esperaba que fuese algo verdaderamente gordo, lo

necesitaba, su vida necesitaba un poco de acción, un reto, un estímulo, algo que lo mantuviera alerta y distraído, y que además implicara dar lo mejor de sí, necesitaba con todas sus fuerzas algo que mitigara, al menos un poco, el recuerdo de Lena, que se había aferrado con tanta fuerza a su subconsciente que le asustaba. De hecho, estaba muerto de terror, pues a esas alturas, después de tanto tiempo, no entendía por qué esa mujer seguía anclada en su cabeza, anidada en su corazón, arraigada en su alma. Lena era un cáncer que lo estaba consumiendo poco a poco, que parecía no tener medicación para aliviar o erradicar su dolencia.

Salió de ese viejo almacén cuando la tarde casi había tocado a su fin, aunque la oscuridad se cernía ya sobre todos, era lo más odioso del invierno, eso y el frío que se colaba en el interior de uno mismo, y no había como deshacerse de él. Encendió un cigarrillo dando una profunda calada, mientras caminaba sin prisa hacia su coche. Era viernes, así que antes de volver al apartamento debería hacer una parada, noche de videojuegos y pizza, sonrió aunque esta vez fue una sonrisa de verdad, no de esas que llevaba ensayadas para cada ocasión.

Sacó las llaves del bolsillo haciendo malabares con la caja de la pizza, en el interior se escuchaban gritos, risas y golpes, y de nuevo se descubrió a sí mismo volviendo a sonreír.

—¡Ha legado Heit! ¡Mamiiiiiii!

Roy corrió por el pasillo y se abalanzó sobre él, aunque el objetivo era descubrir de qué era la pizza que había dentro de la caja y, cuando lo hizo rio de alegría por la elección de Heit, haciéndoselo saber con un elocuente gesto de conformidad antes de salir corriendo en dirección a la cocina de nuevo.

—Buenas noches —saludó Heit dejando la caja sobre la mesa.

Elisa estaba ya vestida para salir a trabajar, sonrió al verle entrar. Al principio había tenido sus reservas, pero poco a poco Heit se había ganado el cariño de Roy y su confianza, tanto como para confiarle el cuidado de su hijo, al menos de vez en cuando.

—Tengo que irme —respondió ella, buscando las llaves dentro del bolso —, llego tarde y Axel cada vez está más... —y quedó callada mirando a Roy.

—Deberías mandarlo a la... —comentó Heit.

—Claro... —gruñó ella molesta, pues habían tenido esa misma conversación cientos de veces, y a pesar de que Heit tenía razón, ella no podía permitirse el lujo de dejar el trabajo, el orgullo no daba de comer—. ¿Te ha ido bien? —le preguntó para desviar la conversación.

—Como siempre —afirmó Heit.

—Jack tiene suerte contigo, eres su oca de los huevos de oro... En fin... me voy. Roy, pórtate bien y no molestes mucho a Heit.

Era divertido. Al principio le había costado un mundo, no sabía de qué hablarle a un niño de siete años, qué era lo que le gustaba o lo motivaba, sin embargo poco a poco descubrió que era muy parecido a tratar con Max: videojuegos, comida basura y darle la razón en casi todo. Cuando tuvo la llave del éxito, el resto había llegado solo y sin esfuerzo, sin pretenderlo ni buscarlo. Roy le había salvado de terminar de hundirse. Había llegado a ese piso de madrugada y dispuesto a todo por olvidar aquello que le oprimía el pecho, cinco meses después, Lena seguía doliéndole de un modo que le era imposible de explicar, pero había aprendido a sobrellevarlo o al menos, a no llevarse a nadie por delante en su afán de salvación. Y todo ello gracias a ese crío que le ganaba siempre al Mario Car.

—¡Me aburro! —exclamó Roy, después de machacarlo más de siete veces seguidas.

—Bueno, es hora de irse a dormir —indicó Heit.

—¿Ya? ¡Sí hombre! —protestó el pequeño.

—Pero, ¿qué cojjj... jines quiere decir «sí hombre»?

—Pues que no me quiero ir a la cama, es muy pronto. ¡Cuéntame algo! —pidió Roy.

—Uno, dos, tres —empezó Heit, cogiéndolo de uno de los brazos y de otra de sus piernas, para alzarlo del sofá—, cuatro, cinco... —siguió contando, mientras emprendía el camino por el pasillo con el niño revolviéndose y gritando—, seis, siete, ocho... —le balanceó— nueve y ¡diez! —gritó soltándolo, para que cayera sobre la cama.

—¡Otra vez, otra vez! —exclamó alborotado Roy.

—¡Duérmete ya pesado! No me obligues a llamar al hombre del saco —dijo Heit serio, aunque se estaba conteniendo para no esbozar una sonrisa.

—Ese ya no da miedo —replicó el niño poniendo los ojos en blanco.

—¡Joder! —soltó Heit echándole la colcha por encima y arropándolo—. Me estoy haciendo mayor, en mi época acojonaba.

—¿Mañana vas a ir a trabajar? —preguntó de pronto incorporándose de nuevo.

—Sí, pero vendrá Elga para vigilarte.

—No necesito una canguro que me vigile, ¡soy mayor! —bufó con evidente enfado el niño.

—Pues razón de más tonto, que la vecina está muy buena.

—¿La has probado? —inquirió él abriendo mucho los ojos. Heit no pudo evitar soltar una carcajada.

—En mi caso se consideraría delito —comentó Heit, y lo empujó para que volviera a recostarse—, pero aprovecha tú que puedes —añadió guiñándole un ojo a pesar que Roy no había terminado de entender su broma—. Venga, duerme —dijo apagando la luz—. Estaré en el sofá si me necesitas.

—Heeeeeeeeeit.

—¿Quéééééé? —respondió imitando el tono.

—Mamá dice que un día te irás, que tu sitio no es un sofá.

—No te preocupes por eso y duérmete.

Esos meses habían sido una montaña rusa sentimental, algo que lo había pillado totalmente desprevenido, porque los sentimientos nunca habían formado parte de su forma de ser. Jamás. No porque no quisiera, sino porque nunca nadie había logrado superar la coraza que llevaba puesta desde que tenía uso de razón. Salvo John. Excepto Max. Y Lena.

Lena...

Heit se dejó caer en el sofá arrastrando las manos desde su rostro hacia atrás. Se preguntaba cómo habría sido todo si ella no hubiese aparecido, puede que su amistad con John y Max estuviese ya de por sí abocada al fracaso, se negaba a reconocer que una mujer hubiese tenido el poder suficiente, como para joderle de ese modo la vida sin embargo, así había sido. Y eso le desconcertaba demasiado.

Ese día se levantó temprano, se vistió y salió del apartamento sin hacer mucho ruido, en la casa todos dormían, seguramente Elisa solo desde hacía unas pocas horas. Esa mañana había amanecido con el cielo totalmente encapotado, era bastante probable en pocos días empezara a nevar, y a pesar de que las Navidades ya habían quedado atrás, podrían disfrutar de un final de invierno blanquecino. Se acercó a la cafetería de la esquina, como todas las

mañanas pidió un café largo y encendió un cigarrillo, mientras esperaba que le dieran el tan socorrido vaso de cartón.

Esa mañana, al igual que todas, condujo por las atestadas calles de la ciudad hasta las afueras, una vez allí tomó el desvío que le alejaba en dirección al norte, hasta llegar a esa zona algo destartada en la que Jack había establecido su oficina unos años atrás. La principal, después solía moverse por distintos tugurios de mala muerte, entre ellos el club donde trabajaba Elisa.

Una vez hubo estacionado el coche, descendió de él y como todas las mañanas caminó sin prisa hasta la entrada, aunque ese día, a diferencia de los anteriores, la curiosidad le embargaba. Hacía ya algunos años que trabajaba para Jack, antes lo había hecho durante un tiempo para otro hombre, pero murió en extrañas circunstancias, un tiro en la nuca. Era consciente que el mundo donde se había metido era peligroso, sin embargo la adrenalina era lo único que le hacía sentir un poco vivo... Aunque entonces llegó Lena y despertó en él otra clase de sensaciones, que ni tener una pistola en la sien le había provocado. Ese era su mundo, y lo adoraba. Al finalizar su jornada llegaba a casa con Max y John, y todo era siniestramente real, o irreal, pues había alcanzado un punto en el que ya no sabía, si su vida era la que tenía con sus amigos o la que solo despertaba cuando traspasaba la línea de lo legal. Fuera como fuese, en su necesidad de sensaciones se había ido metiendo más y más en ese mundo del que ya nunca podría salir. Puede que hubiese sido mejor haber roto la amistad con ellos, estaba convencido que algún día aparecería muerto en cualquier cuneta, y era mejor que ellos no tuvieran que vivir algo así de crudo. No tendrían respuestas para todas las preguntas que les asaltarían en esos momentos, y siempre vivirían con la sensación de haber convivido con una mentira.

—¡Llegas pronto muchacho! —exclamó Jack apareciendo tras Yuri, el eslovaco que parecía un armario empotrado—. Perfecto, ¿has desayunado? — Heit asintió con la cabeza—. Un café entonces...

Heit no lo rechazó, jamás rechazaba una taza de café ni un cigarrillo. Jack se sentó tranquilamente, mientras empezaba a devorar un cuantioso desayuno continental, Heit tomó la taza de café y se sentó cerca de la ventana, a través de la cual perdió la mirada.

—Espero que vengas preparado —llamó su atención Jack—, necesito de toda tu inventiva, así que pon a funcionar tu máquina de ideas...

—Nunca la apago, cuesta mucho volverla a arrancar —bromeó Heit—. ¿No puedo saber nada antes de llegar dónde sea que vayas a llevarme?

—¿Cómo sabes que te voy a llevar a algún lado? —inquirió Jack.

—Desayunas. Nunca desayunas si no vas a salir —apuntó Heit.

—Chico observador —concedió su jefe.

—Siempre.

—¿Quieres saber dónde vamos? A hacer historia, muchacho. ¡Vamos a hacer historia! —sonrió petulante Jack.

Dos horas después Yuri aparcaba el coche cerca de unos almacenes, a priori abandonados. Heit les siguió en dirección a una de las naves, era un lugar tranquilo, lejos del mundanal ruido, un emplazamiento perfecto para un asesinato. Sonrió ante tal pensamiento. La verdad era que, desde hacía un tiempo, esa idea rondaba su cabeza, porque después de todos esos años, había visto demasiado, sabía mucho, y ese era un hecho irrefutable. Tenía claro que podía llegar el día en que solo fuese un estorbo y como su anterior jefe, muriera en extrañas circunstancias.

Alcanzaron la fachada de la nave más grande hasta quedar frente una persiana metálica. Yuri inspeccionó la zona antes de proceder a golpear en la misma, y pasados unos instantes esta se abrió, al otro lado otros dos gorilas del zoológico armados hasta los dientes les dieron una efusiva bienvenida, enseñando todo su potencial armamentístico, un duelo de a ver quién la tenía más grande, pensó Heit demasiado acostumbrado como para que eso lo impresionara. Uno de ellos se adelantó hacia Yuri, que cedió su arma sin oponer demasiada resistencia, otro de los hombres sin embargo, se había acercado hasta él y, con pocos miramientos, empezó a cachearle.

—¡Esta limpio! —exclamó en dirección al primero.

—Claro que estoy limpio —gruñó Heit.

—Muchacho, un poco de paciencia —advirtió Jack serio.

El interior del local era más confortable de lo que a primera vista pudiera parecer, a diferencia del exterior no hacía nada de frío, y pronto hasta las chaquetas les sobraban, a pesar de eso ninguno de los tres hizo el menor movimiento para desprenderse de ellas, todos estaban alerta y expectantes.

—¡Jack! Amigo... —exclamó una voz.

Un hombre apareció por la derecha, era de mediana edad, iba perfectamente peinado y tenía buen porte, llevaba pantalones de vestir, sin embargo, iba en mangas de camisa y solo con esas dos palabras, Heit ya había advertido que era extranjero, casi con toda probabilidad de Europa del este. Jack y el desconocido encajaron las manos y hablaron durante unos instantes en voz baja, Heit intentó saber de qué, aunque no alcanzaba a escucharlos, pero de pronto ambos se giraron para observarle.

—Este es mi fiero —anunció Jack, sin poder esconder el orgullo golpeando la espalda de Heit—. Mi chico es el mejor de todos, puedes estar seguro de eso.

—Así que tú eres el famoso Heit —comentó el hombre.

—Ese debo ser —dijo, alargando la mano y encajándola con la que le ofrecía.

—Eres muy joven, no esperaba alguien tan joven —reconoció el hombre sin esconder su desconcierto.

—Mozart compuso su primera sinfonía a los cinco años, en realidad yo ya voy tarde para muchas cosas —replicó socarrón Heit.

—Me gusta —sentenció el hombre—. Soy Iván Vasíliev.

—El señor Vasíliev necesita de nuestros servicios —intervino Jack—, un trabajo complicado de los que te gustan —añadió guiñándole un ojo a Heit.

—Perfecto, me apasionan los retos —declaró, mientras esbozaba media sonrisa.

—Este sin duda lo va a ser —dijo Vasíliev, indicándole que le siguiera—. Normalmente, como comprenderás, por precaución no traigo a nadie aquí —empezó a decir—, pero dado que te vas a convertir en mi «contable» he pensado que deberías conocer este lugar, huelga decir qué, ante cualquier mínima duda que me despierte tu comportamiento... —manifestó Iván, dejando las palabras no dichas suspendidas en el aire.

Iván Vasíliev miró a Heit de hito en hito y no hizo falta más, este lo entendió a la perfección, había ascendido de nivel y la garantía que aportaba era su propia vida, se sorprendió cuando confirmó que eso no le importaba. Siguió al hombre, mientras su gorila lo seguía a él. Era una nave industrial

como otras tantas: grande, sucia, aunque no fría ni húmeda, había algunos coches aparcados, bidones, cajas... algo a priori muy normal.

Iván detuvo su avance frente a una persiana y se echó a un lado, fue su secuaz el que se acercó para abrirla y así mostrar lo que había en el interior.

El paraíso.

Heit cerró los ojos un instante y los volvió a abrir sin poder creer lo que allí veía. Había muerto y estaba en el cielo. Dudó un instante, miró al interior y se giró un poco buscando los ojos de Jack, que estaban tan desorbitados como debían estar los suyos, o incluso más. Frente a él, el montón de dinero más grande que jamás había tenido el placer de contemplar. Estaba amontonado formando un perfecto cuadrado en medio de la sala, debía ser de unos diez metros cuadrados por al menos medio metro de alto. Fue a decir algo, pero notó que se le había secado la boca, carraspeó para intentar poder formular las ciento cincuenta mil preguntas, que así en un principio, afloraban a su mente.

—¿Se tiene que blanquear todo? —consiguió decir, a lo que Vasíliev asintió—. ¿Cuánto hay?

—No lo sé.

—Podría pasarme semanas solo con intentar escribir una cifra aproximada —pensó Heit en voz alta—. Esto sería como contar los granos de arroz de un puñetero paquete, una locura...

Heit se adelantó un paso hacia el montón, el mismo paso que el gorila de Vasíliev se acercó a él. No le interesaba saber de dónde provenía tanto dinero, aunque podía hacerse una idea. Pasó las manos por su rostro y tiró hacia atrás el pelo, ese condenado mechón siempre se obstinaba en caérsele sobre los ojos.

—¿Plazo? —inquirió Heit.

—No tengo prisa —respondió Iván.

—¿Y tengo algún máximo? ¿Alguna condición? —siguió cuestionando.

—Jack me ha recomendado que te deje manga ancha, así que chico, carta blanca, usa tu portentosa imaginación —afirmó el hombre.

Heit sonrió. Eso sí era un reto, y lo mejor de todo es que lo mantendría ocupado noche y día, así su mente le daría tregua con Lena.

—¿Puedo? —preguntó, señalando al montón de dinero.

El señor Vasiliev asintió con un leve gesto de cabeza y dibujó una sonrisa en su rostro, después se giró hacia su hombre para hacerle la señal de «no intervención». Heit se acercó con mucho respeto a ese perfecto y bien alineado montón de dinero. Su cabeza era capaz de calcular sumas astronómicas, pero estaba convencido que ahora cualquier cifra que pudiese imaginar, se quedaría corta. Llegó hasta el dinero, lo miró, sonrió y se atrevió a alzar la mano para acariciar uno de los fajos que componían esa edificación de papel. Se envalentonó un poco y cogió uno, por el peso podía saber, más o menos, de cuánto se trataba. Se sintió tentado de dar un bote y dejarse caer de espaldas sobre ese montón, aunque no lo hizo, contenerse le costó mucho.

—Esto es un puto paraíso —soltó.

—¿No dices siempre que no lo haces por el dinero? —se burló Jack creyendo haberle pillado en un renuncio.

—No es por el dinero en sí, es por todo el trabajo que me va a costar blanquearlo —replicó Heit sonriendo de oreja a oreja como hacía tiempo que no lograba hacer.

—Estás enfermo de la cabeza —susurró Yuri sin poder contenerse.

Cuando cerca de la hora de comer llegó al apartamento de Elisa, le recibió, como muchas otras veces, el silencio. Siempre se había sentido muy cómodo con los sitios y momentos silenciosos, no necesitaba rellenarlos para sentirse a gusto, sin embargo de un tiempo a esta parte, esos momentos lo angustiaban hasta el punto de no poder soportarlos. Miró el reloj, Roy debía estar en casa de la vecina y Elisa durmiendo. Suspiró apesadumbrado, aunque antes de poder acomodarse en el sofá, ella apareció por el pasillo. Estaba despeinada y no se había desmaquillado al llegar, así que tenía un borrón alrededor de los ojos y los labios, llevaba un pijama de cuerpo entero que en sus orígenes había sido afelpado, pero que a esas alturas de su vida útil estaba lleno de pequeñas bolitas y era de un color indefinido. Elisa lo miró un segundo antes de buscar con la mirada a su hijo.

—¿Y Roy? —le preguntó.

—Acabo de llegar —dijo Heit volviéndose a levantar—, ¿quieres que vaya

a buscarlo? —Elisa negó y se llevó ambas manos a la cabeza.

—Joder, esta puta migraña va a matarme —se lamentó—. Axel es un hijo de puta —gruñó yendo a la cocina a por un analgésico.

—Podría matarlo —le dijo él en un guiño.

—¿Y que te metan en la cárcel? —Elisa chasqueó la lengua—. Me vas mejor de canguro ocasional —sonrió y tragó la pastilla—. Te veo de buen humor.

—¿Tú crees? —inquirió él alzando una ceja.

Elisa entrecerró los ojos, la verdad era que el buen humor de Heit era bastante difícil de identificar, puede que porque lo usara a cuentagotas.

—Creo que has tenido un buen día —se aventuró a decir Elisa, aunque aún no muy convencida.

—Lo he tenido —confirmó él.

—¡Sí! —exclamó, y la acompañó con un elocuente gesto de victoria, contenta de haber acertado.

—Y puede que también lo sea para ti —susurró Heit, perdiendo la mirada un momento en el infinito meditabundo.

—¿Para mí? Ya te he dicho que no quiero que mates a Axel —comentó Elisa extrañada.

—Matarlo no, pero... ¡Joder! Soy un puto genio... Tengo que irme —profirió Heit, volviendo a coger la chaqueta.

—¿Ahora? ¡Pero si acabas de llegar! —clamó Elisa, que lo siguió hasta el pasillo, sin embargo él ya estaba descendiendo los escalones de dos en dos—. ¿Vuelves a comer? —preguntó, aunque no obtuvo respuesta.

Puso la llave en el contacto y arrancó, se incorporó al tráfico quemando rueda, no había tenido tiempo de llamar a Jack, tampoco le hacía falta. La idea había cruzado su mente como una corriente eléctrica, un rayo de lucidez. Se alegró de ser aún capaz de tener ideas brillantes, por un momento el pensamiento de no volver a funcionar al cien por cien le había asustado.

Entró en el local saludando a una de las chicas, se sentó en la barra y pidió un refresco bajo la mirada de incredulidad del camarero. Se giró y observó el sitio, al tiempo que daba un sorbo a su bebida. En el escenario Valerie bailaba al son de la música, mientras poco a poco las prendas que cubrían su cuerpo empezaban a caer. Tenía un cuerpo bonito, todas las chicas que allí trabajaban

lo tenían. Heit se deleitó en el contoneo de sus caderas, la manera casi hipnótica de moverse, sus brazos, la suavidad con la que sus propias manos mimaban en cada caricia su cuerpo, la mirada de lujuria, capaz de traspasar la barrera del escenario y clavarse en los pobres mortales arremolinados alrededor de él. El ambiente en el local era denso, cargado... el calor humano, el olor a alcohol, ese ligero aroma a sexo, las feromonas y la testosterona... sin embargo él no sentía nada, ninguna reacción. Mientras Valerie bailaba, se movía e insinuaba más de lo que mostraba, el personal se iba encendiendo, hasta llegar a un punto de casi no retorno, en el que el calor, las ansias y las ganas de más se traducían en dinero. Mucho dinero, eso sí podía sentirlo. Cada prenda que caía al suelo eran unos cuantos cientos de dólares, y cada nueva canción otros tantos, esas mujeres estaban allí para el disfrute de unos cuantos, dispuestos a dejarse importantes sumas por solo el placer de observarlas.

Era un local grande y muy concurrido, allí había conocido a Elisa años antes, bailando como ahora bailaba esa chica. Mostrando su cuerpo y escondiendo su alma. Lo hacía tan bien que había logrado captar su atención, algo poco habitual, pues cuerpos había tantos como bailarinas de *striptease* en ese local, sin embargo Elisa era diferente, transmitía algo que el resto de las chicas no. No sabía lo que era, tampoco se lo había planteado, simplemente Heit había sabido que ella era peculiar. Puede que por eso empezaran a hablar. Le había gustado desde el primer momento, siempre vestida con esa ropa pensada para follar, y el hecho de no poder tocarla, de ser la manzana prohibida había terminado de hacer el trabajo de despertar su curiosidad. Sin embargo, la relación entre ellos no había trascendido más allá de la sincera amistad, actualmente compañeros de piso y canguro esporádico de ese pequeño monstruo llamado Roy.

En el escenario el baile de Valerie estaba próximo al final, los jadeos, gruñidos y demás sonidos guturales ofrecidos por la manada de machos había ido *in crescendo*, hasta convertirse en una letanía constante y persistente, pero Heit no los escuchaba, en su cabeza el sonido que esos hombres producían era uno muy diferente, algo parecido al sonido del dinero al caer.

Heit cogió su refresco y caminó por el local.

La idea empezó a gestarse en su cabeza y era, tenía que reconocerlo, brillante. Mataba dos pájaros de un solo tiro, como a él le gustaba. Puede que costara convencerles, pero en el fondo, deberían reconocer que era un plan perfecto. Terminó de vaciar el vaso con un largo trago y lo dejó en la barra,

echó un último vistazo en el local y se marchó, sería una noche muy larga.

Capítulo 2

Ahí dentro hacía calor, aun así, Heit permaneció con la americana puesta. Mojó los labios en el whisky sin terminar de dar el trago completo, quería estar despejado, pero se habría considerado de mala educación no aceptar la invitación. Vasíliev volvió a mirar alrededor, como analizando todo lo que veía contrastándolo con lo que le habían dicho, y finalmente, aterrizó de nuevo la mirada en Heit, sin poder esconder ese atisbo de incredulidad que desprendían en ese momento sus ojos. Era domingo por la noche y a pesar de eso, el local estaba a rebosar.

—Debe ser una broma —habló muy despacio y alto, para sobreponerse al sonido de la música.

No importaba, esa reacción era normal y en parte Heit la esperaba, le habría extrañado que no fuese así, por lo que no se inmutó ante esa primera negativa de Vasíliev, aunque a su lado Jack parecía ser un manojo de nervios, no paraba de moverse inquieto y empezaba a sudar a mares. Sin embargo aceptaría, Heit lo tenía claro y no acostumbraba a fallar, era bueno analizando a la gente, y había calado desde un principio a ese ruso. Puede que su radar hubiese fallado con Lena, pero ese era un tema a parte en el que no quería ni pararse a pensar en estos momentos.

—¿Qué es lo que no te encaja? —le tuteó Heit sin miramientos, un poco por provocarle, todo tenía que decirlo.

—Nada, no me encaja nada, desde que tú seas el genio que dicen que eres, a que haya confiado en vosotros —aseguró Vasíliev, dejando caer su cuerpo hacía atrás en actitud derrotista—. Estos locales están siempre en el punto de mira.

—Exacto —confirmó Heit, viendo en eso más una ventaja que un inconveniente— y tienen redadas cada dos por tres —dijo con tranquilidad—. Es perfecto.

—¡Estás loco! —exclamó Iván.

—No, soy un genio, tú lo has dicho, y como todos los genios soy algo excéntrico, aunque brillante —rio Heit entonces—. Tienes mucho dinero, este

local da mucho dinero, es legal, de esa legalidad cogida con pinzas. Tú quieres algo que no levante sospechas, ¿quién en su sano juicio elegiría un negocio tan irregular para blanquear dinero? Ya te respondo yo —atajó antes que Vasíliev pudiera decir nada— nadie. Solo un loco. Una lavandería, un local de masajes, un taller... Has ido un paso más allá con tus negocios siempre, créeme si te digo que debes dar ese paso más allá ahora con esto. Confía en mí.

—Empiezas a hacerme dudar —reconoció el hombre.

—Porque sabes que tengo razón.

—Si mi chico dice que es un buen negocio, es que lo es —Jack parecía haber recuperado el aplomo y la confianza en Heit.

—¿Y las redadas? —cuestionó Iván aún dubitativo.

—La mayoría de agentes son clientes asiduos —sonrió Heit—, no hay problema con eso. Solo deberás tener el local «limpio», ya sabes, que nada de tu «otra mercancía» se mezcle con esta... Mantén ambos mundos separados y no tendrás problemas. Además, yo me encargaría de todo.

—¿Y qué pasa con las chicas? —siguió cuestionando Iván.

—Ellas pueden ser tus mejores aliadas —le guiñó un ojo Heit—. Si las tratas bien, ellas te corresponderán. Y créeme si te digo que son muy buenas y leales hasta el final.

El ambiente cargado les envolvía, el humo de los cañones, el calor de cada cuerpo que llenaba el aforo del local. Las chicas ligeras de ropa, los hombres follándoselas con la mirada y deseando hacerlo con otra parte del cuerpo. En el escenario uno de los números más esperados de la noche, ese en que dos preciosas bellezas nórdicas terminaban comiéndose a besos el cuerpo entero. La verdad es que era un espectáculo digno de ver, sin embargo Heit no desvió la mirada de su interlocutor ni un solo segundo, ni por esas dos mujeres rubias que ahora se quitaban la ropa la una a la otra, ni lo hizo cuando la solícita camarera dejó una nueva copa frente a él y, al hacerlo rozó uno de sus brazos con el pecho desnudo.

—No sé si fiarme de un hombre, que no desvía la mirada ni para ver un pezón —sonrió Vasíliev y con ese conato de broma, Heit pudo relajarse por fin, lo tenía en el bolsillo—. ¿No te gustan las mujeres Heit? —preguntó.

—Me encantan —confirmó.

—¿Y el dueño? —inquirió Vasíliev preocupado.

—Ese no me gusta tanto —bromeó— es un gilipollas al que le tengo ganas, pero no te preocupes, yo lo tanteo y te aseguro que venderá —afirmó con tanta convicción, que era imposible negarle nada—. Solo hay un par de cosas que quiero aclarar antes de que empecemos con este negocio —dijo Heit con una tranquilidad pasmosa en la voz, Jack lo miró horrorizado, Heit nunca hacía cosas de ese estilo, jamás negociaba ni ponía condiciones, eso era, sin duda, nuevo, por lo que su jefe no le interrumpió, sino que permaneció expectante.

—Tú dirás —le animó Vasíliev con un gesto de la mano.

—Contratos para ellas, legales y con buen sueldo, seguro médico... ya sabes.

—Podemos estudiarlo —respondió meditabundo Vasíliev.

—Perdona si mi tono te ha confundido, no estoy negociando. Si quieres que me encargue de esto, que ellas estén bien es una condición innegociable —declaró serio Heit.

Iván Vasíliev lo miró sorprendido, Heit desprendía tal seguridad y aplomo que había logrado convencerlo de esa locura, no solo eso, sino que lograría que por fin las chicas tuvieran un buen empleo y condiciones laborales decentes.

—¡Adoro a este chico! —exclamó de pronto Vasíliev, soltando una carcajada—. Mándame tu propuesta y los documentos para poder terminar de sopesarlo.

—Lo haré por cortesía —cortó Heit a Jack que estaba a punto de asentir—, pero sabes que ya has aceptado —sentenció Heit.

—Cúidalo —le recomendó el hombre mirando a Jack—. Es muy bueno.

Cuando salió del local lo hizo satisfecho, no pudo evitar que el orgullo recorriera todo su cuerpo y hasta soltó una carcajada de pura satisfacción. Era el plan perfecto, blanquear el dinero de ese tipo a través de algo tan sumamente amoral como un local de *Striptease*, consiguiendo con eso de paso sacarse de encima al hijo de puta de Axel y procurarle a Elisa un sitio mejor en el que trabajar. Encendió un cigarrillo y le dio una calada. Era bien entrada la noche y hacía frío, pero la emoción y la adrenalina recorría sus venas a un ritmo tan frenético, que se sentía que podía volar.

—¿Siempre logras todo lo que te propones? —oyó a su espalda.

—Me confunde el tono —Heit se giró despacio, Yuri estaba a su lado también con un cigarrillo entre los labios—. ¿Es una interrogación?

—Eres un tipo grande Heit —dijo el hombre antes de encaminarse hacia Jack, para abrirle la puerta del coche.

Era una noche perfecta, de esas que recordaría para el resto de su vida. Sonrió. Sacó el móvil del bolsillo y lo encendió, odiaba que lo interrumpieran en medio de una reunión. Fue a guardarlo de nuevo cuando vibró. Una llamada. Activó el contestador y acercó el dispositivo a su oreja. La sangre se heló en sus venas al reconocer la voz, una que ni en mil vidas habría imaginado volver a escuchar, al menos no en un frío mensaje grabado.

«Tienes que lograr arreglar lo que nosotros jodimos. Sé que la quieres. Solo tú puedes hacerla feliz»

¿John? ¿Cómo podía él tener su nuevo número?

De pronto, algo más allá del mensaje captó su atención, fue el tono de la voz lo que lo alarmó, el modo en que se habían trabado en algunas palabras y deslizado en otras. Su corazón empezó a latir tan fuerte que retumbaba hasta en sus oídos. Tragó saliva como pudo y fue al girarse cuando se dio cuenta que estaba mareado.

No dio importancia a lo que había dicho John, ya analizaría eso después.

—¡Mierda! —gruñó cabreado echando a correr hacia el coche.

Jamás pensó que volvería a ese barrio, mucho menos a ese piso. Lo habría evitado hasta el fin de sus días de haber podido hacerlo. No entendía como John había querido seguir viviendo allí.

Cuando llegó a la puerta del apartamento y alzó la mano para golpear la madera fue como si algo se congelara en su interior. Incertidumbre. Le entraron dudas, algo que detestaba por encima de muchas otras cosas. Jamás se permitía titubear, y cuando tomaba una decisión, no la ponía jamás en tela de juicio, sino que la mantenía hasta el final, aunque estuviera equivocado. Así era él. Tragó saliva y dejó caer uno de los puños contra esa vieja y destartalada puerta, y al hacerlo, un sonido seco partió la madrugada en dos, eso lo animó a seguir golpeando con fuerza hasta que pronto todo el bloque se inundó de un ruido ensordecedor.

—¡Maldita sea! —se escuchó al otro lado—. Se puede saber quién...

—¿Dónde está John? —Heit empujó a Carlos, para meterse en el interior del piso—. ¡John! —gritó. Una mujer pelirroja salió de dentro de la antigua habitación de Lena, cosa que hizo que Heit se detuviera en seco, pero el aturdimiento duró tan solo un segundo—. ¡John! ¡John! —volvió a llamar a su amigo.

—¡Aquí no está! —Carlos lo empujó, haciendo que su espalda golpeará contra la pared más cercana—. Maldito atajo de locos —gruñó el hombre—. John no está aquí y si vuelvo a verlo, te juro que lo mataré con mis propias manos... ¿me has oído? ¡Heit! —Carlos bramó, puesto que la mirada de Heit seguía imantada en la que había sido la habitación de su mejor amigo hasta hacía muy poco—. ¡Largo de mi casa! —lo empujó una vez más, esta vez en dirección a la puerta de salida del apartamento—. No volváis por aquí, ¿queda claro? Porque os voy a matar a cualquiera de los dos... ¡largo! —clamó enfurecido—. ¡Fuera! ¡Largo!

—¡Joder! —gruñó Heit, también fuera de sí golpeando la puerta recién cerrada aún unos segundos más.

Trastrabilló al descender los escalones en dirección a la calle. Su mente era un absoluto caos, no atinaba a enlazar las ideas y se sentía confundido. Corrió de nuevo al coche sin saber muy bien qué hacer a continuación. No entendía nada y notaba cómo le faltaba el aire. ¿Qué había pasado con John? ¿Dónde estaba? ¿Por qué Carlos lo había amenazado? No tenía respuesta para ninguna de esas preguntas y eso lo asustó. No sabía muy bien porqué, sin embargo intuía que la pelirroja tenía algo que ver, lo había visto en sus ojos el segundo en que sus miradas se habían cruzado, había visto la culpabilidad y la angustia en ellos.

Condujo cuál loco, sin rumbo y sin dirección, intentando llamar a John cada poco rato, para darse siempre de bruces con el mensaje de «apagado o fuera de cobertura». Dudó un instante en ir a ver a Max, pero supuso, sin mucho miedo a equivocarse, que no sería demasiado bien recibido por el que antaño fue su amigo. Sobre todo, después de la última vez que se vieron, aún le dolían las costillas de ese encuentro.

—¡Mierda! —chilló a la nada, viendo como todo se escapaba a su control—. ¿Dónde estás John? —preguntó, y sintió unas irrefrenables ganas de

golpearle cuando lo encontrara.

Su mensaje, el tono de desesperación de su voz, había bebido, John no era de beber, casi nunca lo hacía y cuando tomaba una copa, era de los que controlaba hasta dónde podía llegar. Pocas veces lo había visto con resaca, no era de esos. John era la cordura en forma humana, por eso habían encajado tan bien los dos, pues John había sido el mejor freno a todas esas alocadas ideas, que llevaban invadiendo su mente desde que era un niño. Cuando sentía que todo se le escapaba de las manos solía pensar ¿qué haría John?

Condujo dejándose llevar por la intuición, a esas horas la circulación era casi nula, pronto despuntaría el sol y él solo estaba intentando pensar... ¡No! Mejor intentando no pensar en nada, pues por desgracia tenía una macabra imaginación. Pasó por su cabeza acercarse hasta dónde vivía Lena, porque sí, sabía dónde vivía, o puede que condujera hasta casa de la hermana de John... O puede que... Y de nuevo se maldijo por esos flashes de lucidez que a veces le asaltaban. Giró en la avenida y viró su rumbo, siguió conduciendo hasta acercarse a un aparcamiento municipal donde dejó el coche sin demasiados miramientos.

Entró con rapidez y se acercó al mostrador, sin respetar las dos o tres personas que aguardaban su turno, alguien lo increpó, pero se lo sacudió de encima como si una mota de polvo se tratara. Estaba ido y fuera de control, así lo advirtió la mujer tras el mostrador que enseguida activó la llamada a seguridad, mientras él solo podía gritar si habían ingresado a un chico llamado John.

Sin saber muy bien cómo, cuatro fuertes brazos lo agarraron y lo tiraron, literalmente, fuera del hospital. Sintió dolor en el costado que había aterrizado contra el asfalto. Dos hombres habían hecho falta para lograr reducirlo.

Heit se levantó y se sacudió con intención de volver a entrar al interior, cuando algo captó su atención en un coche que pasó por su lado.

—¿Sarah? —susurró con un tono de voz cercano al terror.

Conocía a la pareja de Leah porque habían coincidido un par de veces, y verla ahí hizo que le diera un nuevo vuelco el corazón, de seguir así lo siguiente sería tener un infarto. Corrió hacia su coche para poder seguirla, y lo hizo durante algunos kilómetros, intentando llamar su atención con ráfagas de luz que no sirvieron para nada, hasta que de pronto, y a la salida de la ciudad,

pudo ver que el coche se detenía de manera abrupta en la cuneta. Antes de que él pudiese siquiera frenar del todo, la puerta del copiloto se abrió y del interior salió Leah que, sin dar tiempo a Sarah de llegar a ella, se tambaleó y se precipitó al suelo de rodillas.

Vista desde la lejanía la escena era desgarradora, a pesar de no entender muy bien por qué.

Heit, que había parado tras ellas, sin apagar el motor ni las luces que las enfocaban en esa hora más oscura, a punto de que un nuevo día viera su amanecer, bajó de manera precipitada, Sarah se irguió, sin embargo enseguida lo reconoció, no así Leah que de rodillas en el suelo hipaba y sollozaba de un modo doloroso.

—Leah —se atrevió a llamarla con un hilo de voz.

Estaba llorando. Leah lloraba tan desconsolada, tan llena de angustia que partía el corazón, estaba seguro que, de haber tenido sentimientos, en ese mismo instante, verla tan rota, le tendría totalmente sobrepasado. Pero no era así. Su mente, siempre fría y calculadora, pensaba en un paso más allá: qué había pasado y cómo podía solucionarlo. Solo eso.

—Heit... —la voz de Leah llegó entrecortada por el llanto.

Se levantó con la ayuda de Sarah, y clavó en él su mirada un segundo. Ambos hermanos siempre se habían parecido mucho físicamente, aunque los ojos de Leah trasmitían una determinación que le faltaban a los de John. El mundo se detuvo en ese instante. Heit tomó una bocanada de aire incapaz de decir nada, tan siquiera de moverse, Leah suspiró antes de acercarse al coche de dónde sacó algo, Heit no atinó a ver de qué se trataba, pero caminó hacia ella como empujado por una fuerza superior. El dolor que emanaban los ojos de Leah se clavó en el propio Heit. Entonces ella descendió la mirada hacia la bolsa que sostenía entre las temblorosas manos...

—¿Dónde está John? —preguntó Heit, aunque en el fondo, ya sabía la respuesta.

—Son sus cosas... Esto es lo que queda de él —contestó entre sollozos Leah.

«Lo que queda de él... lo que queda de John» Su mundo se sacudió por entero, pues eso solo podía significar una cosa, algo que Heit no podía aceptar de ninguna de las maneras.

Algo empezó a quemarlo por dentro y por fuera, advirtió un ligero temblor en sus manos cuando alcanzaron a recoger lo que Leah le tendía. «Lo que queda de John» seguía retumbando en su mente, y quiso preguntar qué, cómo, dónde y por qué, sin embargo las palabras se pegaron a su garganta impidiéndole poderlas pronunciar. Ahora sabía cómo se sentía uno cuando te perforaban el corazón.

—Nos llamaron hace unas horas —intervino Sarah, seguramente más por romper el incómodo silencio, o simplemente por evitarle a Leah el tener que dar alguna explicación—. No han... no... —Sarah se dio un respiro antes de poder terminar la frase— no han podido hacer nada por él.

Esa sentencia lo aplastó. Leah volvió a convulsionar, esta vez entre los brazos de Sarah que la sostenía con fuerza para evitar que se derrumbara, pero ¿quién iba a sostenerle a él? Nadie. Su mundo acababa de explotar. Apretó la bolsa contra su pecho, y un gruñido seco salió de su garganta. Heit echó a correr hacia el coche, sentía la sangre bullir por sus venas, no miró cuando se incorporó de nuevo al tráfico, ocasionando que algún que otro conductor se acordara de sus familiares directos e indirectos. Condujo por las calles de esa ciudad que tanto le había enamorado desde adolescente, lo hizo sin rumbo y sin dirección, dejando que un nuevo día naciera por el horizonte, arrastrando la oscuridad y tiñendo de luz todo lo que le rodeaba. Nacía un nuevo día, soleado y que algunos calificarían de casi primaveral, a pesar de la escarcha que oprimía su siempre frío corazón. Un nuevo día en el que John ya no se encontraba entre ellos, un mundo sin John, no era uno en el que él quisiera estar. Pisó el acelerador con fuerza.

Muerto. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Quién? Su mente era un absoluto caos.

Ignoró el aviso acústico que salía de algún lugar inconcreto del salpicadero, y lo hizo hasta que de pronto, el coche emitió un sonido sordo y seco, y después de un par de sacudidas se paró. Sin gasolina. Alzó la mirada y se sorprendió, maldijo para sus adentros a su estúpido subconsciente. No sabía cómo, ni quería entender el por qué, pero se encontraba muy cerca de dónde vivía Lena.

Clavó la mirada en ese portal, era lunes, los lunes ella no trabajaba lo que

significaba que Lena estaba allí, a pocos metros de donde él se encontraba detenido, tan cerca y tan lejos. Intentó moverse, pero algo se lo impidió. No tenía claro qué hora era, la puerta de ese edificio se abrió y salieron dos hombres, los conocía, no sabía cómo se llamaban ni quienes eran, solo que ellos habían recogido y cuidado a Lena, solo por eso ya tenían su más que profundo agradecimiento. Ambos pasaron cerca de donde su coche había quedado detenido... entonces fue cuando se percató del humo que salía de debajo del capó.

—¿Estás bien? —le preguntó uno de ellos—. ¿Tienes algún problema?

«Demasiados para ser enumerados», pensó. Ladeó la cabeza en dirección a la voz, aunque intentó hablar, la voz se le quedó aferrada a su garganta sin querer salir. Notaba el rostro pegajoso y le escocían tanto los ojos que apenas veía con claridad.

—¿Chico? —El otro hombre se acercó y golpeó en el cristal.

Tras Heit habían empezado a acumularse vehículos que, lejos de ser comprensivos con el derrotado hombre del interior, solo proferían gritos, insultos y bocinazos.

—¿Te ayudamos a moverlo? —propuso Judd, a pesar de que Heit ignoraba ese dato, lo miró y asintió con la cabeza.

Heit maniobró, mientras los dos hombres empujaban el vehículo, actividad metabólica a la que se unieron un par de viandantes más. Consiguieron entre todos dejar el coche en una zona donde apenas molestaba. Bajó del interior e intentó agradecerles el haberle ayudado, pero, lejos de eso, quedó con la mirada perdida y una profunda pena emanando de sus azules ojos.

—¿Estás bien? —volvieron a preguntarle, a lo que él simplemente asintió con la cabeza.

—Gra... gracias —tartamudeo, palabra que se quedaba infinitamente corta con todo lo que les tenía que agradecer a esos dos hombres, que no sabían quién era él, aunque Heit sí quiénes eran ellos.

—No hay de qué, ¿necesitas llamar a un taxi o...?

—No... —atajó Heit.

—Está bien pues... —Ambos hombres se miraron y prosiguieron su camino dejándolo atrás.

Heit tardó aún un poco en reaccionar, de pronto la posibilidad de que Lena saliera también lo aterró. Cogió la bolsa que se encontraba sobre el asiento del copiloto, cerró el coche y empezó a caminar. Lo hizo sin rumbo hasta que el frío de un nuevo atardecer le caló hasta los huesos.

Durante esas muchas horas había tenido tiempo para pensar, lo hizo en todo y en nada, imágenes de cuando eran pequeños mezcladas con escenas de los últimos tiempos. John estuvo a su lado cuando su madre los abandonó a él y a su padre, se pegó a él diciendo que estaría a su lado cuando se derrumbara, y le constaba que se había extrañado mucho cuando eso no había ocurrido. Su madre se había ido ¿y qué? Su padre bebía demasiado desde hacía algún tiempo, ¿qué importaba eso? Nada. La gente solía echarles la culpa a los padres de los fracasos de los hijos, pero Heit pensaba que estaban todos equivocados, pues cada uno era libre de labrar su propio destino, y el fiasco de haber nacido en el seno de una familia tan débil y que no había sabido sobreponerse a los golpes de la vida como la suya, no era justificación a como era él ahora. Heit era quien había decidido ser. Ni más ni menos. Sus aciertos y sus fracasos eran suyos, no imputables a sus progenitores.

Eran tan diferentes, él y John eran como la noche y el día, siendo Max ese punto intermedio necesario para que el universo siguiera girando con fluidez. Nunca había sentido la marcha de su madre a una edad tan temprana. Sin embargo, la pérdida de John era como si alguien estuviese haciendo jirones con su piel.

Llegó al apartamento entrada la noche, sin ser consciente de dónde había pasado las horas, era como si una mancha negra emborronara todo lo que había sucedido desde que recibiera el mensaje de John. Ese mensaje... aún no había tenido tiempo de pensar en él.

—¡Eh! ¡Heit! Te he llamado un par de veces —Elisa le saludó desde la cocina, no había rastro de Roy, supuso que estaría dormido—. ¿Has cenado? —preguntó, y entonces fue cuando Elisa advirtió todo lo que los ojos de Heit eran incapaces de esconder—. ¡Joder! ¿Qué ha pasado? —exclamó corriendo a su lado y tiró tirando de él para hacerlo caer en el sofá, advirtiendo que podía desplomarse en cualquier momento en cualquier otra ubicación menos

confortable—. ¡Heit! No me jodas... —Elisa cogió su rostro entre las manos y obligó al chico a mirarla a los ojos—. Otra vez no... por favor... —susurró, rememorando los anteriores meses y lo mucho que le había costado hacer reflotar a Heit del pozo en el que se había hundido.

—Elisa... Esta vez... no...

—¿Qué ha pasado?

—No voy a poder... —balbuceó Heit.

—¡Ni se te ocurra decir eso! —le reprendió Elisa a voz en grito.

—John... él... yo... lo dejé y él... y me mandó un mensaje, pero... —tartamudeó sin hilar una frase. Bajó la mirada a pesar de que Elisa lo tenía aún sujeto—. Ha muerto, creo que él se ha... se ha suicidado —consiguió verbalizar lo que llevaba dando vueltas durante todas esas horas.

Elisa llevó ambas manos a su rostro para amortiguar el gemido que escapó de su garganta, Heit aprovechó que lo había soltado para girarse y perder la mirada en la otra punta del salón. Elisa tuvo que hacer grandísimos esfuerzos para no echarse a llorar. No conocía a John, no personalmente, solo sabía lo poco que le había contado Heit, era consciente que su hermético carácter no le había permitido explicarle más que la punta del iceberg, aún así, de algún modo, sentía simpatía tanto por Max como por John... Saber que él... Elisa sintió como todo su cuerpo se sacudía. Qué dolor tan extremo habría llevado a ese chico a quitarse la vida. Miró a Heit presa del terror, puede que si aquella noche de hacía cinco meses él no hubiese acudido allí... Si ella lo hubiese echado... puede que Heit hubiera terminado del mismo modo que su amigo. Suspiró y arrancó la mirada de él, se levantó del sofá y caminó un par de pasos, intentando aclarar sus ideas y de pronto volvió la mirada hacía Heit.

—No es tu culpa, ¿me oyes? Ni se te ocurra pensar que ha sido culpa tuya —afirmó desandando los dos pasos que les separaban, y se agachó frente a él—. Heit... mírame... ¡Mírame joder! —le gritó—. No es culpa tuya...

—Yo debería haber estado allí con él —dijo en voz queda Heit.

—Y os habríais ahogado los dos —sentenció Elisa.

—Puede que... ¡No lo sé! —sollozó Heit, dejando caer la espalda contra el sofá y cubriendo su rostro con ambas manos.

—¿Ella lo sabe? —preguntó Elisa de pronto, temiendo la reacción de Heit, pero era algo que debía preguntar.

La mención de ese «ella» hizo que todo él se sacudiera. Descubrió su rostro para poder mirarla, Elisa, su Elisa, ese salvavidas que le había mantenido a flote los últimos meses. Quiso decir algo, replicar o indicar que no tenía ni idea de qué le hablaba, pero no tenía fuerzas para ello, así que ladeó la cabeza de lado a lado a modo de negación.

—Tienes que decírselo —aseguró convencida Elisa.

¡Se había vuelto loca! ¿Hablar con Lena? No, no podía, era consciente que no podía enfrentarse a tanto a la vez, ¿la muerte de John y volver a verla? No. Negó con la cabeza repetidamente. No sabía ni si sería capaz de despedirse de John. Era un cobarde, Max había tenido razón en todo, solo la cobardía lo había empujado a actuar del modo en el que lo había hecho, y no era plato de gusto ser consciente qué, por sus actos, por su falta de valor, por su analfabetismo sentimental, ahora John estaba muerto. Puede que él no lo hubiera empujado, pero sí lo había acompañado hasta el borde y lo había dejado saltar. Era su culpa. Solo de él. De pronto el cansancio de las últimas horas hizo mella en Heit, y la angustia que atenazaba su pecho lo agarrotó.

—Lo pensaré —susurró simplemente, antes de acurrucarse en el sofá.

—Heit... Lena debe saberlo —comentó Elisa quedamente, antes de desaparecer.

Él cerró los ojos y empezó a llorar en silencio.

Pesadillas. Heit despertó temblando. Era de día, el sol empezaba a despuntar por el horizonte. Un nuevo día, un nuevo día sin John. Tomó aire de manera pausada e intentó juntar fuerzas de dónde ya no le quedaban, para intentar incorporarse en el sofá.

—¡Heit! —la estridente voz de Roy lo sobresaltó por la espalda.

—¡Roy! Te he dicho que no le despertaras —reprendió Elisa al niño.

—Jooooo —se quejó el pequeño—, si está despierto.

—Estoy despierto —confirmó Heit sin demasiada convicción.

—¿Has dormido vestido? —rió el niño.

—Llegué muy cansado.

—¿Y no te cepillaste ni los dientes? —preguntó el pequeño. Heit no pudo

evitar sonreír y tiró de él para abrazarlo.

—Venga Roy, coge las cosas del cole que nos vamos —le dijo su madre.

—¡Odio el coleeeeeeee! —chilló el niño, antes de salir corriendo por el pasillo.

—¿Estás mejor? —preguntó Elisa acercándose, Heit asintió consciente que no engañaba a nadie, y mucho menos a ella—. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé Elisa —gruñó Heit sacudiéndose, no quería hablar.

—Tienes café en la cocina —respondió ella cogiendo el bolso de encima de la mesa—, o puede que prefieras ir a tomarlo fuera, no sé, digamos que donde trabaja Lena —soltó sin más ante el desconcierto de Heit.

—Pero ¿qué mierda...? —exclamó entre sorprendido y molesto.

—Vas a verla cada martes y cada viernes —susurró Elisa más para ella—. Me costó mucho entender el por qué...

—Aún no lo he entendido ni yo —reconoció Heit, ella tenía razón, cada martes y cada viernes de los últimos meses había ido a ver a Lena, en la distancia, solo observarla, y así no permitir que la herida dejara de sangrar, no quería que cicatrizara nunca, pues le había llevado muchos años conseguir sentir algo y, ahora que lo había logrado, no podía renunciar a ello. Necesitaba su dosis, aunque fuese de dolor, para sentir y recordarse a sí mismo que seguía estando vivo.

—El dolor —suspiró Elisa—, lo haces porque la amas tanto que te duele —susurró cerrando la puerta tras de sí.

Todo parecía igual, el planeta seguía girando alrededor del Sol, la gente se movía, sonreía, en algún lugar del mundo alguien se enamoraba, en ese preciso instante un niño nacía, una pareja se daba su primer beso... Todo seguía como cada día, como había sido el anterior, como posiblemente sería el de mañana.

Heit la observó en la distancia, igual que esa sombra que jamás sería capaz de apartarse del todo de ella. La fuerza que ejercía su pequeño cuerpo había logrado, que todo él gravitara siempre a su alrededor. Lena estaba parada en medio de esa plaza, observando hacía todas direcciones, como si buscara algo, alguien... ¿a él? Era imposible. Vio como sacudía la cabeza, como intentando apartar al fantasma que siempre la rondaba y no la dejaba avanzar, y de pronto corrió hacía la cafetería. Heit no se atrevió a decir nada, con el miedo atenazando todo su cuerpo y las manos convertidas en puños dentro de los bolsillos de sus pantalones. Perdido. Roto.

Había sido fácil enamorarse de ella, había ocurrido como por casualidad, o

como una cruel broma del destino. Un día despertó y al rozar su cuerpo supo que la amaba, que su corazón latía con más fuerza cuando sus manos perfilaban su cuerpo desnudo, cuando sus ojos se cruzaban, sus alientos se mezclaban entre sus labios que no terminaban de juntarse nunca, pues enseguida supo que, si la besaba estaría todo perdido. Había perdido la cuenta de las veces que se la había follado, y ahora anhelaba con cada fibra de su ser el simple roce de su piel. Y en su mente se desdibujaba todo salvo sus besos, esos que solo disfrutó una única vez y que le hicieron confirmar lo que dentro de él ya sabía, que había perdido a ese juego que no sabía ni que había empezado a jugar. Tan simple como eso. Y ahora se torturaba en imaginar todas las cosas que jamás harían.

Su cuerpo permanecía inmóvil en esa calle de la ciudad, mientras su mente viajaba hacia ese mundo que le había sido vetado de antemano, donde alguien como ella podría llegar a enamorarse de alguien como él. En otra vida, otro lugar, un momento diferente, un encuentro casual en un bar... una conversación, el fortuito roce de sus manos, un primer beso... Podría haber sucedido de miles de formas diferentes. Y en todos y cada uno de esos mundos de fantasía podrían haber sido felices. Pero había sucedido de la peor de las maneras y para lo que habían hecho, no había marcha atrás.

El sabor a sangre en su boca le hizo regresar de esa ensoñación que solo le hacía sentir dolor, ese que había arraigado en su interior y anidado en cada rincón de su mente.

Sacó del bolsillo la nota garabateada segundos antes de salir del apartamento, llamó la atención de un chico que pasaba en ese momento por la plaza y le ofreció un billete para que fuera el encargado de entregarla. De nuevo la cobardía le impedía actuar. En ese momento, en ese punto, su razón le decía que tenía que irse de allí, pero algo lo ancló al asfalto impidiéndole poder moverse. No podía ver el interior del local, pero en su cabeza se formó una imagen muy cercana a la que podría ser la reacción de Lena al leer la nota. Sus ojos seguían fijos a esa puerta y su corazón se paró cuando esta se abrió para dejarla salir. Lo hizo corriendo en su dirección y él no pudo más que esconderse, cerró los ojos, apretó los puños y quiso echar a correr, alejarse de allí, cuando de pronto hasta él llegó su nombre pronunciado a media voz. Como en sus sueños, en los que ella le llamaba siempre.

Se maldijo por no ser capaz de poder hacer nada más que huir de ella dejándola rota de dolor, llamándolo a voz en grito, mientras las lágrimas surcaban sus mejillas. Tenía que marcharse, alejarse de esa mujer, sin embargo

cometió el lamentable error de mirarla una última vez y en ese momento hipotecó toda su determinación.

Su mano tembló cuando, a su espalda, se acercó a ella para simplemente tocarla. Un solo roce y todo volvió a empezar como si la rueda jamás hubiese dejado de girar.

—Dime que es mentira —suplicó ella, y Heit se estremeció del sufrimiento que le ocasionó escucharla—. Dime que es una de tus bromas, que solo es una manera más de quererme torturar, de pretender hacerme daño... ¡Te lo suplico! Dime que es todo una de tus mentiras, por favor dímelo, dímelo y te prometo que te creeré.

Lo único que Lena siempre sería capaz de ver en él sería sufrimiento, ese que les había unido y por siempre les mantendría separados. A pesar de que al verla, supiera que jamás sería capaz de separarse de ella. Lena se levantó despacio, o así era como lo percibía él, todo se movía a cámara lenta, se giró poco a poco, como si quisiera darle la opción de escapar, y de pronto sus miradas se atraparon, enredándose en el mutuo dolor que sentían.

—¿Está muerto? —preguntó ella con un hilo de voz tan delgado, que la más mínima brisa habría podido romper.

Esa pregunta se mantuvo flotando en el aire, moviéndose del uno al otro, como esa espada de Damocles amenazando con partir su vida en dos, y es que moriría al responder y también si no lo hacía.

Alargar la mano y poder secar esa insolente lágrima que mojaba su mejilla, cubrir su cuerpo desprotegido del frío con el suyo, rodearla con sus brazos y respirar el aroma de su pelo... Susurrarle un «te quiero» sincero, salido de lo más profundo de su corazón, cometer la locura de atrapar sus labios y volver a recordar a qué sabían sus besos. En ese momento le habría gustado ser quien le evitara las lágrimas, aunque sabía que, en más de una ocasión había sido él, quien se las había hecho derramar. Y allí estaba Lena, jamás pensó que volvería a tenerla tan cerca, a respirar el aroma que desprendía su cuerpo, a sentirse tan débil y tan rendido a los pies de esa mujer, toda su determinación evaporada por una simple mirada de Lena.

—Sí —consiguió dejar salir ese simple monosílabo, y decirlo en voz alta

lo partió en dos.

—¿Qué ha pasado Heit? —La angustia en su pregunta era palpable, y él solo podía pensar en abrazarla y protegerla, alejar todo lo que pudiera hacerla sufrir, y en ese punto concreto, era cuando se daba cuenta que lo único que debía alejar de Lena era a sí mismo—. ¡¿Por qué lo ha hecho?! ¡Dímelo! —exigió alterada alzando la voz.

—No lo sé —gruñó Heit esas malditas palabras, esa certeza que no se había atrevido ni a reconocerse a él mismo, pues no saber qué era lo que había pasado en los últimos meses de la vida de John lo atormentaba y lo haría el resto de su vida—. Yo... me fui del piso... Max lo hizo poco después que tú... y a los meses me marché yo, no... —Heit necesitó tomar aire para la siguiente declaración—. No podía estar un segundo más entre esas paredes, era insoportable.

—¿Insoportable? —inquirió ella y por primera vez en todo ese rato, que no había sido demasiado, alzó los ojos para clavarlos en él, de igual a igual, pero aún con miedo y terror transpirando de su profunda mirada—. ¿Hay algo insoportable para Heit?

«La certeza de que nunca debería tenerte», pensó él, pero no quiso verbalizarlo, no podía.

—Ya sabes —Heit metió ambas manos en los bolsillos para evitar que el temblor en ellas le delatara—, echaba de menos a la mascota.

El sonido de la mano de Lena estampándose contra su rostro rompió el aparente silencio de esa calle poco transitada. El miedo ya no era lo que empañaba su mirada, sino que la ira había ocupado su lugar. Heit encajó el golpe sin decir nada, sin tan siquiera sacar las manos de los bolsillos y sin descender la mirada que seguía clavada en esos bonitos ojos avellana.

—Vuelve a probar —instó ella, con una firmeza casi desconocida en la voz.

—Te echaba de menos, eres más barata que una puta —volvió a decir Heit, esforzándose por herirla.

Ese nuevo golpe dolió un poco más que el anterior, puede que porque Lena había imprimido más fuerza en él, juntando en ese simple gesto toda la rabia

acumulada contra él durante el último año, desde que lo había conocido. Sus ojos estaban imantados, y ni aunque el mundo se hubiera sacudido en ese preciso instante, habría logrado que ellos pudiesen despegarla el uno del otro. Cautivados, subyugados, sometidos el uno a la fuerza de atracción del otro.

—Eres un maldito cabrón —afirmó, y de nuevo las lágrimas acudieron a mojar su rostro y todo su cuerpo tembló—. Un puto sádico de mierda —gruñó Lena con los dientes apretados.

—Él habría querido que fueras —Heit señaló el papel que Lena aún sostenía entre las manos.

—No voy a ir —sentenció ella con convicción—. Y no quiero volver a verte nunca o te juro que...

—Lena... —y no pudo evitar estirar la mano en su dirección con intención de cogerla de la mano.

—¡No me toques! —chilló—. ¡Jamás volverás a ponerme una mano encima! ¡Nunca!

—¡Está bien! —Heit alzó las palmas de las manos y se apartó de ella un poco, pues algunos viandantes se habían detenido a observar la escena—. Ódiame todo lo que quieras, pero tú no eres menos culpable que yo —le dijo con frialdad.

—¿Crees que no lo sé? —escupió Lena con rabia—. Sé que en esta historia yo jugué mi papel —comentó, y era cierto, todo había sido un juego entre los cuatro, que poco a poco se les había escapado de las manos, y a pesar de que quisiera culparles a ellos de todo, era consciente de su participación, que ella era la única que lo habría podido detener, sin embargo jamás lo hizo, aún tenía que llegar a comprender el porqué. Puede que el hombre que tenía delante fuese el motivo de haber soportado hasta lo indecible esa situación, John la había despertado, Max la empujó y dio fuerzas para irse, pero sin duda Heit había sido el que la había hecho aguantar tanto tiempo, solo él y la certeza de no ser capaz de desenmascararlo—. Joder Heit... —susurró agravando la voz—. ¿Te das cuenta? Todo lo que más odio de mí proviene de ti.

Esas palabras se clavaron en el chico como una afilada y certera daga, directa al corazón, lacerándolo en lo más profundo.

Capítulo 3

Tomó un nuevo trago, tan amargo y ardiente que le quemó la garganta al bajar. Perdió la mirada en ese escenario donde una chica solo cubierta por las medias de rejilla y poco más, contoneaba las caderas al son de una música sugerente, mientras una decena de pares de ojos la devoraban con la mirada y jaleaban cada nueva prenda que se precipitaba al suelo. Aunque gran parte del encanto de esas mujeres no estaba en la ropa que se quitaban, sino en la que llevaban puesta.

El calor y olor a sexo se podía respirar en el ambiente, pero Heit seguía en esa nube particular en la que se había sumido al volver a hablar con ella, una nube negra, densa y cargada de tormenta, esa que cuando se desatara, no podría hacer nadie nada por detenerla y sería, sin duda, un desastre natural de magnitudes catastróficas. Por eso intentaba contener todo lo que sentía, porque si por una de esas casualidades de la vida, algo conseguía colarse por un resquicio mal sellado de su siempre hermético corazón, puede que ya no consiguiera contener jamás todo lo que había guardado bajo llave durante tanto tiempo.

—¡Eh! —Jack llamó su atención chasqueando los dedos frente a su cara—. ¡Chico espabila! —le recriminó—. ¡Joder muchacho! Te necesito, y ha de ser al cien por cien.

—Lo siento —susurró Heit, volviendo la mirada sobre los papeles que reposaban sobre la mesa. En el escenario, una nueva chica, una nueva canción, una nueva oportunidad para todos esos libidinosos de volver a empalmarse—. Creo que este es el último —dijo cogiendo uno de los papeles, y tendiéndolo en dirección a su jefe.

Jack adoraba trasladar su lugar de trabajo a ese club, a Heit no le molestaba, tampoco las chicas conseguían distraer su atención. Pronto el club pasaría a ser propiedad de Vasíliev, tan solo quedaba atar un par de cabos, pero lo importante, por suerte para él, ya estaba hecho, pues ahora no tenía la cabeza para esos menesteres, a decir verdad, no la tenía para nada que no fuese maldecirse y autoinculparse.

Heit desvió la mirada de nuevo, cogió el vaso para dar un nuevo trago,

necesitaba con desesperación que el alcohol lo nublara y que así su mente dejara de pensar, de recordarle todo lo que habían vivido juntos y todo lo que ya no podrían disfrutar. Que su cabeza dejara de martillearle con todo lo que habían perdido, todos, cada uno de ellos, en cierto modo, todos habían muerto un poco el día que habían firmado ese contrato.

—¡Joder! ¿Se puede saber que mierda te pasa hoy? —gruñó Jack desesperado ante su pasividad y letargo.

Intentó responder, aunque no lo consiguió, solo sintió una fuerte presión en el pecho y esas irrefrenables ganas de... Se levantó de pronto y salió corriendo del local, una vez en la calle se dejó abrazar por el frío y la humedad de esa primera nevada. Respiró de manera pesada, el vaho de su aliento ascendía y se perdía en el ambiente, cerró los ojos e intentó que sus emociones no estallaran en ese preciso momento, apretando los puños y los ojos con tanta fuerza como pudo, hasta que las uñas se le clavaron en la palma de sus manos. No podía estallar, no debía permitirlo, tenía que lograr serenarse.

—Tienes que ir —la voz de Jack lo alcanzó por la espalda—. Yuri me lo acaba de explicar —aclaró—. No puedes dejar que un amigo parta sin haberte despedido de él, no te lo perdonarías jamás.

—No sé si aún éramos amigos —susurró Heit sin girarse.

—No dejes que el orgullo te impida hacer lo que tienes que hacer.

—No es orgullo, es cobardía, no puedo... no soy capaz... si voy, ya no habrá vuelta atrás —declaró notando como la humedad de una lágrima solitaria bajaba por su mejilla—. Lo voy a echar mucho de menos —reconoció con un hilo de voz.

—Heit —Jack pronunció su nombre despacio, con precaución, pocas veces le llamaba por su nombre—, lárgate de aquí —le ordenó con voz severa.

Condujo con la congoja metida en el pecho, pinzándole el corazón. Aparcó lo suficientemente lejos del cementerio como para que el paseo y el aire frío despejaran su mente, aunque no tanto como para que, durante el pequeño camino, se echara atrás y saliera huyendo.

Con el corazón roto y la culpa a sus espaldas, atravesó esas puertas de hierro forjado y al hacerlo, le golpeó la cruda realidad y dolía, dolía tanto que

estaba seguro que jamás podría recuperarse de ese mal golpe que acababan de asestarle. Odiaba ese pueblo y todo lo que significaba, odiaba a su madre por haberse marchado, a su padre por rendirse tan pronto con él, que ni tiempo de empezar a luchar había tenido. Cuando eres incapaz de sentir amor, el odio es lo único que te llena por dentro, y Heit había aprendido mucho sobre odiar y nada de cómo lograr amar. Metió las manos en los bolsillos y descendió la mirada hasta clavarla en la punta de sus pies antes de empezar a caminar.

Siguió el sendero empedrado hasta que su tristeza se mezcló con la de muchos otros, y de pronto, el sonido de la ciudad, de los coches, los pájaros... quedaron amortiguados por el murmullo del llanto de los que allí se habían reunido, para darle a John su último adiós. No había logrado aún reunir el valor suficiente para alzar la cabeza y enfrentarse al dolor compartido, creía tener suficiente con el suyo propio que amenazaba con terminar de expandirse y hacerle estallar.

Le asustaba el momento en que tuviera que hacer frente a alguno de los allí presentes, no... a alguno no, a Max. Solo pensar en él tembló. Se quedó parado pisando el césped, alejado de todos y aún sin poder mirar más allá de la punta de sus zapatos recién lustrados, pero de pronto sintió una punzada en la sien, esa sensación de cosquilleo y la manera como se le había erizado la piel, igual que cuando alguien te observa. Lo hizo, no lo pudo evitar, levantó la cabeza como si le costara un tremendo esfuerzo realizar ese movimiento, tardó, lo hizo de manera lenta, conteniendo el aire en sus pulmones que no soltó hasta encontrarse con esos ojos color ónix clavados en los suyos. Dos pozos sin fondo que lo escrutaban a menos de tres metros de distancia, parado frente a él también sin respirar. Ambos se miraron en lo que pareció una eternidad, seguramente calibrando cual debía ser su siguiente movimiento.

—No seáis idiotas —les reprochó Andy con la voz rota de dolor.

Ambos amigos se acercaron hasta quedar el uno frente al otro y de pronto, sin previo aviso, se fundieron en un abrazo que duró minutos, traspasando así sus mutuos dolores y culpas el uno al otro, pero curiosamente, eso consiguió aliviar las cargas de sendos corazones.

—Te he echado de menos —afirmó Max y al separarse, Heit pudo fijarse en lo enrojecido de sus ojos.

—Lo siento —Heit sintió la necesidad de empezar con una disculpa, a

pesar que no sabía muy bien por cuál de todas sus faltas estaba pidiendo perdón, esperó que fuera un comodín que valiera por todas y cada una de las veces que les había fallado.

—Yo también lo siento —Max sonrió, lo hizo por primera vez en los últimos días, desde esa llamada que lo había sacudido como un tifón—. Heit... —empezó, pero se dio cuenta que no lo necesitaba, no necesitaba saber qué había pasado, ya nada importaba. John estaba muerto y nada de lo que Heit pudiese contarle iba a cambiar eso, además, advirtió por la mirada de su amigo, que estaba casi tan derrotado como él, incluso más. Así que tiró de su mano para volver a abrazarlo—. Te quiero tío.

Andy no osó interrumpirles, al menos ese dolor que todos compartían había servido para que ambos se perdonaran al fin, aunque John había tenido que morir para ello. Se giró con rapidez para que ninguno de los dos la viera llorar. Lo llevaba haciendo desde hacía tres días, a pesar de que frente a Max intentaba estar serena y aparentar tranquilidad, no quería que él tuviera que cargar a más a más con su tristeza. Perdió la mirada en ese cementerio, siempre le había impresionado aquel lugar, el césped perfectamente cuidado rodeado de los senderos, las flores decorando cada rincón, tanta belleza y tanto dolor confinado en un mismo sitio, protegido por esos altos muros de piedras rodeados de frondosos árboles. Una belleza tétrica en dónde todos terminarían antes o después, por desgracia John lo había hecho demasiado pronto y con mucho aún por vivir.

La familia de John se encontraba frente a su ataúd que, por decisión personal, habían decidido mantener cerrado. Leah y su madre lloraban abrazadas, mientras Sarah no soltaba la mano de Leah, no lo había hecho ni un solo segundo desde que habían llegado. Andy forzó una tímida sonrisa cuando el padre de John tomó a Sarah de los hombros para abrazarla.

—El dolor nos une —susurró Andy, cerrando los ojos un instante.

—¿Estás bien? —Max reapareció a su lado seguido de Heit, tomó su mano y la alzó para besar la punta de sus dedos, ella simplemente asintió, a pesar de que esa afirmación era una absoluta mentira—. Entonces vamos —dijo Max, tomando aire y tirando de ella en dirección al lugar en el que estaban el resto de asistentes.

—Andy —Heit se había situado a su izquierda quedando Max a su derecha — la última vez que nos vimos...

—Está todo olvidado —aseguró ella con una sonrisa triste, que no iluminó sus ojos.

—¿Tan fácil? —se extrañó Heit, pero en el fondo no le sorprendía, la fama de buena de Andy la precedía desde el instituto—. Me alegra que estéis juntos.

—Lo sé —sonrió ella con pesadez.

Todo sucedió como entre brumas, a pesar de que Heit pretendía atesorar cada instante para torturarse con él en un futuro, pronto se dio cuenta que su mente solo podía evadirse para intentar escapar de allí. Y en su ensoñación viajó a un pasado no muy lejano, a esas bromas compartidas, planes confeccionados con precisión, un futuro soñado que terminaba para uno de ellos. «Siempre juntos» se habían prometido, y no estaba claro cuál había fallado de los tres. Heit miró de reojo a Max, con esa expresión ausente y tan abatido, supuso que tanto como él mismo. Andy sostenía su mano con cariño, y de vez en cuando, acariciaba el dorso con la yema del dedo. Se miraban y desprendían amor, aunque lejos de enfurecerle, eso lo alivió. Supuso para él un consuelo saber que al menos Max sería feliz.

La ceremonia estaba a punto de concluir cuando al girarse, para rehuir seguir mirando el ataúd, la vio.

Vestía unos pantalones oscuros y escondía su pena tras unas gruesas gafas de sol, a pesar de que el día era tan nublado como el humor y los ánimos de todos los presentes. Lena había fijado la mirada en la madera de ese féretro, como si ejerciera sobre ella un extraño influjo que no le permitiera despegar su atención de allí. Ella también pensaba que debía torturarse por todo lo ocurrido. En el fondo, no eran tan diferentes. Todos daban el último adiós a John, sin embargo la mirada de Heit había quedado imantada en la figura de Lena, tan frágil, tan rota... Y John con su llamada había pretendido que fuese él quien la arreglara, cuando estaba claro que solo sabía romper todo lo que le importaba, y junto a él, Lena siempre sería infeliz.

—¡Joder! —exclamó Max mirando en dirección dónde lo hacía su amigo—. Es Lena —la miró confundido y después miró a Andy con preocupación—. ¿Cómo sabía ella que era hoy el entierro?

Andy estaba tan confundida como él, entonces Max miró a su amigo entre inquisitivo y sorprendido, Heit solo se encogió de hombros volviendo a descender la mirada al suelo, sin embargo esta vez avergonzado. Se sentía un

estúpido, Max había logrado rehacer su vida, mientras él no había podido soportar no poder verla y tuvo que buscarla, de eso hacía ya unos cuantos meses.

En ese momento de desconcierto para los chicos, el grito de Leah les sobresaltó, acababan de descargar la primera palada de tierra mezclada con nieve sobre el ataúd, el punto y final a una vida que terminaba demasiado pronto y, con muchas historias aún por contar. El sollozo de Leah se clavó en todos los presentes contagiándoles esas infinitas ganas de llorar que parecían no tener final.

Lena también lloraba al resguardo de muchas de las miradas de los allí presentes. Desde que había llegado no había tenido valor para buscarlos entre la multitud, solo había clavado la vista en el ataúd, mientras en su mente se repetía una y otra vez, que sí lo perdonaba, que estaba todo olvidado y que la disculpara por no habérselo dicho cuando tuvo la oportunidad de hacerlo.

La culpa la devoraba por dentro.

No advirtió que alguien se acercaba a ella hasta que una chica algo más alta se paró justo a su lado, con la mirada igual de perdida en la madera de esa jodida caja. Llevaba el pelo castaño claro recogido en una trenza que empezaba en la raíz, al igual que ella misma, vestía ropa oscura y podía adivinarse el cansancio y la pena en su rostro, que no se había molestado en esconder ni bajo una fina capa de maquillaje.

—Hola Lena —la saludó la desconocida. Entonces girándose para mirarla a los ojos, Lena se quitó las gafas de sol consciente de que el aspecto que ofrecería sería bastante lamentable, no le importaba, tampoco se preguntó cómo podía ser que esa chica supiera su nombre—. Soy Andy, yo también era amiga de John.

Lena la miró compungida. Le había costado mucho ir hasta allí, había dudado hasta el último segundo, no se sentía con fuerzas, no de enfrentar la muerte de John, eso sabía que no lo superaría nunca, sino que lo que más la asustaba en ese momento era ver las miradas acusadoras de quienes supieran de su existencia, pues en parte, ella le había matado. Sin embargo, Andy no mostraba nada de eso, sino que la miraba con la misma tristeza que ella misma podía sentir. Lena no pudo evitar que las lágrimas regresaran a sus ojos y sin saber muy bien cómo, se vio entre los brazos de esa desconocida llorando

desconsolada.

—¡Andy! —exclamó entonces apartándose un poco de ese abrazo que había logrado reconfortarla—. ¡Eres tú! —reconoció, y mirando por encima del hombro de Andy pudo ver como Max las observaba en la distancia—. Eres la chica de la guitarra de Max.

Esa afirmación descolocó a Andy y solo atinó en asentir con la cabeza, Lena mostró una tímida sonrisa y volvió a dejarse caer entre sus brazos sollozando.

—Me alegra conocerte —susurró Lena, abrazándola con mucha fuerza, había necesitado un abrazo desde hacía días y por fin lo había encontrado.

—Yo también me alegro —respondió Andy acariciando su espalda—. Cuando todo esto termine vamos a ir a tomar algo, ¿quieres acompañarnos? —le ofreció.

—No —dijo rotunda y casi asustada—. Yo no debería ni haber venido —lamentó Lena.

—No digas eso, tú tenías que estar aquí —aseguró Andy mirándola a los ojos—. Lena, creo que tenéis los tres muchas cosas de las que hablar —añadió, girándose para observar a los chicos que no les quitaban la vista de encima—, y sería bueno que lo hicierais.

—Gracias, puede que otro día...

En el otro lado, Heit dudó hasta el último momento, pero finalmente siguió a Max para dar el pésame a la familia. Nunca había agradado a los padres de John, siempre lo habían tachado de «chico conflictivo» y le constaba, que habían animado a John a frecuentar otras amistades que no fuese la suya. No obstante, ya nada de eso importaba, era algo lejano y que en ese instante carecía de importancia. No pudo evitar mirar de reojo al ataúd, ya medio tapado por las paladas de tierra y nieve. Hacía frío, pero él se notaba arder. Encajó la mano con el padre y dio dos besos a la madre, con Leah se entretuvo un poco más y dejó que ella llorara abrazada a su pecho, mientras le agradecía algo que él no terminaba de comprender, ¿qué podría agradecerle la hermana de John? Todo lo contrario, debería odiarle, pues él había llevado a su hermano a la tumba, si no se hubiese marchado, si hubiera podido aguantar en ese apartamento un poco más... Le costó reaccionar cuando Leah puso en su

mano algo de frío metal y, apretó su mano alrededor para que no la abriera. Leah clavó los ojos en él, los tenía enrojecidos de tanto llorar, pero por un segundo, Heit pudo observar como la pena dejó sitio a otro sentimiento, más profundo y oscuro que reconoció al instante.

—Estaba entre las cosas que tenía en mi piso —le susurró y se aseguró que nadie más pudiese escucharlos—. Ella es la culpable de la muerte de mi hermano —escupió con tanta rabia contenida, que las palabras dolieron al ser pronunciadas y escuchadas.

Heit descendió la cabeza y abrió poco a poco la mano para descubrir en su palma un anillo, volvió a mirar a Leah que seguía con la mirada fija en él.

—¿Qué es esto? —preguntó confundido, aunque otra cuestión era la que más le urgía—. ¿Qué es lo que quieres que haga? —preguntó consciente que haría lo que ella le pidiera.

—Haz lo que tengas que hacer —sentenció Leah apretando los dientes, con la furia brillando en su mirada. Odio, ese sentimiento que tan bien era capaz de reconocer Heit.

Él asintió con un seco golpe de cabeza y volvió a cerrar la mano en un puño, apretando con fuerza esa alianza. Ambos se miraron unos instantes más, entonces Leah se giró para regresar al lado de Sarah.

—Lo que tenga que hacer —repitió Heit mirando cómo Leah y Sarah se alejaban.

—¿Vamos? —inquirió Max cogiéndolo del hombro.

—Debería irme —respondió Heit guardando rápido el anillo en el bolsillo.

—De eso ni hablar —aseguró Max—. Tú te vienes con nosotros.

Ambos se giraron hacía dónde se había quedado Andy, pero no había ni rastro de Lena. Fueron saludando a viejos amigos y conocidos, todos con los mismos rostros surcados por la tristeza y el desconcierto. Nadie osó siquiera mencionar la causa del fallecimiento de John, puede que solo unos pocos conocieran la noticia, ninguno de los dos lo sabía y tampoco era algo de lo que quisieran hablar, de hacerlo seguramente llegarían a la conclusión de que, a pesar de no haber estado allí o por el hecho de no haber estado, ellos habían

empujado a John hacia ese fatal destino.

Max besó a Andy en la mejilla cuando se reencontraron, no dijeron nada y caminaron con solemnidad hacia la salida del cementerio.

—Tengo el coche a un par de calles —ofreció Heit.

—Necesito caminar —declaró Max, que ansiaba dejarse mecer por el reconfortante frío, y ver a Lena había removido muchas cosas en su interior. Necesitaba estar solo y pensar—. Ves tú nena, nos vemos en casa —y empujó delicadamente a Andy en dirección a Heit.

Lo vieron alejarse calle abajo envuelto en el humo de un nuevo cigarrillo. Heit aguardó al lado de Andy en silencio, hasta que ella echó a andar en dirección contraria por donde Max había desaparecido. Se moría de ganas de preguntarle qué le había dicho Lena, pero a la vez, prefería no saber nada, pues tampoco quería comprobar hasta qué punto, Andy era consciente de todo lo que había ocurrido entre ellos, supuso que Max le habría explicado algo, aunque dudaba que se hubiese atrevido a dar más detalles de los necesarios y él no quería poner en un aprieto a Max.

Heit se detuvo un segundo antes de subir al coche y echó un último vistazo al cementerio.

—Hasta siempre —susurró.

—Todos lo echaremos de menos —se unió ella en un lamento.

Andy acarició su brazo y en un arrebato tiró de él para abrazarlo. El desconcierto inundó a Heit ante ese gesto, sin embargo en ese abrazo pronto el calor del cuerpo de ella le pareció un lugar reconfortante donde abandonarse, aunque solo fuera unos segundos, y eso hizo, apretó con fuerza contra él el menudo cuerpo de Andy y cerró los ojos, por un momento se permitió no pensar y solo sentir.

—Max se pondrá celoso —dijo Heit pasados unos segundos e intentó que el tono sonara desenfadado, a pesar de saber que no lo había conseguido del todo—. Y pega fuerte —añadió bromeando. Andy solo sonrió, mientras se apartaba de él para meterse en el coche, una vez dentro ambos se acomodaron, Heit miró por el retrovisor antes de incorporarse a la circulación—. ¿Cómo está Max?

—Igual qué tú —soltó Andy en un suspiro—. No come, no duerme... —se lamentó—. Y yo no sé qué hacer para aliviar su pena.

—No puedes hacer nada.

—Lo sé, y no sabes lo mucho que me jode.

—Te tiene al lado, el resto dejará de importar —aseguró Heit.

Ambos quedaron en silencio durante unos minutos, aunque no se hicieron incómodos, todo lo contrario, pero el sexto sentido de Andy sabía qué era lo que pasaba por la cabeza de Heit.

—Puedes preguntarme por ella —la voz de Andy llegó amortiguada, cubierta de dudas y temor, no le conocía mucho, pero sabía que Heit no era de los de «hablar de sus sentimientos». En el instituto hasta había dudado que los tuviera.

—No tengo nada que preguntar —replicó Heit, intentando esbozar una sonrisa, que se quedó a la altura de una mueca.

—Típica respuesta de Heit —apuntó Andy sin poder evitar cierto pesar en su voz, Heit siempre le había ocasionado cientos de sentimientos contradictorios, durante un tiempo incluso llegó a temerle, pero cuando fue conociéndole, todo el temor dio paso a la pena, Heit despertaba en ella una profunda tristeza.

—Imposible cambiar —sentenció él victorioso.

—Oh, eso no te lo crees ni tú —le sacudió Andy a media voz—, ella ha logrado lo que nunca nadie pudo, hacerte parecer humano.

Heit quiso replicar.

—Hemos llegado —atajó Andy dejándole con la palabra en la boca, ambos descendieron del coche, aunque antes de alcanzar el porche, donde Marian les esperaba, Andy tiró de él para que se detuviera—. Eso que dijiste aquella noche, lo de que ninguno de los tres merecía ser feliz... —empezó a decirle, y Heit enmudeció. Un escalofrío le recorrió por entero, había intentado olvidar aquella noche, pues en un solo acto había puesto todas sus cartas sobre el tapete y se había descubierto.

—Andy... —empezó, pero no supo cómo seguir. ¿Siempre había tenido los ojos tan verdes? Esa mirada tan profunda le intimidaba.

—No era cierto —dijo ella negando con la cabeza—. Puede que no puedas

verlo aún, pero los cuatro lo merecíais, y ahora además, se lo debes a John. Tienes que hacerlo por él.

Andy subió los escalones dejándole ahí plantado. ¿Se lo debía? Puede que ella tuviera razón, pero estaba claro que no tenía ni idea de cómo lograr eso, la verdad era qué, en ese momento, lo veía como algo imposible. ¿Ser feliz? Heit estuvo a punto de soltar una carcajada por lo absurdo. Nunca había sido feliz, al menos que él recordara, ¿cómo pretendía Andy que fuera a serlo ahora, justo después de enterrar a su mejor amigo?

Ascendió los escalones hasta quedar al lado de la puerta, Marian y Andy estaban abrazadas, la verdad era que, podía asegurar, que los abrazos de Andy eran muy reparadores, estaba claro que toda esa situación, la muerte de John, lo tenían muy alterado.

—Si necesitas algo más... —dijo Marian besándola en la mejilla.

—¿Seguro que no quieres quedarte? —insistió Andy.

—No, solo quería saber cómo estabais —replicó Marian, y dicho eso clavó la mirada en Heit—. Me jode que tenga que ser en una situación así, pero me alegra mucho verte Heit.

—Lo mismo digo.

—¿Te quedarás por el pueblo? —quiso saber Marian.

—No creo, no sé... ya veré —¿Quedarse? ¡Jamás! Pensó.

Nunca había estado en casa de Andy, la verdad era que la conversación que acababan de mantener en el coche era de las más largas que habían tenido nunca. Andy era un par de años más pequeña que ellos, y en el colegio se movían en ambientes muy diferentes, de hecho, si no fuese porque estudiaba música con Max, jamás la habrían conocido ni se habrían fijado en ella. La siguió al interior y no pudo evitar sonreír ante algunas de las fotografías colgadas en las paredes de la casa, recordó con nostalgia aquellas tardes escuchándolos tocar en ese destartalado y mugriento garaje, al que Max se empeñaba en ir casi todas las tardes. Heit fue recorriendo cada fotografía hasta que una llamó su atención.

—La colgó Max nada más venir a vivir aquí —explicó Andy situándose a su lado—. Estáis muy guapos.

—Es... es el día que nos mudamos a vivir juntos —murmuró, con un nudo

que le atenazó la garganta.

—Lo sé, Max me ha contado la historia muchas veces...

—No nos lo querían alquilar por ser tres chicos —sonrió Heit—. Así que me presenté con una chica...

—Una prostituta, lo sé —rio Andy—. Solo a ti se te podía ocurrir algo así.

—Veo que conoces bien la historia —comentó Heit, siguiéndola a la cocina dónde tomó asiento en uno de los taburetes.

—Max os ha echado mucho de menos —confesó ella intentando que no se le quebrara la voz.

—Hemos sido unos gilipollas —afirmó Heit. Un nuevo golpe de realidad a su maltrecha conciencia, a ese paso iba a quedar KO antes del anochecer. Cuán estúpidos habían sido, sobre todo él, en el fondo todo era culpa suya, lo sabía, y en algún momento, debería reconocerlo en voz alta, a pesar de que aún debía reunir el valor suficiente para hacerlo.

—Podemos recuperar el tiempo perdido —la voz de Max los sorprendió desde la puerta de entrada—. Por lo pronto esta noche te quedas a cenar.

—Y a dormir —añadió Andy—. Voy a prepararte la habitación.

Las horas pasaron con una velocidad inconstante, agradables por la compañía, dolorosas porque eran conscientes que siempre faltaría uno de ellos. Poco después de cenar, Andy se retiró para dejarles algo de intimidad, Max cogió dos cervezas y ambos se acomodaron en el sofá. Podían recuperar el tiempo perdido, sin embargo jamás podrían volver a estar con John, hablar con él, tener la oportunidad de resarcir los errores, o borrar esas últimas palabras y reproches.

—No sé qué preguntar primero —bufó Max, y escondió sus nervios tras la lata de cerveza.

—Lo sé, John... —empezó a decir Heit

—Ahora no hablaba de John —dijo Max, que lo miró mientras daba un nuevo trago a la lata—. La buscaste, buscaste a Lena a pesar de mis amenazas, quiero preguntarte el por qué y el cómo, aunque de una de las dos creo saber ya la respuesta.

Heit lo miró directamente a los ojos, hasta ahora no se daba cuenta de lo mucho que los había extrañado. Sonrió sin ganas e imitó el gesto de Max, dando un largo trago y dejando la lata sobre la mesita de café después. La casa

era bonita y estaba muy ordenada, Andy debía estar ya hasta las narices de Max.

—Pagué a un tío para que la localizara.

—Esa era la respuesta que no sabía, el por qué tuviste que hacerlo ya lo imagino.

Heit se encogió de hombros sin saber qué responder. Lejos quedó esa amenaza proferida a voz en grito justo antes de marcharse, esa en la que Max le advirtió que jamás hiciera lo que pocos meses después hizo: buscarla, verla...

—Supongo que me jodió que se marchara —comentó Heit inseguro.

—Ya, supongo —soltó Max sin convicción.

—No sé, simplemente... la busqué, sin más... No le busques explicaciones.

—Puede que lo hicieras porque te gusta —apuntó Max.

—También me gustan las pipas —dijo Heit con desgana.

—Pero no estás enamorado de ellas —soltó a bocajarro Max.

Un nuevo golpe, ¿es que no se iban a cansar? Empezaba a sentirse como un *punching ball*.

—Tampoco de Lena —se mintió a sí mismo e intentó hacerlo con su amigo.

—Claro —respondió Max con tanta condescendencia, que en una conversación normal, Heit se habría sentido atacado y con la necesidad de defenderse a golpes de ser preciso—. Oye... —Max pasó ambas manos por el pelo echándose hacia atrás, dónde lo ató con una goma que llevaba en la muñeca—. Si hubiera sabido que John estaba tan jodido... Yo...

Empezó a hablar, pero no pudo terminar, antes de hacerlo desvió la mirada hacia otra punta del salón y tuvo que respirar para no empezar a derramar las lágrimas, que desde hacía tres días no dejaban de salir.

—Yo también me largué —dijo Heit en un susurró—, lo dejé solo... La culpa es mía.

—No hay culpables, eso me llevan diciendo todos estos días, pero es imposible no sentirse responsable...

Heit metió la mano en el bolsillo y sacó el anillo, lo apretó un poco con el puño cerrado hasta que alzó la mano y la abrió frente a Max, que lo miró con cara de no entender nada.

—Me lo ha dado Leah, dice que ella es la culpable —le explicó Heit.

—Ella, ¿quién? ¿Lena? —preguntó Max.

Heit negó con la cabeza. Tenía que explicarle a Max lo que había pasado después de que se mudara, y lo poco que conocía posteriormente a que él mismo se fuera. Hablarle de Carlos y su mujer, y lo que intuía que había pasado entre ellos.

—Aún está mal visto lo de pegarle a una mujer, ¿no? —inquirió jocoso.

—Creo que sí —dijo Max mirando la «A» grabada en el interior de ese anillo, y se le pinzó el corazón—, pero si ella es la culpable, siempre puedes pagar a alguien para que lo haga por ti.

—Es una opción —reconoció Heit.

Capítulo 4

Cuando esa mañana Andy despertó, se encontró el otro lado de la cama vacío y frío. Tardó un poco en poder desperezarse lo suficiente como para salir de entre las sábanas. Cogió una sudadera de Max que estaba tirada sobre una silla, y se la puso sobre el pijama. Conforme bajaba los escalones las voces de los chicos iban haciéndose más claras. Los encontró en la cocina, con una cafetera humeante frente a ellos, aún con la ropa del día anterior. Max estaba muy guapo con traje, era una lástima que hubiese sido para esa nefasta ocasión.

—Buenos días nena —la saludó Max, intentando esbozar una sonrisa.

—¿Habéis estado toda la noche despiertos? —les preguntó.

—Teníamos mucho de qué hablar —dijo Heit, retirando un poco el taburete libre que quedaba para que ella pudiese sentarse, mientras Max sacaba otra taza del armario—. Además me sabía mal mancharte las sábanas para solo una noche —le sonrió.

—¿Habéis conseguido arreglar el mundo? —inquirió Andy.

—El mundo es una mierda —soltó Max—, eso ya no hay quien lo arregle... —comentó, acercándole la taza de café y aprovechando el momento, para acariciar el dorso de su mano—. ¿Te hemos molestado?

—Que va, me dormí enseguida y hasta ahora.

Andy los miró a los dos, se veían cansados y abatidos, como si hubiesen intentado pelear contra el mundo, y este les hubiera aplastado, engullido, masticado y después escupido. Sabía lo mal que lo estaba pasando Max, a pesar de que intentaba hacerse el fuerte, conocía poco a Heit, aunque lo suficiente como para saber, que no era de esos tipos que se dejaban amilanar con facilidad, sin embargo ahora sus ojos, a pesar de seguir siendo tan profundamente azules como siempre, se veían empañados por una sombra que enturbiaba su mirada. Ahogó un suspiro con el primer trago de café.

A la ya de por sí dolorosa pérdida de John, se juntaba todo lo que había ocurrido con Lena. Era mucho... demasiado... Andy se sacudió todos esos pensamientos de la cabeza, «lo hecho, hecho está» solía decirle su padre, no podían cambiar nada de lo ocurrido, pero puede que fuese bueno intentar

superarlo, y para ello, primero se tenían que enfrentar con todo lo que habían hecho, sin duda ambos debían hablar con Lena.

Heit terminó la segunda taza de café, ¿o puede que fuese la tercera? Empezaron la noche hablando con unas cervezas, cuando el dolor les fue superando decidieron pasar a algo un poco más fuerte, ya con la salida del sol tenían los sentidos bastante mermados y las conciencias lo suficientemente aletargadas, por lo que se habían pasado al café.

Hablaron de John, de cuando eran niños, del instituto, el verano que pasaron de acampada en la playa, de las chicas... habían hablado de Andy, y Heit se había reído mucho de que Max nunca hubiese ni siquiera intuido, que ella estaba loca por él, era tan evidente que se sorprendió que su amigo ni se lo hubiese imaginado.

También hablaron de Lena, porque era algo que tenían que hacer, aunque evitaron tocar los detalles más comprometidos. En ningún momento Max le había preguntado por qué la trató como lo hizo, o qué sentía cuando la usaba de aquella manera tan ruda... lo agradeció, sí, agradeció que Max no quisiera entrar en esos temas puesto que no habría sabido ni qué responder. Aunque era consciente que algún día debería enfrentarse a ello, el problema era, qué había estado preparado para hacer lo que había hecho, sin embargo no lo estaba ahora para razonar el por qué. Curioso.

Max tampoco había ahondado en lo que pudiera o no sentir por Lena, tampoco había vuelto a preguntarle porqué la había buscado ni cuánto tiempo hacía de eso.

Habían hablado de Elisa, que lo había acogido en su sofá esos meses, también le explicó sobre Carlos, la pelirroja, el anillo y lo poco que sabía a través de Leah y Sarah. Max le había pedido que no le dijera nada de eso a Andy, no quería preocuparla, y al decir eso la sombra de la venganza había nublado su oscura mirada.

—Tengo que irme a trabajar —la voz de Andy le hizo regresar a la triste realidad de esa cocina—. ¿Hablaste con Rosa? —le preguntó a Max y él asintió.

—También con mi madre... —añadió el chico.

—Genial —Andy se levantó del taburete y dejó la taza en el fregadero—. Voy a vestirme, ¿te quedarás unos días?

—¿Qué? ¿Yo? —dudó Heit, pero Andy lo miraba fijamente, así que supuso que el ofrecimiento era para él—. No, tengo que trabajar.

—A la mierda el trabajo —gruñó Max.

—No sé si mi jefe será tan comprensivo —comentó Heit.

—Aunque tengas que trabajar, puedes quedarte unos días, Andy no curra mucho más cerca que tú, y va y vuelve cada día —soltó Max con su habitual espontaneidad—. ¡Joder! El zulo.

—¿Zulo? ¿Tienes pensado secuestrarme? —inquirió Heit.

—No... nadie daría un duro por ti... —bromeó Max y miró a Andy esperando alguna confirmación por su parte que llegó en forma de sonrisa—, aún pago el alquiler de un pequeño piso en la zona vieja... no es un lujo, pero si quieres quedarte... estaría bien.

—No sé Max, me lo tengo que pensar.

—Claro —replicó Max, que no pudo evitar cierto tono de decepción en la voz, le habría gustado un rotundo sí por parte de su amigo—. Supongo que el sofá de tu amiga es muy cómodo —ironizó—, bueno tú piénsatelo, ¿vale?

Heit montó en el coche a media mañana. Aparcó no muy lejos del apartamento de Elisa. Llevaba aún el mismo traje del día anterior y la misma cara de resaca, que si hubiera salido de fiesta durante toda la noche. Sin embargo nada más lejos de la realidad. A decir verdad, esa pasaría a ser una de las noches más negras de su historia. Hablar con Max le había supuesto un alivio, y al mismo tiempo una condena, la certeza de que ahora solo eran ellos dos, y que no quería perderlo. Pocas cosas tenía claras en ese momento, pero que necesitaba recuperar la amistad con Max era una de ellas, y si eso suponía volver a ese pueblo de mala muerte pues, podía intentarlo. Al menos allí nada olía a Lena.

—Vas a irte —dijo Elisa con convicción al verlo atravesar la puerta, ignoró su gesto cansado o los ojos hinchados de tanto dolor. No había querido encararlo así, había salido sin más.

—Elisa yo... —Estaba harto de dudas y vacilaciones, ¿en qué se estaba convirtiendo? Desde esa maldita noche no se reconocía.

Elisa señaló hacía un rincón del salón y entonces Heit pudo ver un par de cajas con sus cosas dentro, así como una maleta ya preparada. No era que él se marchara, sino que ella lo echaba. No podía culparla, de hecho le sorprendía que no hubiese sucedido antes.

—No era una interrogación —soltó Heit sin poder reprimir una carcajada.

—Prefiero hacerlo así, es menos doloroso para ambos —comentó Elisa, que se dejó caer en el sofá y Heit se sentó a su lado cogiendo su mano.

—Te agradezco todo lo que has hecho por mí —aseguró Heit.

Elisa lo miró y en un arrebato saltó sobre su cintura, quedando sentada a horcajadas sobre él rodeando su cuello con ambos brazos, haciendo de ese modo que sus rostros casi se rozaran, podían respirar sus propios alientos mezclándose, y el calor que sus cuerpos emanaban y traspasaban incluso la barrera de la ropa.

—Y yo siempre te estaré agradecida por todo lo que tú has hecho por mí, por nosotros —susurró ella de tal modo que sus labios se rozaron.

—Elisa joder —gruñó Heit con voz ronca rodeándola por la cintura, para acercarla más a su cuerpo y poder sentir la turgencia de sus pechos clavados en él.

—Llevas cinco meses durmiendo en mi sofá y ni una sola vez has intentado meterte en mi cama —rezongó Elisa encendida.

—¿Eso es lo que debería haber hecho? ¿Meterme en tu cama?

—Puede que de ese modo, yo hubiera podido colarme en tu corazón —replicó ella.

—Lo has hecho, tú y Roy sois...

Elisa sonrió con condescendencia, y a regañadientes se obligó a soltar el cuello de Heit para dejarse caer después de nuevo a su lado en el sofá.

—Ya sabes lo que quiero decir —pronunció Elisa de manera ausente, con la mirada perdida y sin atreverse a enfrentar la verdad que escupían siempre los ojos de Heit, que no era otra que no la quería, no a ella.

—Y tú sabías que eso era imposible —le recordó él casi igual de lejano.

—Siempre he sido amante de los imposibles, así me va —replicó ella.

—Lo siento —se disculpó Heit.

—No te disculpes, como has dicho, nunca me has mentado, yo sabía lo que había. No hay lugar para dos mujeres en un solo corazón —declaró Elisa sonriendo de nuevo—. Me tengo que ir a trabajar.

—No estaré cuando regreses.

—Eso espero —afirmó, y se levantó con pesadez, a su lado Heit hizo lo

mismo, ambos se miraron—. Intenta ser feliz —le recordó ella, algo que venía repitiéndole los últimos meses, viendo la incapacidad de él para ni siquiera intentar acercarse a la siempre tan codiciada felicidad, era como si huyera de todo lo que los demás perseguían—. Con Lena o sin ella... no importa, pero al menos inténtalo.

—Veré lo que puedo hacer —manifestó solemne Heit.

Elisa se perdió por el final del pasillo, Heit suspiró con pesadez, aunque en el fondo algo aliviado, pues Elisa había tomado la decisión por él, no tenía más remedio que aceptar la oferta de Max, aunque muy tentadora no fuese.

—¡Heit!

Elisa llamó su atención, antes de que saliera de la casa con dos de las cajas que dejó en el suelo para girarse, justo cuando ella saltó a su cuello rodeándolo con los brazos y, sin tiempo a que reaccionara, atrapó sus labios en un beso que Heit no rechazó, a pesar de que tampoco lo correspondió. Cuando se separaron Elisa no pudo evitar que una lágrima saltara desde su ojo, la única que se iba a permitir derramar por una historia que no había tenido principio, por lo que tampoco podía lamentarse por su final. Cogió el bolso y salió corriendo escaleras abajo.

Esa nueva mañana cuando Heit se despertó le costó un poco ubicarse, y se maldijo por haber terminado en ese condenado piso, tan pequeño que parecía una caja de cerillas, como no se mudara pronto cogería complejo de liliputiense. Cualquiera diría que después de cinco meses en un sofá eso parecería un lujo, aunque no era así. Odiaba ese antro. Odiaba ese pueblo, y por razones desconocidas empezaba a aborrecer el tener que ir a trabajar. Cuando no pensaba de manera compulsiva en John, lo hacía en Lena. Era enfermizo.

Jack encendió un nuevo cigarrillo e inspiró el aire de manera profunda para soltarlo después distraído. No tenía prisa, a decir verdad, nunca parecía tenerla. Ese día estaban en el almacén y no en el club, cosa que agradeció. Desde que se había marchado de su casa no había vuelto a ver a Elisa, y sabía que el momento llegaría, solo que no tenía ningún interés de que fuera más pronto que tarde. Heit cogió un par de carpetas y releyó detenidamente el contenido de las mismas, haciendo algunas anotaciones de cosas que no

cuadraban.

—Esto no está bien —gruñó al cerrarla.

—¿Te equivocaste? —preguntó Jack.

—¡Y una mierda! —respondió Heit sin esconder su enfado—. No me jodas Jack, sabes que no meto la pata y menos en cosas tan sencillas como esta... —argumentó, al tiempo que meneó la cabeza de lado a lado, por más que miraba los papeles no encontraba explicación—. ¡Joder! Yo lo dejé todo perfecto.

—Te creo muchacho, pero esto nos viene en mal momento... con el ruso ese de los cojones.

—Vasíliev —resopló entre dientes—. ¿Qué pasa con él?

—Solo que si ve qué... —comenzó Jack.

—¿Qué? —gruñó Heit levantándose—. ¡Yo no la he cagado! Eso habrá sido culpa de esa estúpida contable que se cree más lista que nadie...

Yuri dio un paso hacia él, Jack tenía que pagarle muy bien pues el hombre siempre estaba atento a todo, incluso cuando Heit jamás había representado ni representaría una amenaza para Jack, que en el fondo trataba a Heit como a un hijo y no como a su empleado.

—Quieto ahí musculitos —espetó Heit plantándose frente a Yuri con aire vacilón.

—Muchacho, ¿por qué no sales a que te dé un poco el aire? —sugirió Jack.

—Porque nieva y hace un frío de pelotas —se quejó Heit.

—Necesitas refrescar las ideas —le indicó.

—Lo que necesito es que nadie meta cucharada en mi trabajo, y menos una tía que está ahí por su coño —le espetó Heit de malos modos.

—¿Le doy ya una hostia jefe? —inquirió Yuri mirando a Jack.

—¡Inténtalo! —increpó Heit, encarándose a ese hombre que le sacaba más de dos cabezas.

—¿Puedo? —volvió a preguntar el guardaespaldas sonriendo.

Jack los miró alternativamente, parecía divertirse con la situación, la verdad era que Heit en ese estado era todo un espectáculo, siempre había sido huraño y propenso a buscar bronca con cualquiera, pero ahora estaba irascible a la par que meditabundo, ausente... para de pronto pasar a querer emprenderla a puñetazos con todo y contra todos, y con ese pensamiento no pudo evitar reír.

—¿Os estáis riendo de mí? —Heit se sintió profundamente ofendido—. ¡A la mierda! ¡Me largo! —bramó.

—Venga chico, no te enfades —gritó Jack.

—Nos vemos mañana —le despidió Yuri con media sonrisa socarrona.

—Que te den por culo —respondió Heit tirando de la bufanda que estaba en el colgador.

Había nevado durante toda la noche y ahora, a pesar de ser casi medio día, hacía muchísimo frío. Metió instintivamente las manos en los bolsillos antes de perder los dedos por congelación, entró en el coche y puso la calefacción al máximo, sin embargo no logró entrar en calor hasta llegar a mitad de camino. Ese día, en vez de ir directo al cuchitril al que ahora tenía que llamar apartamento, viró la dirección y se dirigió directo al cementerio. Hacía una semana que habían enterrado a John. Cuando llegó divisó a Max a lo lejos, llevaba un ramo de flores en la mano y tenía cara de preocupación.

—¿Qué pasa? —saludó Heit al llegar a su altura—. Pareces angustiado.

—¿Crees que a John le gustaban las flores? —preguntó Max con verdadera inquietud, Heit no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿Eso es lo que te preocupa? —cuestionó socarrón.

—En realidad no. Hoy he pasado por casa de mi vieja y entre la correspondencia había algo —comentó Max alzando un sobre sin remitente.

—¿Es la letra de John? —dudó Heit al mirarlo.

—Sí —confirmó Max—, no me he atrevido a abrirla.

Ambos se miraron y sin decir nada se encaminaron hacia el interior del cementerio. El frío les calaba hasta los huesos y la nieve se empecinaba en complicarles el poder avanzar por el sendero que conducía hacia la lápida de John, cuando llegaron ahí, Max se agachó para dejar las flores, aún tenía sus dudas sobre eso, puede que la próxima vez fuese más acertado llevarle una cerveza. Heit aguardó con paciencia a que Max se decidiera a abrir el sobre, se agitó nervioso cuando su amigo sacó del interior un folio escrito a mano y pudo notar entonces, el temblor en las manos de Max que supuso no se debía al frío.

Querido Max:

Lo siento.

Sé que prometimos estar siempre juntos, no soy de los que faltan a sus promesas, sin embargo esta vez no puedo cumplirla. Espero que algún día puedas perdonarme, y olvidar todo lo malo que ha pasado entre nosotros.

No he sido un buen amigo y lo lamento.

Cuida de Heit, ya sabes cómo es, jamás lo admitiría, pero ahora te necesita más que nunca, tenéis que hacer las paces y volver a estar juntos, hacedlo por mí.

Con respecto a Lena... por favor dile que ella no ha tenido nada que ver en mi decisión, dile que... que sé que no podía perdonarme y no la culpo por ello, en su situación yo tampoco lo habría hecho.

Ninguno de vosotros tiene la culpa, simplemente ha ocurrido tal y como debía pasar.

Sé feliz y ayúdales a que ellos lo sean también.

Con cariño John

—Maldito hijo de puta —masculló Max entre dientes, cuando terminó de leer la carta en voz alta, y le dio vergüenza levantar la cabeza, pues las lágrimas rodaban por sus mejillas, aunque al hacerlo se encontró con que Heit lloraba igual que lo hacía él.

—Los hombres no lloran —farfulló Heit.

—Entonces tú tienes excusa —apuntó Max tratando de liberar tensión.

Ambos miraron en dirección a la lápida de John.

—¿Qué diablos pasaría por su cabeza? —las palabras de Heit salieron entrecortadas, además era una pregunta a la que nadie podría nunca dar respuesta.

—La jodimos bien —se lamentó Max—. ¿Has vuelto a hablar con Leah?

Heit negó con la cabeza, pasó el dorso de la mano por el rostro para retirar las evidencias flagrantes de su pésimo estado emocional.

—Aún no.

—¿Tú serías capaz...? —Max lo interrogó con la mirada—. Llegar al

borde y saltar, sin pensar en nada...

—Ni en nadie —añadió Heit—. Porque él se ha ido, pero el muy cabrón nos deja deberes —dijo mirando a la carta que Max aún sostenía entre las manos—. No es justo... Debería habernos llamado. Sabía que a pesar de todo estaríamos a su lado, vaya concepto de mierda tenía de nosotros.

—Supongo que se vio superado por todo y... —intentó defenderle Max.

—Y se paró a escribirte una carta. No me jodas Max... —arguyó Heit.

—Estás enfadado, lo entiendo.

—¿Enfadado? —gritó Heit—. ¡No estoy enfadado! Estoy muy cabreado, estoy... —bramó dejando que las lágrimas salieran ya sin tapujos ni vergüenza—. Es que no puedo vivir sin él, no sé cómo enfrentarme a todo esto, y no sé qué hacer para solucionarlo.

—Es que nada de esto tiene solución —expuso Max alargando la mano para alcanzar su brazo, pero Heit se lo sacudió de encima con brusquedad.

—Pues no es justo —gruñó Heit.

—Lo sé —se lamentó Max, perdiendo de nuevo la mirada en la lápida.

Ambos enmudecieron.

Cerca de donde ellos se encontraban, Lena no osaba interrumpir el momento, así que los observó desde lejos dudando si dar media vuelta y marcharse. Le había costado mucho decidirse a ir hasta el cementerio, hacía exactamente una semana que había sido el entierro, Max y Heit habían tenido la misma necesidad que ella de acercarse hasta allí. Lena metió las manos en los bolsillos. Hacía tanto frío que ni los guantes ni el grueso anorak conseguían que pudiera entrar en calor. Giró sobre sí misma para alejarse, pero en último momento decidió que ya era hora de enfrentar sus miedos. John había sido suficiente valiente como para acercarse hasta ella, así que le debía el mostrar la misma valentía. Caminó a paso lento, pensando en qué decir cuando llegara a la altura de los chicos, y temiendo su reacción cuando se giraran para verla. Tembló, todo su cuerpo se sacudió.

—Ese día le vi —les dijo Lena al llegar a su lado—. Vino a verme a la cafetería donde trabajo, quiso pedirme perdón, pero... No pude hacerlo, le escupí todo mi rencor y lo dejé ahí tirado... Solo —comentó, perdiendo la mirada en el nombre de esa lápida.

Ambos chicos se giraron sorprendidos por su presencia y turbados por sus palabras. Sin saber qué hacer o qué decir a continuación, dudando sobre cómo tenían que actuar con ella.

—No lo sabía —respondió Max, que fue el primero en reaccionar, la miró y por un momento por su cabeza pasó la idea de alargar la mano y acariciar su brazo, se la veía tan triste—. ¿Estás bien?

Lena lo miró condescendiente y se obligó a esbozar una sonrisa. «¿Estás bien?» era la pregunta más estúpida de la historia de las preguntas estúpidas, no obstante le gustó la preocupación de Max hacia ella, pues sabía que era real, lo decían sus ojos, que la miraban como la habían mirado las últimas semanas de estar en el piso, con ternura contenida.

Todos quedaron callados con la vista fija en el dorado nombre de John sobre la fría piedra. Heit tiritó por un segundo, pues estaban los tres allí, los cuatro, se corrigió mentalmente. De nuevo todos reunidos, pensó en que debía decir algo, pero se atragantó con las palabras que no podía pronunciar, así que permaneció callado.

—Oye Lena, yo... —empezó Max—. Yo solo quería decirte que... —Max miró a su amigo de reojo, y observó cómo su semblante había mutado, Heit jamás sería capaz de abrir su corazón, a no ser que, como bien había dicho John en la carta, él le ayudara un poco—. Lena, hablo en nombre de los tres cuando digo que lo sentimos mucho, muchísimo. Lo que pasó entre nosotros fue deleznable... —expresó, y volvió a mirar a Heit para ver si él seguía con la frase, si tenía algo que añadir a esa ridícula disculpa, pues Lena merecía más que esas cuatro palabras mal encontradas, sin embargo Heit no parecía estar por la labor de proseguir, así que Max se armó de valor para continuar—. De verdad que lo sentimos y estamos muy arrepentidos. Sé que no será fácil, pero espero que puedas perdonarnos... algún día.

Lena clavó la mirada en Heit que había perdido la suya en alguno de los parterres llenos de flores que decoraban el siniestro lugar.

—¿Es verdad lo que dice Heit? ¿Tú también me pides perdón? —le preguntó.

Silencio. Uno de esos densos y asfixiantes. Solo fueron segundos, pero se arremolinó de tal modo entre los tres que podían palparlo a su alrededor.

—No —respondió Heit, y esa simple negación cortó el aire.

—¡Pero qué dices! —le reprendió Max sin poder esconder su sorpresa.

—He dicho que no —repitió alzando de pronto la mirada clavándola en Lena—. ¿Por qué debería disculparme exactamente?

—Lo sabía —murmuró ella soltando una risa nerviosa—. No te esfuerces Max, no importa.

—Claro que no importa —dijo el rubio apretando los dientes.

—Entonces, solo dime una cosa, ¿por qué me trataste de ese modo? —le encaró Lena.

Heit resopló, pues sabía que ese momento llegaría, aunque aún no estaba preparado para ello. La miró, y como cada vez que lo hacía, algo se removió en su interior y no lo podía soportar.

—Lo mismo podría decirte yo —soltó sin más—. Lo hice porque podía, porque eras mía. Tú quisiste demostrar que nadie podría doblegarte, y yo que podía derrumbar tus barreras, los dos jugamos una partida, supongo que en el fondo no somos tan diferentes.

—No me compares contigo Heit, no jugamos en la misma liga, ¡joder! No era ni el mismo puto deporte —exclamó Lena airada.

—Es tu modo de verlo —soltó simplemente él.

—¿¡Es que no puedes ni disculparte por todo el daño que me hiciste!? —chilló ella fuera de sí golpeándolo en el pecho con ambos puños.

—Solo cuando tú me des las gracias por todo lo que disfrutaste —apuntó irónico Heit.

—Y una mierda —replicó Lena, masticando cada palabra tan cargada de ira que casi se atragantó con ellas.

Heit acertó aún más la distancia hasta quedar de manera amenazante frente a ella, tan cerca que podía sentir el calor que emanaba su cuerpo, de tal modo que hasta el perfume de su piel se coló de manera traicionera en su subconsciente. Max se tensó y se puso en alerta por si tenía que intervenir.

—Mírame a los ojos y dime que no disfrutaste —le ordenó casi rozándola.

Lena clavó la mirada en él, altiva, manteniéndose entera para sorpresa de todos, incluso de ella misma.

—Me das asco Heit. Jamás hiciste que disfrutara —pronunció con voz neutra.

—Mientes —soltó él despacio.

—Vete al infierno —escupió Lena.

—Ya estoy en él —sentenció Heit.

Lena dio media vuelta, y empezó a andar de manera apresurada en dirección al camino que llevaba directo a la salida.

—Joder Heit... ¿Se puede saber qué cojones te pasa? ¡Lena espera! —le regañó Max.

—¡Eso! Lárgate tras ella... otra vez...—comentó Heit, mirando en dirección por donde ambos habían desaparecido, deseando ser él quien corriera tras Lena, pero sin poder moverse del sitio donde se había quedado anclado—. ¡Joder! —gruñó pateando las flores frente la tumba de John—. ¿Y tú que miras? —le preguntó a la solitaria lápida—. ¡Todo esto es culpa tuya! Pedazo de cabrón... ¿Qué la haga feliz? —exclamó alzando la voz—. ¿Cómo? —le gritó a John—. ¿No podías encomendarme algo más sencillo como la paz mundial? —Heit apretó los puños, maldiciendo a John por esa maldita llamada, había sido cruel, llamarle cuando ya nada podía hacer por él. Se dejó caer de rodillas al suelo, recogió las flores esparcidas por la nieve e intentó recomponer el ramo—. ¿Cómo la hago feliz? Dímelo —repitió desesperado—. ¿No ves que no sé cómo hacerlo...? No tengo ni puta idea de cómo se hace eso...

—Puede que ser menos cabrón ayudara —sugirió Max a su espalda.

—Soy el puto escorpión —respondió Heit levantándose y sacudiendo la nieve adherida a sus pantalones—. No sé hacerlo de otro modo.

—Pues sigue así y vas a perderla —afirmó Max.

—No puedo perder algo que no tengo y que no quiero —replicó Heit hierático.

—¡Déjalo ya! —gritó Max y poco le faltó para acompañar esa exclamación de un puñetazo en su cara, a ver si así reaccionaba de una vez—. Trágate tu

puto orgullo de una maldita vez y reconoce que estás enamorado de ella, deja de jugar... ya no tenemos quince años joder... ¡Madura un poco!

—Que precisamente tú... —comenzó a responder Heit, pero Max le cortó.

—Que precisamente yo ¿qué? —le encaró Max—. Heit... No puedes seguir así, es como si tu mismo buscaras tu propia infelicidad, no es sano... Si esto fuese una de esas novelas cursis que lee Andy tú serías el malo de la historia, ese odioso personaje del que todos esperan la muerte y cuando llega la celebran...

—¿Y quién quiere ser el galán? Al cerrar el libro hasta Andy solo se acuerda del chico malo...

—Di lo que quieras, pero Lena no merece que la hagas sufrir más, creo que ya le hemos hecho bastante daño.

—¿Y ella no nos lo ha hecho a nosotros? —inquirió Heit, mirándolo con cara de fastidio. No quería dar su brazo a torcer, más bien no podía, porque sería tanto como admitir que Max llevaba razón y para eso, en ese preciso instante, no estaba preparado.

Max quiso seguir, pero prefirió no ahondar mucho más, era mejor dejarle tiempo, se creía muy listo, pero en el fondo solo era un niño asustado, o eso decía Andy, y ella solía tener razón. Lo miró y suspiró, ese era Heit, el gran Heit, capaz de idear las más locas travesuras, la más enrevesada de las mentiras, las más terroríficas venganzas e incapaz de abrir su corazón aunque solo fuera un poco.

—Se ha ido —le anunció antes de empezar a caminar—, pero me ha prometido que me llamará. Puede que a ti te importe una mierda, sin embargo yo sí necesito hablar con ella y lograr que me perdone —se sinceró Max esperando a que Heit dijera algo. No obstante este siguió caminando en silencio a su lado—. Estuvo mal lo que hicimos, fuimos unos cabrones... —siguió diciendo, y nada, Heit seguía como si la cosa no fuera con él—. Me encantaría que con el tiempo pudiésemos llegar a ser amigos —le explicó aguardando una reacción que no llegó—. ¿Nada? ¿No piensas decir nada? —resopló Max exasperado.

—¿Qué quieres que te diga?

—¡Algo!

—Algo —repitió sacando un cigarro y ofreciéndole otro a Max.

—Me agotas... —Max encendió el cigarro cuando ya se encontraban en la

calle—. Oye, ¿y con lo del anillo qué hacemos?

Heit lo miró un segundo, aún no había pensado qué hacer con ese asunto, había estado un poco ocupado con otros pensamientos más recurrentes. Metió la mano en el bolsillo y lo sacó, desde que Leah se lo diera no se había separado de él, porque mirarlo le hacía daño, así que procuraba hacerlo un par o más de veces al día, para sentir parte del dolor y la desesperación que seguramente sintió John.

—Aún no he pensado en qué hacer...

—No la mates, por favor —le pidió Max, y por un segundo ni Heit supo discernir si su amigo hablaba en serio, pero asintió y Max pareció aliviado—. ¿Quieres cenar en casa?

—Creo que hoy paso...

—Está bien, ¿nos vemos mañana? —Heit asintió.

Ambos se separaron en ese momento, sin embargo Max aguardó un poco más ahí plantado, viendo como se consumía el cigarrillo a cada calada y superado por la situación. John le pedía que ayudara a Heit, pero era imposible ayudar a alguien que no solo rechazaba toda ayuda, sino que pensaba que no tenía ningún problema.

Capítulo 5

—¿Tan evidente es que siento algo por ella? —inquirió Heit.

Heit los miro alternativamente ya que no tenía gana alguna de hablar «del tema» o sea, de Lena, pero Max se las había ingeniado para dar la vuelta a cualquier cosa que decía para poder sacarla a colación, así que después de mucho resistirse, agachó las orejas y se resignó.

—Heit, la miras como yo miro a una cerveza de importación —le explicó serio Max.

Andy no pudo evitar dejar escapar un suspiro poniendo los ojos en blanco. Max le sonrió divertido haciéndole un guiño. Llevaban un buen rato sentados en la isleta de la cocina empalmando una cerveza tras otra, charlando de todo y de nada, como habían hecho siempre. Ambos habían echado de menos esos momentos de camaradería, y Heit se sorprendió descubriendo que la presencia de Andy no le incomodaba, le gustaba ver a Max tan centrado.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Andy dando buena cuenta de su segunda lata.

—Nada.

—Tú eres idiota —le espetó Max exasperado.

—Para hacer algo necesitaría que me diera una oportunidad para hablar con ella, y no lo va a hacer.

—Tampoco te la mereces —le recordó su amigo.

—Qué buen colega eres —gruñó Heit escondiendo su enfado tras la lata de cerveza.

—¿Pero a ti que es lo que realmente te gustaría? —insistió Andy.

—Me gustaría... ¡Joder! No sé ni que me gustaría... —exclamó hastiado Heit. Tanto hablar de sí mismo no le gustaba.

—¿Pedirle una cita? —se aventuró Andy.

—¿Qué? —se alteró Heit tanto, que casi derramó la cerveza al dejarla sobre el mármol—. ¡No! Hostia, eso suena tan normal...

—Puede que lo único que le falte a vuestra «relación» sea eso, normalidad

—apuntó Andy con una sonrisa.

—Me conformaría con poder hablar con ella, pero soy consciente de que me va a decir que no, sobre todo después de como he reaccionado al verla...

—comentó, mientras se quedaba pensativo. La verdad era que no había estado muy acertado con ella, pero cuando la tenía cerca era igual que si todo su control se esfumara, y solo quedara esa parte de él aborrecible y absurda, como si fuese un niño y quisiera demostrar simplemente, que estaba por encima de ella—. ¿Qué hago? —preguntó mirando a Max, aún le sorprendía que ese orangután sin modales pudiese vivir ahora con una mujer, ¡una mujer de ese planeta!

—Escríbele una canción, no falla, con eso mojan las bragas todas... ¡Auch! —exclamó Max, cuando la mano de Andy se estampó de manera sonora y nada delicada sobre su nuca—. Cada vez te pareces más a mi madre —se quejó el chico, pero ella decidió ignorarlo.

—¿Y si simplemente te presentas allí? —prosiguió Andy.

—¿Después de cómo le habló en el cementerio? Ni de coña, nada más verle le suelta un guantazo.

—Podría ser —confirmó Heit—. Fui un poco...

—Gilipollas es la palabra que buscas —ayudó Max.

—A ver, a lo mejor digo una tontería ¿eh? —volvió a la carga Andy mirándolos a ambos—. ¿Has probado lo de hablar con ella con sinceridad? ¿Decirle lo que sientes de verdad? Ya sabes, abrirle tu corazón y exponerte a que te lo pise como tú hiciste con el suyo...

Ambos chicos se miraron en silencio unos instantes, hasta que los dos rompieron en una carcajada. Andy los miró furiosa con ambas manos en las caderas y suspiró. La agotaban.

—¡Lo tengo! —exclamó Max—. La montas en un globo de esos aerostáticos y le dices que no piensas bajarla de ahí arriba hasta que aclaréis las cosas.

—Joooooder... ¿Me puedes recordar por qué me enamoré de ti? ¡Déjalo! —se apresuró a decir la chica—. Mejor no digas nada... Me voy a casa de Marian, haced lo que queráis pero que sea legal —les advirtió.

—Las cosas legales son tremendamente aburridas —rio Heit.

—Lo digo en serio —amenazó ella antes de ponerse la chaqueta y salir de la casa.

Los chicos se quedaron a solas con una nueva cerveza del pack con el que se había presentado Heit esa tarde.

—¿Y si Andy lleva razón? —susurró Max, como si el hecho de que ella se enterara, fuese a perjudicarlo de algún modo—. Ya sabes.... Con Lena todo ha sido... explosivo. Ella es una tía, tú un tío... ¿Y si probar algo normal funciona?

—¿Ir a verla y decirle que la quiero? —soltó Heit, y pronto se dio cuenta de la metedura de pata.

—La quieres —repitió Max pensativo.

—¡No! —se corrigió con rapidez, sin embargo Max le miró con esa media sonrisa suya—. No lo sé —confesó.

—¡Claro que la quieres! —sentenció, y no pudo evitar alegrarse de ello—. Es que no entiendo porque te cuesta tanto admitirlo.

—¿Bromeas? ¿En serio no lo entiendes? ¿Necesitas que te haga memoria de todo lo que le hice? ¿O prefieres un croquis? —inquirió Heit socarrón.

—No —respondió serio Max, recordar todos esos meses aún le provocaba dolor de estómago—. Ve a verla... —le animó—. Joder solo puedes arreglar esto si le echas cojones y le pides perdón.

—No sé... Sería absurdo que todo esto se arreglara con una simple disculpa.

—Pues tienes que empezar por algún lado, ve a la cafetería y háblale con sinceridad... ¡Espera! ¿Cuánto has bebido? —preguntó de pronto mirando hacia las latas vacías.

—Créeme, para ir allí no lo suficiente.

—Venga Heit —Max se levantó y tiró de su brazo en dirección a la puerta—. Ahora o nunca —lo animó.

—Nunca.

—Vale —Max cogió su chaqueta y se la lanzó—, entonces sin opción, ¡ahora!

—Max joder, déjame en paz...

—¡No! En su carta John dijo que...

—¡A la mierda con John! Él no tuvo cojones de enfrentarse a nada, ¿por qué debería hacerlo yo?

—¡No digas eso! —se enfadó Max—. ¿La quieres o no la quieres?

—¡No! —negó Heit tajante.

—Mientes.

—Ahora eres tú el que me agotas —apuntó cansado Heit.

—Ah no, tú eres el agotador y yo el agotado, eso de siempre —Max abrió la puerta de la casa y lo empujó fuera—. Lárgate de aquí y no vuelvas hasta que tengas narices de hablar con ella.

—Entonces ya nos veremos por ahí fuera —respondió Heit haciendo un gesto con los brazos para abarcar el espacio.

—Cobarde —gruñó Max antes de cerrar la puerta.

—¿Cobarde yo? ¡Y una mierda! —empezó a golpear la madera—. ¡Max espera! ¡Devuélveme mi tabaco!

—No te oigoooo.

—¡Gilipollas! —gritó Heit dando un último puñetazo antes de descender los tres escalones que separaban el porche de la calle—. ¡Vete a la mierda! —exclamó aún mirando a la casa—. ¡A la mierda todos! —vociferó enfadado, pues sentía como si el mundo entero se hubiera confabulado en su contra.

Los días pasaban tediosamente lentos entre el trabajo y la carretera, al cuchitril intentaba acercarse lo menos posible ya que le producía depresión. Ese miércoles amaneció nublado cosa que agradeció, a partir de ese momento todos los miércoles deberían ser así, horriblemente tristes. Ya hacía dos semanas del funeral. Heit se vistió despacio sin prestar demasiada atención a lo que hacía, decidió que compraría café de camino al club, fingiría interés por lo que le dijera Jack, sonreiría con las absurdas bromas de Yuri, hablaría con Elisa y le volvería a prometer que estaba haciendo todo lo posible por alcanzar la jodida felicidad y finalmente saldría de allí, se tiraría más de una hora en la carretera hasta que lograra llegar a ver a John. Ese era su día, perfectamente planificado. En un inicio había pensado cenar con Max y Andy, pero este se había tomado su amenaza al pie de la letra y no le había dejado entrar de nuevo en la casa, al menos no hasta que hablara con Lena.

—Maldita sea —exclamó golpeando el volante cabreado por volver a estar pensando en ella.

Estaba harto de que se colara en todos los pensamientos, en cada momento, en todos sus sueños y hasta en las pesadillas. Y encima era miércoles.

—Jodido miércoles... —refunfuñó Heit.

—Feliz día a ti también es todo un placer trabajar a tu lado, eres la alegría personificada —le increpó Yuri—. Te pareces al bicho verde ese...

—¿Shrek? —probó suerte Jack.

—Sí... bueno y ese otro que también es verde y...

—Un puto moco —gruñó Heit dejando la chaqueta en el colgador y sentándose de mala gana en el sofá, en el escenario una chica ligera de ropa contoneaba las caderas frente a un abundante público—. Se tiene que estar enfermo para querer ver tetas a las ocho de la mañana.

—Se tiene que estar enfermo para no querer verlas —le rectificó Jack cogiendo a una de las camareras del brazo, y tirando de ella la hizo caer sobre su regazo—. O tocarlas —añadió manoseando a la chica.

Heit se fijó en los ojos de esa mujer que tenía la mirada desencajada, aunque sonreía porque era su labor y por ello le pagaban. La misma mirada con la que le había mirado Lena, sobre todo al principio y ese razonamiento logró ponerlo aún de peor humor, porque sí, eso podía ser posible.

—¿Vamos a trabajar o me largo? —inquirió de malos modos.

—Chico, ¿cuánto hace que no pegas un buen polvo? Bueno, o un polvo a secas.

—¿En serio me estás preguntando esto? —Heit paró a la chica que huía de ahí—. Hazme un café doble por favor.

—Claro señor.

El «claro señor», le transportó al «sí amo», la piel de Heit se erizó por completo, pasó ambas manos por el rostro echando el pelo hacia atrás, ¿desde cuándo estaba tan cansado? Alzó los ojos al techo y dejó escapar un suspiro, cuando volvió a mirar a Jack parecía realmente aguardar la respuesta a su pregunta. Volvió a suspirar. No estaba con ninguna mujer desde Lena, y de eso hacía ya bastantes meses. Sacudió la cabeza y se centró en el café que la rubia acababa de dejar frente a él.

—Me parece a mi —se aventuró Yuri—, que no va a responder.

—Claro que no —confirmó el chico.

—Necesitas meterla en caliente.

—Necesito un jefe normal —sentenció Heit y decidió cerrar el tema sacando del maletín un portadocumentos.

—No te pongas muy cómodo —comentó Jack, tomando un trago de su primer whisky del día—. Hay problemas con lo de Damasco.

Heit no pudo evitar poner cara de fastidio, odiaba que las cosas fáciles se torcieran, que era lo que solía suceder, porque nada en la vida era fácil cuando él estaba de por medio. Encendió un cigarrillo y terminó el café.

—Yuri —indicó Jack con un gesto y el hombre obedeció.

—Puedo ir solo.

—¡Claro que puedes! Tienes piernas —rio Jack y volvió a hacerle un gesto a su guardaespaldas para que lo acompañara.

Heit resopló, sin embargo no le apetecía discutirlo más, de hecho, no le apetecía polemizar sobre nada, solo que pasara el día y llegara el siguiente, y después otro, y otro y otro... y así una sucesión de ellos hasta que alguien decidiera que era el final. Su final.

Se montó en el coche sin mediar palabra y se dejó llevar por las abarrotadas calles de la ciudad.

—¿Has podido...? —empezó Heit mirando de reojo al hombre.

—Estoy en ello.

—Que parezca un accidente.

—Siempre lo parecen —respondió Yuri guiñándole un ojo.

—Pero que no mueran —le recordó Heit.

—¿Seguro? —quiso asegurarse Yuri.

—Se lo he prometido a Max —resopló y, de hecho, si no fuese por esa promesa, no le importaría asistir a un funeral más.

—Está bien, sin muertes —confirmó el hombre—. Hemos llegado, ¿quieres que entre contigo?

—No necesito a una niñera —contestó Heit descendiendo del vehículo.

No esperó nada más y se adentró en el local.

Solo hacía diez minutos que había entrado y todo se había torcido de un modo inimaginable, y no era la primera vez que se veía en una situación de lo más comprometida, pero sí lo era que no le importaba nada en absoluto. Había enterrado todas sus esperanzas y sueños hacía dos miércoles, junto a John, y

ahora todo le importaba poco tirando a casi nada.

Cuando ese hombre enajenado e inundado de ira sacó un arma, Heit no pudo más que echarse a reír. ¿Cómo había llegado a eso? No lo sabía. Y no se refería a que un tipo le apuntara con un arma, sino a verse metido de lleno en ese negocio que era convertir lo ilegal en legal usando todas las artimañas disponibles a su alcance. Trabajaba para un tío que murió y así fue como conoció a Yuri, él le había presentado a Jack, después vino el club, Elisa... los clientes, el trabajo, los enemigos, alguna visita de aquel inspector de policía... Todo se había ido sucediendo de una forma tan normal y natural que ahora, con ese hombre maldiciéndole y amenazándole con volarle la cabeza, le parecía que todo llegaba a un justo y razonable final. Era como tenía que ser, tal como había dicho John en su carta.

Y ese pensamiento le ocasionó un inoportuno ataque de risa, que se alzó por encima de los insultos de ese hombre que no había dejado de apuntarle ni un segundo, y eso molestó al desdichado que había perdido todos sus ahorros en un negocio al margen de lo legal.

—¿De verdad me amenazas con la muerte? —preguntó Heit entre carcajadas—. Morir no me da miedo, lo que me acojona es estar vivo cada día.

—¡Maldito niño! —gritó el hombre nervioso, las manos le temblaban, pero no había bajado el arma y la determinación a disparar seguía intacta en el brillo de sus ojos.

El hombre pretendió acallar esa risa golpeándolo con la culata en el rostro, cosa que propició que Heit volviera a reír, esta vez con más fuerza y el sabor a sangre inundando su boca. Ese tipo estaba fuera de sí y eso le gustaba, no habría soportado morir apaciblemente siendo ya un adulto respetable, era mejor de ese modo, mucho más su estilo, algo que despertaría en todos un «tenía que pasar».

—¿Quieres matarme? —preguntó de pronto Heit recobrando en parte la serenidad—. ¡Hazlo! —le ordenó poniéndose serio.

Caminó dos pasos hacia el tipo, que lo miró sorprendido, y en un arrebato Heit cogió el cañón de la pistola con la mano derecha y lo dirigió directo a su frente. De prono sintió el frío metal quemándole la piel, y como su corazón

empezaba a bombear con más fuerza, tanta que pensó que iba a salirse del pecho.

—¡Voy a hacerlo! —advirtió el hombre temblando.

—¡Dispara! —instó él a voz en grito—. ¡Venga! ¡Dispara! —gritó aún con más fuerza—. ¡Hazlo! ¡Mátame! No tengo nada que perder...

De pronto un golpe seco, algo que lo apartó de un empujón y lo derribó contra el suelo, un sonido seco y el olor a pólvora inundando el ambiente, pero no sentía dolor más allá que el de la caída, cuando fue consciente de la situación se encontró al hombre de la pistola inconsciente en el suelo y a Yuri a su lado con el arma en la mano.

—¿Se puede saber a qué mierda estás jugando!? —le increpó Yuri aún desde la posición de superioridad que le ofrecía que Heit estuviese en el suelo, aunque cuando se puso de pie, la cosa no mejoró para el chico—. ¿Estás loco? ¿Y si no hubiera llegado a tiempo? —dijo visiblemente enfadado.

—Pues estaría muerto —respondió Heit sin más—. Tampoco creo que nadie me echara de menos.

—¡Maldito niñato! —gruñó Yuri empujándolo hacia la salida—. ¡Déjalo ya! —le dijo con un nuevo empujón—. ¡Tu amigo está muerto! ¿Quieres seguir sus pasos?

«Sí», pensó Heit sorprendiéndose a sí mismo.

—Las cosas no funcionan así Heit, tienes que superar toda esa mierda que arrastras o te vas a hundir y nos arrastrarás a todos contigo.

—¿Eso es lo que te preocupa? —inquirió Heit intentando empujar a esa mole de carne y hueso, aunque sin conseguirlo—. Pues la próxima vez ¡deja que disparen!

—Dime una cosa Heit, con el revólver en la frente, ¿en qué has pensado? ¿Para quién ha sido el que creías tu último pensamiento? —Heit enmudeció de pronto extrañado de la pregunta tan sumamente profunda para el organismo unicelular que creía a Yuri, pero de pronto se dio cuenta que, lo que más le estaba cabreando era la respuesta. Su cara mutó a una mueca y el hombre soltó una carcajada ante tal perplejidad—. Exacto, eso es por lo que merece la pena vivir —determinó Yuri terminando de arrastrarle al exterior del local hacia el

frío de la calle aún blanquecina por la nieve—. Piénsalo Heit, ¿de verdad quieres morir? ¿No merece la pena luchar por ella?

Heit lo miró desconcertado y de pronto el recuerdo del acero contra su frente le estremeció y no pudo evitar pensar en John, él había sido un cobarde sin agallas para enfrentarse a la realidad, les había dejado solos y con un gran cargo de conciencia, él no tomaría jamás ese camino, no podía hacerle eso a Max... ni a Lena.

—¡Tengo que irme! —exclamó Heit echando a correr.

—Pero, ¡¡¿dónde vas ahora!?! ¡Espera que te llevo! —le gritó, pero Heit siguió corriendo carretera abajo—. Si es que parece tonto —susurró Yuri, mientras encendía un cigarrillo.

No sabía ni cómo había llegado al club, y a pesar del frío estaba sudando y le faltaba el aliento. Condujo como un loco dejándose invadir por una pizca de esperanza acongojándole el corazón, algo totalmente nuevo para él. ¿Iría ella ese día al cementerio? Esperaba que así fuera. Aunque no sabía muy bien qué era lo que debía decirle.

Vio a Max a lo lejos, saltaba sobre sí mismo para entrar en calor, había empezado a nevar hacía media hora. Aparcó el coche y salió echando a correr en su dirección.

—Llevo media hora con el culo helado —le reprendió el chico golpeando la capucha para hacerla descender.

—He tenido movida en el curro —respondió Heit mirando alrededor—. ¿Y eso? —dijo, fijándose en la lata de cerveza que llevaba Max en las manos.

—Creo que lo de las flores fue un poco moñas...

—No quería decírtelo, pero... sí, lo fue.

—Mejor una birra —rió entonces Max contento de haber acertado—. ¿Qué te ha pasado? —inquirió señalando el labio hinchado.

—Un cliente no muy contento con su devolución.

—¿Te ha dado una hostia? —cuestionó sorprendido.

—Bueno... —dejó la frase a medias, pues no podía centrarse en nada que no fuese verla aparecer.

Heit seguía distraído, mirando a todos lados, buscándola, aunque no quería

reconocerlo.

—No vendrá —anunció Max de pronto.

—¿Quién? —soltó, aunque ya no sabía ni a quién pretendía engañar.

—Lena.

—Ni idea de qué me hablas.

—Ya, puedes ahorrártelo —replicó Max restándole importancia—. ¿Sabes por qué sé que no va a venir?

—Sorpréndeme.

—Está con Andy —anunció, y esas tres palabras dejaron a Heit fuera de juego, sin poder evitar una cara de total desconcierto.

—¿Qué? ¿Pero? ¿Cómo? —balbuceó.

Max se encogió de hombros y empezó a caminar hacia la entrada del cementerio, cuando se dio cuenta de que Heit no le seguía, pues se había quedado plantado en medio de la acera con la cara desencajada y los pies metidos en un charco.

—¿Y no te preocupa? —preguntó Heit desde la distancia. Se podía notar al aturdimiento solo por el tono de su voz.

—No —aseguró Max.

—Pero, ¿y si Lena le explica a Andy...? —inquirió Heit.

—Lena no puede explicarle a Andy nada que ella no sepa ya —respondió Max, volviendo a desandar lo andado y situándose frente a él.

—¿Se lo has explicado todo? —puso en duda Heit.

—Todo.

—Pero, ¿todo, todo? —insistió Heit.

—Todo —repitió.

—¿Todo...?

—Heit, podemos estar así hasta mañana, cuando digo todo es todo, ¿vamos? —Pero él no parecía poder moverse del sitio, como si algo lo retuviera allí, Max supuso que eran la culpa y el arrepentimiento, a él también le había sucedido meses atrás, Heit se creía muy listo pero en todo ese tema estaba demostrando ser un poco más lento—. ¿Sabes una cosa Heit? —dijo Max plantándose frente a él de nuevo—. Yo me avergüenzo de todo lo que hicimos, ¿y tú?

—Hasta hace poco creía que no.

—Bueno, piensa que tienes algo ya ganado —aseguró Max.

—No te sigo.

—¡Buah! El principio de una relación es sumamente estresante, intentar hacerlo todo bien, no cagarla, no enseñarle de ti lo peor... Ya sabes, aguantarse los pedos, comer con cubiertos, no dormirte cuando ella elije la peli... Tú tienes todo eso ya superado, la cagaste nada más conocerla y nunca nada de lo que le hagas será peor de lo que ya le has hecho —declaró Max.

—¿Intentas animarme o hundirme? No me ha quedado muy claro.

—Anda, ¡vete! Ya saludo yo a John de tu parte —sonrió Max dándose la vuelta para adentrarse en el Camposanto.

Tenía que hablar con ella, necesitaba decirle que su último pensamiento era para ella, y eso tenía que significar algo. Cuando había pensado que ese hombre apretaría el gatillo todo lo que había visto había sido a Lena, y de pronto lo que más le dolía eran todas esas cosas que jamás harían. Cogerla de la mano, besarla bajo la lluvia, susurrarle flojito en el oído un te quiero... No sabía porqué, pero había decidido que quería hacer todo eso tan normal a su lado.

Volvió al coche y arrancó de nuevo rumbo a la ciudad. Cuando llegó cerca de donde Lena trabajaba pudo verlas de lejos, y si nadie supiera que era bastante improbable, parecían dos amigas de toda la vida charlando animadamente una tarde cualquiera delante de un café, poniéndose al día de sus vidas. Ese pensamiento lo encendió sin saber muy bien porqué, perdiéndose de nuevo en su habitual mal humor. No sabía qué podía ser peor, que Andy escuchara por boca de Lena todo lo que había pasado, o que Lena encontrara confirmación en Andy de que todo aquello no la sorprendía, como si ya se esperara algo de esas magnitudes de un individuo como él.

Caminó a paso lento, debatiéndose entre seguir hacia su encuentro o largarse como el cobarde que era. A veces no saber era mejor a que alguien le abofeteara con la cruda realidad.

Mientras tanto, las chicas seguían hablando. Al principio el encuentro había sido un tanto extraño, no sabían muy bien qué decirse y había sido un poco incómodo para ambas. Llamar a Andy le había costado mucho, pero después de ver a Max en el cementerio había empezado a pensar más en él y no del modo negativo en el que se había obligado a hacer hasta la fecha, sino con cierta añoranza y un nuevo sentimiento de agradecimiento. Roto el primer momento, había descubierto que Andy y Max eran algo más que amigos y eso

la había entristecido y alegrado a la vez, era un sentimiento de lo más extraño, como si de pronto se diese cuenta de que perdía algo que creía suyo, aunque alegrándose, pues Andy era una chica fantástica.

—Sabía que la guitarra era muy importante para Max —dijo Lena mirando la funda que reposaba al lado de Andy—, ahora entiendo el porqué. Gracias por no juzgarme, me gusta poder pensar que podríamos llegar a ser amigas.

—Lena, no voy a justificar lo que ellos hicieron, porque es imposible hacerlo, tampoco voy a decirte que entiendo por qué te prestaste a todo eso, sería muy hipócrita por mi parte.

—En ese momento, me pareció la mejor opción —declaró Lena.

Andy no pudo evitar que su expresión la delatara, ¿la mejor opción? Debería haber odiado a esa chica que tenía enfrente, de hecho, durante un tiempo lo hizo, sin embargo todo había cambiado, y no pudo evitar alargar la mano por encima de la mesa para acariciar la de Lena.

—No quiero ni imaginar, cómo estarías pasándolo para creer que esa era tu mejor opción —manifestó Andy.

—Pensé que podría manejarlo, que solo serían unos días y que nada de lo que ellos quisieran hacerme sería más horrible, que otras cosas que ya había pasado, aunque casi sin pretenderlo me acostumbré. Dicen que los golpes de la vida te hacen fuerte y, antes de llegar a ese apartamento yo ya llevaba unos cuantos —soltó Lena, con la mirada imantada en la mano de Andy, que no había dejado de acariciar la suya en ningún momento—. Durante estos meses les he culpado a ellos, no obstante mi nombre también estaba en aquel jodido papel.

—Ahora ya nada de eso importa. Para bien o para mal, eres una parte importante de sus vidas, así que también lo eres de la mía, estoy segura de que llegaremos a ser buenas amigas.

—Gracias Andy.

—Y ahora dime... ¿Vas a querer que me vaya? —preguntó Andy, pero Lena no entendió esa repentina prisa de la chica y la miró desconcertada—, Heit está aquí.

Solo con escuchar su nombre todo su cuerpo tembló.

—No te vayas —casi imploró Lena.

—Creo que deberíais hablar —apuntó Andy suspirando, pues no las tenía todas consigo, pero creía de verdad que ellos dos debían decirse muchas cosas, así que se levantó y cogió la guitarra—. Gracias por recuperarla, ha sido todo un detalle.

—¿Puedo volver a llamarte algún día? —preguntó Lena.

—Claro, cuando quieras.

Andy observó a un dubitativo Heit que entraba en la cafetería, sobre él planeaba una densa nube negra, invisible pero tangible. Andy se despidió de Lena y se paró un segundo para saludarlo a él.

—Max está en el cementerio —balbuceó Heit con la mirada perdida en esa apartada mesa en la que Lena aguardaba.

—Lo sé... —Andy miró hacía el mismo lugar que miraba él. Lena parecía incluso más nerviosa que Heit—, si te manda a la mierda lo tienes más que merecido —le previno.

—Es tu opinión.

—Es un hecho Heit, no te mereces otra cosa.

—De nuevo subjetivo.

—Eres odioso en magnitudes bíblicas—gruñó Andy molesta, parecía que el chico solo sabía abrir la boca para fastidiarlo todo—. Nos vemos después en la cena.

—Allí nos vemos —confirmó Heit.

Habría preferido un terreno neutral, puede que sin gente, sin embargo ahí estaba, a punto de ocupar la silla frente a ella en la mesa de esa cafetería donde trabajaba. Atrás quedaban esas semanas observándola a lo lejos. Intentó que nada delatara lo nervioso e inseguro que estaba, no podía permitírselo.

—¿Puedo? —señaló la silla con indiferencia.

—¿Heit pidiéndome permiso para sentarse? No pensé que viviría para verlo... —replicó ella socarrona.

Obvió el comentario tan sarcástico y punzante, también el hecho de que no había dicho que sí, y se sentó alzando las manos a modo de rendición a una batalla que aún ni había empezado.

—Jamás haría nada que tú no quisieras, nunca lo he hecho, no voy a empezar a hacerlo ahora.

—¡Maldita seas Heit! —exclamó Lena, sin poder retener su enfado—. ¿Así es cómo pretendes iniciar una conversación?

—Solo quería dejar claro que...

—¿Qué eres un jodido psicópata sin sentimientos? Pues de momento vas bien.

Y de pronto eso se convirtió en un duelo de miradas para averiguar sus verdaderas intenciones. A Heit le pareció que ella había ganado en confianza y eso le gustó, o no, no era capaz de centrarse en una opinión concreta. Heit echó el cuerpo hacia adelante, clavando los codos en la mesa buscando así algo de intimidad entre ese ir y venir de clientes y camareros.

—Yo siempre voy bien —susurró agravando la voz hasta convertirla en un sonido metálico.

—¿A qué has venido? —preguntó Lena a punto de desesperarse—. ¿Qué pretendes? ¿Seguir dónde lo dejaste? Oh no, espera... Puede que se te quedara colgada alguna de tus macabras perversiones, creo que nunca llegaste a pegarme con el cinturón. Ahí detrás está el baño, puede que quieras obligarme a abrirme de piernas para ti o para algún otro —le escupió Lena con ira.

—Podrías darme las gracias, está claro que te he hecho fuerte —soltó Heit y Lena clavó la mirada en él frunciendo el ceño, abrió la boca para responderle, pero prefirió callar—. Qué quieres que te diga Lena, yo no he escrito las reglas, cambiaste sexo por una habitación...

—Y eso tiene un nombre —terminó la frase por él—. Supongo que a eso has venido —murmuró resignada—, está bien ¿vas a ser más feliz si lo digo? —inquirió clavando la mirada en él de manera insistente, pero en el rostro de Heit no se adivinaba emoción alguna—. ¿Es eso? Tú ganas Heit, sé que no soportas perder así que ahí va, disfrútalo: soy una vulgar ramera —soltó Lena apretando los dientes—. Me acosté con vosotros a cambio de que me mantuvierais, soy una puta que os regaló su cuerpo a cambio de muy poco...

El silencio se condensó a su alrededor, y por un momento ambos quedaron presos de sus respectivas miradas. Lena aguardó alguna reacción por su parte, aunque estaba claro que Heit no se dejaba avasallar por nada, ni siquiera por

las emociones. Él era diferente a Max o John, Heit era en apariencia frío, pero en el fondo, muy en el fondo, Lena intuía que solo era una pose, pura fachada para que nada le hiciera sufrir, y en cierto modo, lo envidió por ello. Ser capaz de aparentar tal serenidad cuando a ella estaban a punto de delatarla las lágrimas, si no lo había hecho ya el temblor de sus manos.

—Pero Heit —decidió proseguir, necesitaba terminar con eso de una vez por todas—, puede ser cierto que os cediera mi cuerpo, no obstante, tú te encargaste de pisotearme el alma un día tras otro. Me humillaste, me golpeaste, me trataste como si fuese un animal... Estás loco si crees que voy a olvidar todo eso.

Las palabras de Lena se clavaron en su alma, como supuso que habría ocurrido con John esa noche. Sin embargo la entendía. De nuevo la absoluta certeza de que, si realmente la quería, lo que debía hacer era alejarse de ella, y de nuevo esa cobardía de saber, que no era capaz de hacerlo. La necesitaba y por una vez quería hacer una apuesta perdedora.

—Y no deberías olvidarlo —pronunció él, con cierto dolor en cada palabra.

—Entonces —Lena se dejó caer en la silla sin poder esconder por más tiempo su desconcierto—, ¿qué haces aquí?

—No lo sé, solo sé que no puedo dejar de pensar en ti —y de pronto la primera frase plenamente sincera que era capaz de decirle a esa mujer.

—Demasiado tarde.

—Demasiado tarde es para John, yo aún puedo tener una oportunidad.

—Conmigo jamás —dijo Lena levantándose.

Heit se pasó las manos por el rostro, estaba tocado y hundido a pesar de que no lo quisiera reconocer. Lo estaba desde el momento en que la había mirado a los ojos.

—¡Joder Lena! Te juro que yo no quería que todo terminara así —se sinceró con tanto dolor en la voz, que Lena se vio obligada a detener su marcha.

—¿Y qué querías? —preguntó ella tan necesitada de una respuesta que no pudo ni disimularlo.

—Que no terminara —sentenció Heit mirándola a los ojos.

Lena tuvo que desviar la mirada para que él no pudiera leer en sus ojos el turbamiento que sentía por sus palabras, pero él no retiró la suya, sino que la clavó con insistencia en ella.

—No puedes hacerme esto —susurró Lena dejándose caer de nuevo en la silla y volviéndolo a mirar, aunque esta vez con los ojos anegados en lágrimas.

—Lo siento —dijo Heit. Dos palabras que le había costado toda una vida pronunciar.

—¿Qué sientes exactamente? —le preguntó Lena.

—Todo —Heit hizo el amago de intentar cogerla de la mano, pero en último momento la retiró temiendo la reacción que ella pudiese tener a su contacto—. Siento todo lo que pasó en ese apartamento... te juro que...

—¿Qué? —le increpó—. ¿Qué me juras? ¿Qué todo fue un error? ¿Qué tu no querías? Oh espera, espera... te viste empujado a eso, a llamarme perra, a atarme, a follarme cada vez que te vino en gana...

—Basta por favor —exclamó golpeando los puños sobre la mesa.

—¿Te molesta lo que digo? —soltó Lena con una carcajada nerviosa.

—Me molesta no poder hacer nada por cambiarlo. Me molesta ser consciente de todo lo que jamás podrá haber entre nosotros.

—¿Quién eres en realidad? —inquirió Lena.

Heit la miró confundido.

—No sé a qué te refieres.

—¿Eres ese tío que disfrutaba cada lunes de follarme a la fuerza o eres este amago de hombre arrepentido devorado por la culpa?

—Supongo que soy los dos.

—Sea como sea, no puedo perdonarte —sentenció Lena, levantándose para marcharse.

Puede que no volviera a tener una oportunidad, Lena le había ofrecido diez minutos y a pesar de que tenía una mala mano quería apostar, por una vez, por lo que sentía.

—Eres mi último pensamiento —soltó Heit atropelladamente.

—¿Qué quiere decir eso? —le miró Lena extrañada.
—No lo sé, es lo que trato de averiguar.
—Pues cuando lo sepas búscame.

Lena lo miró desconcertada y un momento de duda cruzó su mente, Heit pensó en ese instante que volvería a sentarse, que le daría la oportunidad de seguir hablando, pero ella se marchó sin añadir nada más.

«Mierda de miércoles», pensó abatido.

Capítulo 6

De nuevo era miércoles. Dicho así no es que pareciera un día demasiado especial, pero desde hacía unas semanas no podía evitar esperar ansiosa su llegada. Lena se miró en el espejo del baño para arreglarse el pelo. Verle, aunque solo se permitiera mirarle el tiempo justo de dejar el café sobre su mesa era todo lo que necesitaba. Después se obligaba a no volver la vista hacia él, ni una sola vez, le costaba la vida misma hacerlo, pero cumplía, porque lo necesitaba, al menos en eso tenía que lograr mantener su propia palabra y ser fuerte.

—Tu acosador en la mesa tres —dijo una de sus compañeras al llegar a su altura—. ¿Quieres que vaya yo esta vez? —Lena negó con un gesto—. Tenemos derecho de admisión, si quieres lo saco a patadas.

—No hace falta, ya se cansará.

—No será que te gusta ¿no?

Lena suspiró.

Ese miércoles Heit había elegido una de las mesas de la terraza, era casi primavera y la gente empezaba a disfrutar de los primeros escuálidos rалlos de sol, pronto el invierno y la nieve serían solo un recuerdo. Lo miró de reojo, y como cada miércoles a esa hora su corazón empezó a galopar dentro del pecho, al principio lo achacaba a la rabia y a la ira, sin embargo ahora no lo tenía tan claro y eso le molestaba y asustaba a partes casi iguales. Por un lado, quería odiarle y por otro, era cada vez más consciente que no podía hacerlo.

Cogió el pequeño bloc y salió a la terraza. El día era agradable, totalmente primaveral, a ella le encantaba la primavera, no pudo evitar sonreír ante la idea de que pronto los días empezarían a alargarse.

—¿Qué te pongo? —preguntó llegando a la mesa y clavando la mirada en él, reteniendo en sus pupilas la perfección de su rostro, ese pelo casi rubio enmarañado y despeinado, llevaba el nudo de la corbata algo bajado y el primer botón de la camisa desabrochado. Lo miró ese segundo, justo para robarle la imagen y recrearla en su mente después.

—Tenía una hermana... —soltó Heit de manera repentina.

Lena se quedó plantada frente a él sin atinar en saber qué hacer o decir, totalmente descolocada ante esa ¿confesión? Eso era totalmente nuevo, los primeros miércoles él intentaba por todos los medios retenerla, hablarle, le pedía por favor que le escuchara, que se sentara y tomara un café con él, que le permitiera hacerse perdonar. Ver a Heit suplicando supuso para Lena una pequeña victoria. Después esos ruegos fueron disminuyendo, y desde hacía unas semanas simplemente se sentaba allí, tomaba su café en silencio, mirándola de manera insistente, y después se marchaba, sabía que cuando se iba lo hacía para ir a ver a John, Heit había establecido su propio día de la redención. Cada miércoles.

Pero esa declaración tan personal sobre su vida la pilló totalmente desprevenida, con la guardia baja y sin posibilidad para reaccionar.

—Se llamaba Martha —prosiguió él, como si hablara más para sí mismo que para que ella lo escuchara—, era un par de años más pequeña que yo.

—Heit... —titubeó, no sabía qué pretendía él, ni si ella quería escuchar más de lo que fuera a decir, pues las barreras estaban, sin saber porque, muy bajas, y no quería traicionarse a sí misma.

Lena miró alrededor, era primera hora de la tarde y la cafetería estaba vacía, no había nadie más en la terraza y solo un par de mesas ocupadas en el interior. Vaciló, lo hizo durante unos segundos que se le antojaron interminables, intentó dilucidar en la mirada azul de él si solo estaba diciendo eso para llamar su atención, pero algo en su interior le dijo que no, que simplemente Heit ese día, había decidido abrirle un poco su corazón. Se sentó frente a él con los brazos cruzados a la altura del pecho dispuesta a escucharle. Nada más que eso, solo dejarle hablar.

—Un día salimos a patinar a un lago que había cerca de casa, yo lo hacía rápido, para dejarla a ella atrás —Heit perdió un momento la mirada, como si intentara recordar—, el hielo se partió y Martha cayó al agua, escuché sus gritos y corrí hacia donde estaba, intenté sacarla, pero no tenía suficiente fuerza, cuando mis padres llegaron ya era demasiado tarde.

—Si estás intentando venderme que eres un jodido témpano de hielo por que un día...

—No —la cortó Heit—, no es eso... Cuando ella murió no sentí nada —

soltó golpeándose en el pecho—. Un día tenía una hermana y al siguiente no. Tan simple como eso. Mis padres decidieron mudarse, decían que no podían soportar estar allí dónde todo les recordaba a ella, y así fue como llegamos a ese maldito pueblo en el que nadie nos conocía, me hicieron prometer que nunca hablaría de Martha, y no lo he hecho, hasta ahora.

—Que honor —dijo Lena con fingida indiferencia, pues en el fondo algo empezaba a removerse.

—Yo no entendía porqué mis padres estaban tan afectados, ni porqué nos habíamos mudado, me parecía una estupidez. Cuando John y Max aparecieron en mi vida fue algo extraño... de pronto era como si no pudiese vivir sin ellos, hasta un punto enfermizo, me hacían sentir muchas cosas, cada uno a su manera, y eso me desconcertó pues te juro que nunca había sentido nada. Llegó un punto en el que todo se redujo a eso... sentir algo, lo que fuese.

—No lo entiendo.

—Es como si toda mi vida desde que nací hubiera estado muerto, incapaz de alegrarme por un regalo, arrepentirme por una trastada, sin ser capaz de empatizar con nada ni con nadie. Nunca sentí la emoción de un primer beso, o el miedo al rechazo, jamás nada lograba remover algo dentro de mí.

—¿Y yo? —pregunto dubitativa—. ¿Qué te hice sentir yo?

Heit alzó la mirada y la clavó en ella, Lena quedó presa de esos profundísimos ojos del color del cielo, no podía moverse, ni siquiera se atrevía respirar.

—Me gustaba imaginar el momento en el que te derrumbarías, me excitaba solo de pensar en el instante en el cual consiguiera derribar tus barreras, durante semanas me ponía a cien solo tramando qué hacerte o decirte para lograr verte flaquear, en mi mente esbozaba cada acción y tus posibles respuestas —comentó Heit, que de pronto enmudeció, pues era consciente que todo eso no lo dejaba en muy buen lugar, de hecho, solo evidenciaba lo enfermo que estaba, la poca empatía que había tenido nunca para con nadie. En realidad diciendo eso, solo le estaba dando motivos a Lena para huir de él, puede que fuese lo que en el fondo pretendía. Ella merecía alguien mejor—. Intentaba anticiparme a lo que pensaba que sería tu reacción y ¿sabes qué? Jamás lo hiciste como imaginaba, me desconcertabas a cada momento. Me creía que era capaz de calar a todo el mundo, pero tú te volviste un jodido rompecabezas y pronto lo único que ocupaba mi mente era intentar resolverte.

Me estabas ganando en mi propio juego y eso era excitante y frustrante a la vez. Por primera vez en mucho tiempo me hiciste sentir vivo —declaró.

Lena lo miró sorprendida, entonces Heit alargó la mano por encima de la mesa y con un dedo acarició el dorso de la suya, no sabía cuándo había descruzado sus brazos, ni tampoco cuando había acortado la distancia con él, dejándose caer en parte sobre la mesa. Ese dedo dibujó una línea recta desde la muñeca hasta los nudillos y con ese simple roce Lena se estremeció de pies a cabeza, pronto Heit apartó la mano llevándola al bolsillo de la americana de dónde sacó un cigarrillo que encendió sin esperar. Aunque Lena advirtió el temblor en sus manos.

—Empecé a sentir cosas que jamás había sentido antes —siguió él soltando el aire mezclado con humo—. Miedo a que estuvieses cerca, miedo a que te fueras, ganas de estar a tu lado y a la vez de lograr que te alejaras. Rabia cada vez que ellos te tocaban, celos cuando te veía pasar la noche abrazada a John, unas ansias locas que me empujaban a rozarte a cada instante, y al mismo tiempo esa necesidad insana a seguir demostrando que podía doblegarte... No sabía qué cojones me estaba pasando hasta el día en el que os vi a Max y a ti besándoos en el sofá... y supe que yo quería ser el único que atrapara tu boca. Por eso necesité alejarte de mí. Pasé de no sentir nada a hacerlo demasiado y con abrumadora intensidad. Me entró el miedo, porque me estaba enamorando de ti.

—Esa noche, la cena... ¿habrías dejado que otros hombres...?

Heit suspiró echando la cabeza para atrás y alzando la mirada al cielo, por unos instantes pareció mantener una dura batalla contra sí mismo, hasta que descendió de nuevo la mirada, tiró el cigarrillo al suelo y la miró.

—No había ninguna cena, mentí. Pero eso tú ya lo sabías, por eso dijiste que sí.

—No lo sabía Heit —susurró Lena alzando la voz, recordando ese último día en el apartamento, el dolor que atenazaba su pecho al descubrir que para John nunca sería nada más que la chica con la que firmó un contrato, y que para Heit era poco menos que una mercancía con la que comerciar—. Ya te he dicho que si ambos jugamos lo hicimos a juegos diferentes, lo que no entiendo es ¿qué pretendías con eso?

—Sabía que Max jamás lo permitiría, que la discusión terminaría en pelea y eso me daría el pretexto perfecto para poder largarme. Necesitaba escapar de ti —afirmó Heit.

Lena tuvo que apretar muy fuerte los labios para evitar romper a llorar, lo miró como si lo viera por primera vez, porque puede que en ese momento fuese el único en el que veía al verdadero Heit, ese que solo había intuido durante los siete meses que estuvieron juntos. Negó despacio con la cabeza y soltó un suspiro antes de ponerse en pie. Heit no supo qué hacer o decir, titubeó e intentó agarrarla de la mano, sin embargo cuando estaba a punto de tocarla algo le hizo desistir. Puede que ese calambrazo que sentía cada vez que sus pieles se rozaban.

—Y ahora, ¿qué? —quiso saber ella de pie con la mirada fija en él, como si fuese el dueño y señor de todas las respuestas.

—Sé que jamás podrás perdonarme, pero... —alzó los hombros, como si ni él mismo fuese capaz de creer que eso fuera posible—. Me gustaría que intentásemos ser amigos al menos.

—Amigos... —susurró—. Gracias por haberme explicado lo de Martha —dijo Lena recuperando el bloc—. ¿Un café?

—Sí —Heit asintió apesadumbrado.

Lena apuntó y se giró para volver al interior del local, después de dar un par de pasos se detuvo y volvió a girarse hacia él.

—Hoy es miércoles, ¿vas a ir luego al cementerio? —Él asintió alzando la mirada con renovado brillo—. ¿Te importaría que fuese contigo?

—No, claro que no.

Y ahí estaban. Era la primera vez que Lena montaba en su coche, a decir verdad, pocas veces se habían relacionado fuera del apartamento. Le constaba que tanto con Max como con John habían hecho cosas «normales» de pareja «normal», pero no él. ¿Se arrepentía? Heit la miró de reojo y no pudo evitar pensar, que puede que hubiera podido hacer las cosas de manera diferente, no obstante no era hombre de arrepentirse de sus actos o decisiones, solo de maldecirse después de cada equivocación e intentar aprender de ella.

Lena parecía incómoda, estrujaba una mano contra la otra sobre su regazo y

había perdido la mirada a través del cristal. Era media tarde, Heit ojeó el reloj del salpicadero y gruñó, como cada miércoles llegaba tarde. Aparcó y salió del coche con rapidez, pero al dar la vuelta Lena ya había descendido y él no pudo evitar soltar una risa nerviosa, se sentía estúpido. Max esperaba como siempre, frente a la puerta principal fumando un cigarrillo y puso cara de asombro cuando los vio llegar juntos, abrió tanto los ojos que a punto estuvieron de salirse de las órbitas.

—Quita esa cara de gorila estreñado —se quejó Heit al llegar frente a él.

—Lo siento... es que... —tartamudeó, aunque se quedó sin palabras y no pudo evitar sonreír—. Me alegra verte Lena y John también estará contento —aseguró. Dudó un poco, pero finalmente se acercó para darle dos besos que ella no rehusó, ese era un buen comienzo.

Heit empezó a caminar hacia el interior, le dolía cada vez que Max hablaba como si John fuese a volver en cualquier momento, como si solo estuviese dormido o de viaje, como si no aceptara que John estaba muerto. Muerto porque había decidido terminar con su vida saltando al vacío desde el puente más alto de la ciudad. Lo había mirado en *Google*. A su espalda le llegaban las voces de Max y Lena y se resignó a que la conversación entre ellos pareciera fluida, mientras que con él siempre quedaría ese regusto a dolor y resentimiento. No importaba, al menos ella estaba allí.

—Parece que Leah ha pasado antes que nosotros —susurró Max observando las flores que parecían frescas.

—¿Hoy no le has traído una cerveza? —quiso saber Heit. Pues desde el segundo miércoles, Max siempre traía tres latas que se tomaban, mientras charlaban de sus cosas.

—Hoy se me ha ocurrido algo mucho mejor —comentó Max, al tiempo que sonrió con picardía metiendo la mano en el bolsillo para sacar un cigarrillo liado a mano—. Un poco de maría —dijo guiñándole un ojo.

—Qué cabrón —soltó Heit.

Heit alargó la mano y Max lo depositó en su palma, después sacó un mechero y lo acercó para que Heit lo encendiera.

—¿Vais a fumar eso aquí? —preguntó sobresaltada Lena.

—Nosotros no —respondió el rubio dejando escapar el humo de entre sus labios—, es John quien lo hace —aseguró, después de una segunda profunda calada se lo pasó a Max.

—¿Recuerdas el verano que pasamos en el campamento ese? —Max dejó ir el humo entre carcajadas—. El imbécil del monitor estaba todo el día con lo de «aire puro, aire puro»...

—Y tan puro. Íbamos ciegos todo el día —rio Heit alargando la mano para que Max le pasara de nuevo el cigarrillo.

—¡Eh! —se quejó Lena—. ¿Y yo?

Ambos chicos la miraron sorprendidos, Max sonrió y se lo cedió. Lena miró la lápida de John, mientras profería una calada al canuto, dejando que el humo inundara sus pulmones y la mente se le nublara, hacía unos meses había dejado de fumar, y pocas veces había probado la marihuana, pero le gustó poder compartir eso con ellos, y de pronto se sintió más cerca de John, entendió a la perfección por qué Max hacía eso de hablar de él como si estuviese allí, porque en el fondo estaba, de algún modo él no se había ido, seguía con ellos, ayudándolos a que se perdonaran a ellos mismo y entre ellos. Se lo tendió a Heit y se dejó caer al suelo, sentándose en el césped, bajo ella, a unos cuantos metros se encontraba el ataúd de John.

—El próximo día una botella de Whisky —bromeó Max sentándose a su lado.

—¿Crees que fue culpa mía? —preguntó Lena de sopetón mirándolo, y se acongojó como la primera vez con sus ojos, tan profundos que parecían no tener fin.

—¡Joder no! —exclamó Max alterado—. ¡Claro que no!

—Tú no tienes la culpa de nada —añadió Heit sentándose también en el suelo, aunque no muy convencido, no le gustaba mancharse de tierra.

—No puedo evitar sentirme así —comentó Lena.

—Pues como todos —soltó Max en un bufido—. Pero fue una decisión suya, de nadie más. Estaba dolido, sin embargo el dolor solo hay que superarlo, no es el final.

—La cagamos entre todos y él ha pagado las consecuencias —dijo Heit más para sí—. Eso no nos convierte en culpables, o al menos no en los únicos culpables.

—Éramos amigos desde niños —comenzó Max, clavando la mirada en la

fría lápida—, si tan mal estaba debería habernos pedido ayuda —aseguró, sin poder evitar que ambas manos se cerraran en un puño—. Debería haber sabido, que a pesar de todo seguía teniéndonos a su lado.

—A mí me buscó —susurró Lena, aún le dolía pensar en esa noche, en la desesperación de John, ese velado grito de auxilio que ella deliberadamente ignoró, soñaba con ello todas las noches—, no supe ver más allá de mi propio enfado, si ese día yo... Debería haberle perdonado, haberle dicho que... ¡Joder!... No sé, puede que él aún estuviese vivo.

—Cada día es el último día para alguien —Heit se encogió de hombros—. No sé vosotros, pero yo estoy hasta los cojones de culparme por todo, así no se puede vivir.

—Él no querría vernos tan jodidos —le apoyó Max.

—Supongo que no —afirmó Heit, que no pudo evitar pensar en esa llamada y el ruego de su amigo antes de morir, solo quería que fueran felices, que de algún modo todos terminaran de vivir sus vidas—. Todos somos historias —susurró levantándose, y sin pensarlo mucho alargó la mano para ayudar a que Lena hiciera lo mismo.

Ella lo miró y tras unos instantes de duda, alargó la suya para encajarla en la de él, y de un tirón dejó que el chico la alzara. Ambos se miraron unos instantes en que el mundo pareció haberse detenido para ambos, hasta que Lena se apartó y arrancó la mirada de la de Heit sin poder evitar sentirse turbada, pero se reprendió de inmediato por ello y lo hizo clavando la mirada en ese nombre grabado en piedra.

—El ritual de los miércoles termina en mi casa, comiendo pizza —dijo Max poniendo una mano en su hombro para llamar la atención de Lena—. ¿Vienes?

—Tengo que irme —respondió ella.

—Podrías venir... —insistió Max, le gustaba la idea de que pudiesen ser amigos y tener una relación, dentro de lo extraño, lo más normal posible.

—Quiero irme a casa —confesó Lena.

—¿Te llevo? —se ofreció Heit, aunque sabía la respuesta de antemano, él era de quien necesitaba alejarse.

—No quiero que rompas tu ritual de los miércoles por mí, cogeré un taxi. Me ha gustado venir.

—Entonces nos vemos el miércoles que viene —le dijo Max con media

sonrisa y ella asintió.

Pudo haber insistido, sin embargo prefirió no forzarla más. Los dos amigos observaron cómo el vehículo, dónde instantes antes se había montado, se alejaba en dirección a la carretera principal. Max golpeó el hombro de Heit con fuerza antes de empezar a andar en dirección a dónde estaba el coche.

—¿Me lo vas a explicar? —preguntó Max.

—No hay mucho que decir.

—Joder, ¡habéis venido juntos! ¡Y parece que por propia voluntad!

—Hemos hablado, y bueno... no sé... —se encogió de hombros, tampoco sabía muy bien qué iba a pasar a partir de ese momento.

—Puede que nos perdone —susurró Max sin poder esconder la esperanza de esa afirmación.

—Contigo parece haberlo hecho ya —aseguró Heit.

—Es la primera vez que te enamoras, ¿no?

—¿Tanto se nota? Jamás había sentido nada parecido —se lamentó Heit—. Es por eso que algo dentro de mí me dice que tengo que lograr apartarla.

—¡Pero qué dices! —gruñó Max sin poder disimular el enfado—. ¿Tú eres gilipollas o qué?

—Venga Max, tú sabes mejor que nadie, por todo lo que ha tenido que pasar Lena —comentó Heit.

—Ya, pero...

—No —respondió rotundo—. Ella merece a un buen tipo, alguien que la quiera, que beba los vientos por ella, un tío que no la haga llorar... o que si lo hace que sea de felicidad.

—¿Y no puedes ser tú ese tío?

Enternecedoramente estúpido, así era Max, Heit lo miró con condescendencia, y no pudo evitar soltar una carcajada ante esa pregunta.

—A estas alturas del libro todos sabemos que no soy yo —afirmó rotundo.

—Pues me niego.

—¿Qué te niegas? ¿Qué quiere decir que te niegas? —inquirió Heit.

—Que no voy a quedarme de brazos cruzados, mientras desperdicias tu oportunidad de ser feliz.

—¿Y ella? ¿No tiene ella nada que decir? —insistió Heit a Max.

—Ella seguro que siente lo mismo por ti. ¡Oh! ¡Espera! ¿Es que tienes miedo de que te rechace? —indagó Max.

—Tengo miedo de que alguien más termine como John —confesó Heit, volviendo la vista al cementerio del que acababan de salir.

—Joder Heit, ¿cómo puedes decir eso? —susurró Max, y la sonrisa que tan solo instantes antes se dibujaba en su rostro quedó congelada y desapareció.

—Porque sé que soy incapaz de hacerla feliz y nada me dolería más que intentarlo y fracasar, no lo soportaría —declaró.

—Así que prefieres no intentarlo.

—¿Estúpido verdad? Qué quieres que te diga Max, nadie me ha preparado para esto, no sé qué hacer —dijo quebrándosele la voz—. Es que no quiero hacerle daño —dijo Heit rompiendo a llorar.

Max lo miró con el corazón encogido, y sin saber qué palabras de consuelo ofrecerle, así que prefirió callar y abrazarlo. Verdaderamente Heit lo estaba pasando muy mal, así que lo acunó entre sus brazos en riguroso silencio y por un momento pensó en John, puede que solo hubiese necesitado lo mismo que parecía pedir a gritos Heit, un hombro amigo sobre el que llorar.

Hicieron el resto del camino en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos, abducidos por la melancolía de cada miércoles, que en el paso de los días se disipaba un poco, aunque nunca terminaba de desaparecer. Al menos ahora se tenían el uno al otro de nuevo, y a Andy, también estaba ella, Heit sonrió ante la idea de que esa niña rara que nunca hablaba con nadie ahora fuese una parte tan fundamental de su extraña y complicada existencia.

Esa noche, tras la segunda cerveza, la tristeza empezó a evaporarse un poco, ambos amigos reían tirados en el sofá, y a pesar de que Heit quería intentar no pensar, no podía evitarlo, Lena se colaba a traición en su mente, y quería decidir con cabeza cuál debía ser el siguiente paso con ella. ¿Intentarlo o no intentarlo? No había mentido, la quería, pero también era cierto que no sabía cómo hacer feliz a una mujer.

Estaban esperando a que Andy llegara de trabajar jugando a videojuegos y charlando animadamente.

—Joder tío, ¿desde cuando eres tan bueno? —exclamó Max molesto después de volver a perder.

—He estado practicando estos últimos meses, y si me pones el Mario Car te fundo.

Max no pudo evitar reír, la verdad era que, para bien o para mal, Heit había cambiado mucho, no sabía si por Lena o por la muerte de John, aunque no parecía el mismo, no sabía cómo explicarlo, pero... ahora era más... normal. Le dolía verlo tan triste y confundido, tenía ganas de poder decirle que saltara al vacío y dejara que todo sucediera como debía suceder, sin embargo después recapacitaba y sabía que, si Heit lo intentaba y no salía bien, puede que fuese un golpe demasiado duro para él. Parecía estar tan próximo a tocar fondo que asustaba, al menos le quedaba la esperanza de que él, sí supiera que podía contar con su amistad para todo lo que necesitara. Max volvió a mirarlo con pesadez pensando en cómo animarlo.

—¿Sabes una cosa? —dijo entonces poniendo el juego en pausa—, voy a pedirle a Andy que se case conmigo —soltó de pronto.

—¡Joder! —exclamó Heit dejando el mando sobre la mesa y mirando a su mejor amigo—. No... no sé qué decir.

—Bah, no te cortes, di lo que piensas —lo animó Max con un gesto con ambas manos para darle paso.

—Sabía que eras tonto, pero superas todas mis expectativas.

—Imbécil —gruñó Max.

—Bueno, siempre nos queda una última esperanza.

—Sorpréndeme.

—Que Andy sea una chica lista y diga que no —se burló Heit.

—Vete al infierno —respondió Max molesto.

Ambos amigos se miraron unos segundos antes de romper en una estruendosa carcajada.

—Ven aquí —exclamó Heit tirando de él para abrazarlo—. Me alegro mucho por ti.

—No te adelantes, aún no me ha dicho que sí.

—Ha olido ya tus pies y no se ha ido corriendo, eso es amor tío —declaró Heit sonriendo.

Ninguno de los dos pudo evitar en ese momento pensar en John, y cómo habían cambiado las cosas en los últimos tiempos. La puerta de la calle les sacó de ese trance en el que ambos se habían quedado sumidos, se separaron

al momento y cogieron los mandos como para disimular, aunque los dos tenían un esbozo de sonrisa pintado en el rostro que era imposible de terminar de borrar.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Andy alzando la voz.

Max hizo un barrido rápido por el salón, no había dejado la cazadora tirada, el cenicero estaba vacío y había hasta recogido la cocina, suspiró aliviado, el cabreo de Andy sería por alguna otra cosa y no por él. Heit a su lado se percató sin poder evitar soltar una carcajada y recordar, ahora con añoranza, los meses de compartir habitación con ese cerdo, y lo desesperante que era intentar convivir con él: sucio, mal hablado, ruidoso...

—¿Eh? ¡Ah! Hola... No os había visto —dijo Andy, dejando caer el bolso en una silla, mientras se acercaba para darle un beso a Max y saludar a Heit.

—¿Qué te pasa? —preguntó Max.

—¿Te acuerdas de Carlos? ¿El tío ese de la discográfica que nos hizo la prueba? —Max asintió—. Hace un par de meses tuvo un accidente de coche, por lo visto ese es el motivo por el que hasta ahora nadie se había puesto en contacto con nosotros...

—¡Joder! —exclamó el chico—. ¿La ha palmado?

—Creo que no, no lo sé, en la discográfica tampoco me han dado más datos, creo que iba con su mujer... Una movida... Me han dicho que se están poniendo al día con los temas que llevaba él, y que nos llamarán en cuanto puedan... —Andy sacudió la cabeza—. ¡Joder! Qué mal rollo —se estremeció.

—Ves a darte una ducha nena, nosotros nos encargamos de la cena hoy, ¿pizza o chino?

Andy sonrió.

—Sorprendedme.

La vieron ascender en dirección al piso superior, mientras seguía mirando el móvil, seguramente hablando con Marian y explicándole las novedades.

—¡Desembucha! —dijo Max cuando volvieron a quedarse solos.

—¿Qué?

—Conozco todas tus caras, desde la de «me he tirado un pedo» hasta la de «este cadáver no es mío», y al decir Andy lo del tío ese has puesto cara de culpable y de felicidad a la vez, así que...

—Ni idea de qué me hablas Max —replicó Heit golpeando el hombro de su compañero, y dirigiéndose hacia la cocina.

—Mientes —susurró Max siguiéndolo por el pasillo—. ¿Sabes qué? Mejor no me lo digas, prefiero mantenerme al margen de tus movidas raras.

—Chico listo —le felicitó—. ¿Chino? Me apetecen rollitos. Además, quiero vino, pues tenemos que celebrarlo.

—¿El qué?

—Que Lena me habla, que vas a casarte con Andy... —«Que el hijo de puta de Carlos y su mujer han recibido lo que se merecían» pensó pero no quiso decirlo en voz alta.

Capítulo 7

Saltó de la cama y caminó a tientas hasta el baño, tropezó con las deportivas y a punto estuvo de caerse escaleras abajo, sin embargo en el último momento recobró el equilibrio y consiguió mantenerse en pie.

—Te dije que no las dejaras en medio —escuchó que le reprendía Andy desde la cama.

—¡Joder! ¿Pero tú no dormías?

—Lo intento, aunque haces mucho ruido.

—Lo haces —confirmó Heit saliendo de la habitación de invitados.

—¿Cuándo dices que terminan de arreglarte el baño? —se quejó Max arrodillado en el suelo abrochándose los cordones.

—En teoría ayer, es decir, la semana que viene... —Heit le guiñó un ojo, mientras se hacía el nudo de la corbata.

—¿Vienes a correr?

—Sí claro, por eso me pongo la corbata, me gusta correr elegante —bufó Heit empezando a descender a la planta baja.

—No sé, siempre has sido un poco raro... en serio, ¿no te agobias todo el día con eso apretándote el cuello? —inquirió Max siguiéndole.

—Se le llama ir elegante, deberías probarlo.

—Prefiero ir cómodo, además en un arrebató sexual es mejor una camiseta, es más fácil de quitar.

—No hay arrebatos de esos en camiseta y deportivas, a las mujeres les gustan los tipos como yo.

—¿Enclenques y enfermizos?

—¡Serás gilipollas! Pues tampoco estás tan en forma, que la última vez te di una buena —comentó Heit.

—Me atacaste a traición y por la espalda —le recordó Max.

—Porque cuando alguien va a por ti te manda una puñetera nota de advertencia con un par de días de antelación.

Andy carraspeó desde la puerta de la cocina con los brazos en jarra, despeinada y aún en pijama, como debían ser los días de fiesta.

—¿En serio? —se quejó, viendo como no habían hecho ni el amago de preparar el café, Max a punto estuvo de abrir la boca, pero Andy alzó ambas manos para que se callara, eran como dos niños pequeños, aunque debía admitir que se lo estaba pasando bien—. No quiero saber nada de ninguno de los dos hasta después del primer café, y no me vais a caer bien hasta el segundo.

—Ah, pensaba que lo harías tú —bromeó sonriente Max, que se acercó hasta ella para darle un beso, la cogió de la mano y la alzó, cada vez que veía en su dedo el anillo de prometida le daba un vuelco el corazón. Era feliz—. Te quiero —susurró y aprovechó que había acortado la distancia para depositar un beso en su cuello—. Te quiero mucho...

—Y yo a ti, pero sin café no hay besos —declaró ella, aunque era inevitable, Andy se derretía cada vez que él la rodeaba con los brazos, ya no se molestaba ni en esconderlo, Max le tenía el corazón robado desde hacía tanto, que era inútil fingir lo contrario.

Heit les observó un segundo antes de desaparecer en silencio, eran enternecedoramente vomitivos, sin embargo le encantaba verlos así. Cada vez que veía a Max tan feliz, no podía evitar pensar en John, pues estaba seguro que, allí donde estuviera, el cielo, el infierno o un salón recreativo, estaría encantado de comprobar como al menos una historia iba a tener un bonito final feliz, además Max se la merecía.

El verano había llegado, con él el calor asfixiante y las ganas de morir cada vez que salía a la calle. Estaba en un impás personal y se estaba tomando las cosas con calma en todas las facetas de su vida, desde su trabajo con Jack, cosa que no había gustado mucho a su jefe, como en su relación de amistad con Lena.

Ese día era de los soleados y antes de llegar al club Heit ya estaba sudando, cosa que odiaba. Jack lo saludó sin demasiado entusiasmo, y es que llevaba unos días arrastrando muy mal humor y no solo por su decisión de trabajar menos, sino porque en el club habían empezado a cobrarle las copas y ponerle freno con las chicas. Elisa estaba tras esa decisión, Heit no podía más que alegrarse y divertirse a la vez. Admiraba a Elisa, la manera en la que se había hecho con la situación, pues Vasíliev había delegado en ella parte de la responsabilidad del club.

—Roy me ha preguntado si vendrás este viernes —comentó Elisa.

—¡Por supuesto! —respondió Heit cogiendo las gafas de sol de encima de la mesa.

—También quiere saber si volverá a ir Max, dice que juega mejor que tú.

—¡Traidor! —gruñó fingiendo enfado—. Dile que se lo preguntaré, pero Max nunca dice que no a una partida de *Play*.

—¿Cómo estás? —quiso saber ella entonces.

—Como siempre —respondió Heit—. ¿Y tú?

—Creo que un poco mejor de «como siempre» —respondió ella sonriente.

—Me alegra mucho Elisa, de verdad.

—Y todo gracias a ti —dijo ella.

—Yo no he hecho nada, solo mi trabajo.

—Bueno, sea como sea, nosotros siempre te estaremos muy agradecidos —replicó dándole un beso en la mejilla.

—¿Aún sigues aquí? —gruñó Jack—. ¡Te pago por trabajar!

—Me pagas una mierda, tendremos que hablar de eso.

—¿No decías que no lo hacías por el dinero...?

—He dicho muchas gilipolleces en mi vida —soltó Heit poniéndose las gafas de sol—, está claro que ahora me persiguen todas.

Cogió el coche y condujo en dirección al almacén de Vasíliev, le constaba que el ruso estaba contento con su trabajo, a pesar de que Jack le había insinuado lo contrario. Heit encendió un cigarrillo y dio un volantazo para adelantar a un coche que iba a una velocidad molesta, ni demasiado rápido ni demasiado lento... Jack... tenía que replantearse su futuro, puede que ya fuera hora de buscar un trabajo normal y legal, uno por el que le pagaran una miseria a final de mes, pero en el que no corriera el riesgo de aparecer un día muerto en cualquier cuneta, eso le llevaba a su siguiente pensamiento, y era que eso no ocurriría jamás, no lo de aparecer muerto, eso era más que probable, sino lo de tener un trabajo normal. Sabía demasiado. Cuando entras en el negocio de lo ilegal, solo sales con los pies por delante. Suspiró.

Últimamente no dejaba de encontrarse con malos resultados de pésimas elecciones. Todas las malas ideas del pasado volvían una a una para escupirle en la cara, y eso era agotador.

Pasó las siguientes horas repasando números junto al ruso, que parecía francamente interesado en todo lo que Heit le explicaba. La verdad era que había trabajado mucho en su cuenta, y a pesar de que la idea había sido arriesgada, nadie podía negarle que estaba saliendo todo a pedir de boca.

Estaba orgulloso de sí mismo, Vasíliev también estaba muy agradecido, y se lo hizo saber con un regalo de los que impresionaban.

—¿Te gusta? —dijo el hombre con su marcado acento.

—¿En serio? —Heit miró sorprendido el carísimo reloj—. No puedo aceptarlo.

—No se le dice nunca que no a un ruso —sonrió el hombre enseñando su perfecta dentadura—. ¡Vodka! —gritó hacia uno de sus hombres—. Brindemos chico, por tu brillante cerebro.

Cuando salió de allí iba bastante bebido. Pensó en llamar a Max para que fuera a recogerle, pero tenía ensayo y no quería molestar, bastante estaba haciendo ya, lo había acogido en su casa la última semana y media. Heit sacudió la cabeza intentando inútilmente despejarse un poco, sin embargo no funcionó. Se sentó frente al volante y le costó tres intentos poner el coche en marcha, y cuando lo hizo, dos más antes de lograr que le entrara la primera para arrancar. Gruñó porque todo le daba vueltas, estaba mareado y debería aprender a decir que no, en eso pensaba cuando al incorporarse a la carretera a punto estuvieron de llevárselo por delante.

—¡No! —gritó dando un volantazo para parar en la cuneta.

Abrió la puerta y como pudo se dejó caer al suelo donde saludó de nuevo a su comida.

—Mierda —gruñó sentándose contra la chapa del coche.

Tenía que frenar, hacía meses que había tocado fondo, cuando Lena apareció en ese maldito piso, esa fue la señal de que su vida se estaba desmadrando de tal modo, que de continuar por ese camino no habría vuelta atrás. No podía seguir así, ese trabajo le encantaba, pero ya no podía más, estaba enloqueciendo más rápidamente de lo que querría. Se resignó a llamar a Max, puede que una de las pocas elecciones acertadas de los últimos tiempos, no podía conducir en ese estado.

Poco rato después el coche de Andy se detuvo cerca de donde se encontraba, quiso levantarse, aunque no pudo, así que aguardó tirado en el suelo a que su amigo le recogiera, literalmente.

—Hola —la voz de Lena le asustó.

—Pe-pero... ¡joder! —farfulló. Estaba aturdido, y por más que intentaba levantarse no lo lograba.

—Estaba en «El garaje» escuchándolos ensayar... —le explicó Lena agachándose a su lado—. ¿Necesitas ayuda?

—Puedo solo —rezongó.

—No lo parece —sonrió—. Si quieres me voy —señaló hacia el coche de Andy.

—¡No! Joder no... —balbuceó.

Lena tomó su mano para ayudarlo a incorporarse, y no pudo evitar soltar una carcajada. Heit estaba horrible, tenía el traje arrugado y sucio, la corbata desecha, la camisa manchada... Estaba despeinado y tenía muy mala cara, a parte de un fuerte olor a alcohol y tabaco, y eso que solo era media tarde. Le costó un poco, pero al final consiguió montarlo en el coche de Andy y ponerle el cinturón.

—¿Por qué estás borracho? —preguntó Lena incorporándose al tráfico.

—El puto ruso quería brindar —rio Heit, aunque no sabía muy bien porque eso le hacía gracia.

—Blanqueas dinero para la mafia —afirmó Lena convencida.

—Sssshhh es un secreto —dijo volviendo a reír—. No lo sabe nadie.

—¿Es un ruso de los normales que hackean ordenadores o de los que trafican con mujeres como si fuesen mercancía? —cuestionó sin apartar los ojos de la carretera.

—No lo sé, nunca pregunto esas cosas.

Lena no pudo evitar mirarlo de reojo, él se había girado y ahora estaba concentrado en algo más allá del cristal o puede que en el reflejo de los dos que le devolvía el mismo.

—No tienes ningún código ético —se lamentó Lena—. ¿Es que no tienes límites Heit?

—Sí los tengo, está claro que seis vodkas.

—¡Hablo en serio! —exclamó Lena que sin pretenderlo alzó la voz.

—Tú mejor que nadie sabes que no conozco límite.

—¿Tus padres no te enseñaron la diferencia entre lo que estaba bien o mal?
—le interrogó.

—Supongo, aunque se me olvidaría, sin embargo no eres la más indicada para hablar.

Lena chasqueó la lengua para mostrar su decepción. Le costaba, le costaba un mundo entenderlo, no es que no lo intentara, pues lo llevaba haciendo desde que lo había conocido, no obstante Heit era un muro infranqueable, y cuando lograba colarse por algún resquicio, veía en él cosas tan contradictorias que desistía, ya que era como intentar desenmascarar a un perfecto actor o a un estafador. Jamás mostraba su verdadera cara. Heit era igual, le agotaba tener que estar siempre dilucidando si hablaba en broma o de verdad, si lo que decía era lo que pensaba o lo que él creía que uno quería oír. Lena lo miró con tristeza contenida, pensando en qué fácil podría haber sido todo de haberse conocido en otro tiempo y otro lugar.

—Gira a la derecha —indicó Heit.

—Lo sé, a casa de Max.

Heit asintió, aunque un poco desconcertado, o puede que fuese que estaba con los sentidos aletargados por el alcohol.

—¿Cómo sabes que estoy en casa de Max?

—Llevo unas semanas yendo a «El garaje», me gusta escucharlos tocar.

—Creo recordar que lo hacían de puta pena —se mofó Heit y eso solo le valió, para que Lena le obsequiara con una mirada reprobadora.

—Eres un jodido bocazas, ¿por qué tienes que estropearlo siempre todo?

—Porque tarde o temprano todo se va a la mierda, no pongo demasiadas esperanzas en que las cosas salgan bien. Ya sabes, eso de que un pesimista es un optimista bien informado...

Lena aparcó frente a la puerta de la casa y apagó el motor, había quedado con Andy que dejaría allí el coche y ellos volverían andando, también le había prometido que esta vez sí aceptaría la invitación a cenar, sin embargo una vez más le flaqueaban las fuerzas. Sacó la llave del contacto y abrió la puerta, a su lado Heit hizo lo mismo, el viaje en coche lo había despejado un poco.

—Voy a llamar a un taxi —anunció ella.

—¿Por qué no te quedas? —inquirió él—. Lena, por favor... no me hagas caso, sabes que soy un gilipollas y estoy algo borracho.

—Es que no lo entiendo Heit, de verdad que lo intento, pero... a veces eres encantador y otras vuelves a ser el tío que me castigaba cuando no le llamaba «amo».

Una sombra cruzó por la mirada de Heit, mientras que por la de Lena lo hizo la tristeza.

—Quiero perdonarte, de verdad que sí —le confesó—. Por mí, por ti, por John. Porque quiero olvidar esos siete meses y centrarme en el ahora, aunque cada vez que pienso que voy a poder hacerlo tú te encargas de que no sea así. Max dice que estás muy cambiado, yo también lo pienso, pero...

—No sé qué decirte —soltó él.

—Ese es el problema Heit, que siempre dices lo que piensas que queremos escuchar, actúas conforme a la imagen que los demás proyectan de ti y ya no sé realmente cómo eres. Creo que no lo sabes ni tú... Llevas tanto tiempo jugando a esta doble vida tuya, que ya no sabes ni quién eres en realidad, y hasta que tú no lo tengas claro, nada de esto va a funcionar —dijo señalándolos a ambos—. Porque a veces siento que te importo para después de nuevo pasar a sentirme una mierda, y me estás volviendo loca.

Heit la miró y pensó. Por su mente acudieron diferentes frases, palabras, declaraciones de intenciones, por su cabeza se formularon dudas y respuestas, ganas y deseos, miedos, muchísimos temores y a la vez ganas de superarlos todos y ser valiente por una vez.

—Me dijiste que yo era tu último pensamiento, que estabas intentando averiguar qué significaba eso... Me dijiste que en el apartamento te habías empezado a enamorar de mi...

—Sí...

—¿Y bien?

—¿Quieres que te diga que te quiero? —inquirió—. ¿Necesitas oírlo? Te quiero. Claro que te quiero joder... Es imposible que no puedas verlo.

Ambos se miraron lo que pareció ser una eternidad, el corazón de Lena

latía con tanta fuerza que le parecía inverosímil que él no pudiera escucharlo. A su vez, a Heit le temblaban las manos, las rodillas, y no sabía si era fruto de esa borrachera, pero tenía la cabeza empañada como por una densa bruma que todo lo hacía parecer menos real. Aunque ahí estaba de nuevo, esa sombra en el rostro de Lena que aparecía cada vez que él intentaba acercársele de algún modo. Puede que ella no fuese consciente de ello, pero cada vez que él pretendía intentar normalizar las cosas, en los ojos de Lena aparecía el temor. Heit sacó el teléfono móvil del bolsillo y se lo alcanzó.

—Para que llames al taxi —le aclaró, y dicho eso empezó a caminar hacia la entrada de la casa.

Lena lo miró con los ojos desorbitados, no podía ser, le acababa de decir que la quería, y ahora le ofrecía el teléfono para que se marchara. ¿En qué estaba pensando? Esa bipolaridad era por la que no podía bajar la guardia, por eso debía mantener el muro que había levantado entre los dos. Porque cada vez que bajaba las barreras y se dejaba arrastrar por el mundo de las fantasías, Heit se encargaba de pisar de nuevo sus sueños y empujarla al mundo de la realidad. Meses después seguía torturándola, aunque ahora lo hacía de una manera más elegante y disimulada.

—¿¡Por qué me haces esto!?! —chilló y fue tras él hasta las escaleras de la casa.

—Te lo he dicho... no sé hacerlo de otro modo.

—No puedes decirme que me quieres y después pretender que me marche.

—¿Quieres quedarte? —preguntó Heit entonces, enfrentando sus escurridizos ojos—. Dime Lena —le pidió Heit descendiendo los escalones para ponerse frente a ella y volver a preguntarle—. ¿Quieres quedarte conmigo?

—No —confesó ella con un hilo de voz.

—Ahí tienes la respuesta —señaló el teléfono, se dio media vuelta y entró en la casa con los ojos llenos de lágrimas.

De nuevo «ese» Heit, el que parecía estar por encima de todo y de todos. El sonido de la puerta al cerrarse la sobresaltó, tirándola de un fuerte guantazo a la realidad. Miró el móvil que tenía entre las manos y no se permitió dudar, estaba harta de ese juego, de ese «ahora sí, ahora no» que se había establecido

entre ellos y sabía que parte del problema lo tenía ella, que parecía incapaz de dar carpetazo final, como si algo la atara a ese hombre frío y despiadado, pero ya no quería luchar más por algo que no iba a tener un buen final. Ella y Heit estaban condenados a no entenderse nunca, Heit sería siempre ese rompecabezas que, a pesar de haberlo intentado, no había logrado resolver. Y le habría gustado poder ser amigos, sin embargo estaba claro que eso jamás ocurriría.

Suspiró y fue a dejar el móvil sobre uno de los escalones, ya tenía el suyo con el que llamar. Al hacerlo, la pantalla se iluminó y una fotografía llamó su atención. Lena cogió de nuevo el teléfono de Heit para comprobar que este usaba una foto suya como fondo de pantalla. Era una imagen de ella en el salón del apartamento, de cuando se sentaba en el alféizar de la ventana para perderse durante unos instantes en lo que había más allá de esas cuatro paredes que la aprisionaban. Era una instantánea que no sabía que le habían hecho, una foto que debió tomar Heit en algún momento de esos siete meses, Lena volvió a mirar hacia la entrada de la casa y tuvo que reprimir las ganas de llorar, jamás podría comprenderlo, y se preguntó qué habría pasado sí, instantes antes, cuando él le había preguntado si quería quedarse a su lado, ella hubiese respondido que sí. Seguramente jamás lo sabría. Desanduvo la distancia que la separaba del coche de Andy, sacó del interior el bolso y cerró, depositando las llaves en las escaleras, al lado del móvil de Heit. Empezó a caminar calle abajo sumida en un mar de dudas, de las que seguramente debería resignarse a no obtener jamás la respuesta.

Habían sido unas semanas de auténtica locura y sin apenas darse cuenta estaban ya en pleno agosto. Heit decidió que era un buen momento para tomarse unas merecidas vacaciones, cosa que no había gustado a Jack, pero a esas alturas, a Jack ya le molestaba todo. Heit se estaba planteando seriamente dejar de trabajar para él, pues al final el ruso había jugado bien sus cartas y había plantado una buena propuesta sobre la mesa.

Esa mañana la había dedicado a recoger el piso, cosa que no le había llevado más de quince minutos, era lo bueno de vivir en ese zulo, como Max muy acertadamente llamaba. Estaba enfrascado en un libro y fumando un cigarrillo cuando unos golpes en la puerta rompieron la tranquilidad de su momento Zen.

—¡Toma! —Max le lanzó unos vaqueros desgastados y llenos de agujeros y una simple camiseta blanca de algodón. Heit lo miró como si viera algo de

otro planeta.

—Hola, eh.

—Hola, ponte esto —señaló a la ropa.

—¿Por qué? —quiso saber Heit.

—Deja de hacer preguntas y pónelo.

—¿No me jodas que has pagado por esto? —dijo Heit metiendo los dedos por uno de los boquetes de la prenda.

—¡Qué te lo pongas joder! —exclamó Max.

—Pero, ¿para qué? —inquirió de nuevo Heit.

—¡Porque te lo digo yo! —vociferó Max.

—Ah bueno claro, entonces... —Heit tiró la ropa sobre la cama, que hacía las veces de sofá—. Todo tiene más sentido.

Cuando se giró, Max estaba frente a él de nuevo con la ropa en la mano y mirándolo con cara de pocos amigos, como si tuviera prisa por algo.

—¡Venga va! Hemos quedado con Andy.

—No entiendo nada.

—Yo que sé, cosas de tías, tú ponte esto y calla.

Heit resopló, pero decidió no llevarle la contraria, estaba de vacaciones. Se quitó el pantalón y la camisa para enfundarse en esa nueva ropa, cuando terminó y vio su reflejo en la gran cristalera no se reconoció, no parecía él.

—¡Lo ves! Madre mía, unos vaqueros y una camiseta y pareces otro.

—¿Y eso es bueno?

—Pues sí tío, pareces un puto estirado todo el día vestido con traje... —comentó Max esbozando una sonrisa.

—¿Volvemos a la misma discusión de siempre? —se quejó Heit.

—No, no hay tiempo para discutir... —miró el reloj—. ¡Mierda! Es tarde.

—¿Tarde para qué? —volvió a preguntar Heit, que no entendía nada.

—¡Nos vamos de picnic! —exclamó Max descendiendo los escalones de dos en dos.

—¿Es eso de comer en el suelo como los pobres? ¡Paso!

—No me obligues a llevarte a la fuerza, sabes que podría.

Heit no quiso comprobarlo, así que no objetó nada más y se dejó llevar, a

pesar de su disconformidad. Max condujo hasta cerca del parque y una vez allí aparcó, estaba más callado que de costumbre y lo miraba constantemente, echándose a reír, cosa que empezaba a cabrearlo mucho. Caminaron hasta adentrarse en una zona algo menos concurrida y de pronto Max se paró.

—No te cabrees conmigo ¿vale? —imploró Max poniendo cara de buen chico.

—Al final te suelto una hostia de fianza por si acaso —amenazó Heit.

—¡Habéis llegado! ¡Genial! Justo a tiempo —exclamó Andy.

Andy apareció como una exhalación, lo cogió de la mano y tiró de él, en el suelo, tras unos árboles había una manta perfectamente colocada, encima había dejado unos platos y copas, Heit la miró sin entender nada.

—Andy... —empezó con tono de regañina.

—Pastel de carne, ¡buenísimo! Tienes vino, queso y para postre fresas...

—Andy no me jodas —gruñó Heit apretando los dientes.

—Ya me lo agradecerás en otro momento —dijo ella, y pasó las manos por su pelo para despeinarlo un poco—. Estás guapísimo.

—Esto huele a una puta encerrona —farfulló Heit.

—No, a esto se le llama hacerle un favor a un amigo tonto que no se decide a hacer nada por sí mismo —soltó Andy poniendo los brazos en jarra y mirándolo con severidad.

—No vendrá —le dijo muy convencido.

—Claro que lo hará, porque no sabe que tú estás aquí —rio Andy.

Escuchar eso hizo que le diera un vuelco el corazón, se sintió estúpido, un tonto traicionado por sus dos amigos. Lo creían tan analfabeto funcional que le habían amañado una cita... y es que en el fondo tenían razón, suspiró, él no habría dado jamás el paso. No había vuelto ver a Lena desde que le fuera a buscar en coche, y de eso hacía ya tres semanas. ¿Orgullo o cobardía? Seguramente una mezcla de las dos.

—Os odio —les aclaró a ambos.

—Sí, sí ya... —Max pasó el brazo sobre los hombros de Andy—. ¿Vamos nena? Te invito a comer y al cine.

—¿Y me dejáis aquí? —gruñó Heit sin poder esconder su terror.

—Procura ser menos tú mismo e intenta no cagarla —le recomendó Max.

Los vio desaparecer entre risas, burlándose de él. Heit apretó los puños y juró mentalmente que se vengaría de ellos, no sabía cómo, ni dónde, ni cuándo... pero...

—¿Heit? —la voz de Lena llegó nítida hasta él, lo había sorprendido por la espalda y con la guardia baja.

¿Qué hacer? Heit suspiró y sopesó las diferentes opciones de las que disponía, pero llevaba tanto tiempo en el partido que ya no le quedaban jugadas que mostrar y salir corriendo le parecía ridículo hasta para él. Se giró despacio y la vio allí de pie, frente a ese mantel a cuadros tan típico de las películas. Vestía con unos simples pantalones cortos y una camiseta sin mangas, había recogido su pelo en una coleta que dejaba su rostro totalmente despejado. Estaba muy guapa.

—Lo siento... ha sido una encerrona de Andy...

—Entiendo —suspiró Lena y se dispuso a marcharse.

—Sin embargo...

Lena se detuvo y giró sobre sí misma para observarle. Parecía confundido, como siempre batallando contra él mismo, así que decidió ponérselo un poco más fácil, caminó un par de pasos en su dirección y se plantó frente a él.

—¿Quieres que me quede o quieres que me vaya? No pienses en qué es lo que crees que creo que vas a decir... solo dime tú qué quieres que haga, Heit.

—Quiero que te quedes.

—Está bien —Lena le sonrió— huele estupendo.

—Es pastel de carne, creo... —Heit se sentó sobre la manta—. Si lo ha preparado Andy seguro que está muy bueno.

—Imagino —Lena tomó asiento a su lado, aunque no lo suficientemente cerca como para que se rozaran, ni siquiera por casualidad.

Empezaron a comer en un silencio incómodo, solo roto por los sonidos propios del parque y sus respiraciones. Era extraño, tan complicado que ni que intentaran razonarlo en voz alta tendría el más mínimo sentido. Heit era

consciente de ello, y por una vez también fue consciente de todo el esfuerzo que hacía Lena, pues en verdad después de lo ocurrido, ella debería huir de alguien como él, sin embargo, allí estaba, a su lado, y hasta le había sonreído.

—¿Qué tal te va todo? —preguntó Heit sintiéndose un poco estúpido.

—¿En serio te interesa? —inquirió Lena.

—Sí —asintió y Lena pudo ver en sus ojos, que decía la verdad. Una muestra de verdadero interés por parte de él, era algo que no se veía todos los días.

—Me va bien —meditó, pero finalmente decidió seguir—. Vivo con dos hombres, pero supongo que eso ya lo sabes —comentó. Heit asintió avergonzado—. Judd me ha ayudado a pedir un crédito para poder seguir estudiando, así que después del verano voy a matricularme de nuevo en la universidad.

—¡Vaya! —exclamó—. Me alegro por ti.

—Y en la cafetería me han hecho fija —sonrió— el sueldo es una mierda, pero creo que voy a poder cumplir con todo...

—Eso es genial Lena, en serio.

—¿Y tú? —cuestionó ella.

—¿Yo? —dudó Heit.

—Sí, tú.

—Yo como siempre —Heit se encogió de hombros—, pensando en mudarme...

—¿De nuevo a la ciudad?

Heit tomó un trago de vino, ¿la ciudad? Adoraba el bullicio, la gente, el estrés, el ruido y los malos olores... Le encantaba vivir en la ciudad, le había gustado siempre.

—No, creo que me quedaré por aquí una temporada —respondió al fin.

—Por Max —aseveró ella.

—Y por John —añadió.

—Ves, así es más fácil...

—Cuando no soy un capullo.

—Cuando pareces una persona.

Heit no puedo evitar sonreír y pensar en que precisamente eso era lo que le

había dicho Andy, que Lena había logrado hacer de él alguien humano.

—Gracias por no marcharte —le dijo en un susurro.

—Gracias por no habérmelo pedido —respondió ella dedicándole una sonrisa.

Capítulo 8

Marian abrió el botellín de cerveza y se lo pasó a Andy, después hizo lo mismo con Lena para quedarse ella con el último.

—¿Entonces? —preguntó impaciente Andy.

—Nos divertimos —reconoció Lena, llevaban un rato en «El garaje» dónde las chicas se habían empeñado hacer del picnic con Heit, el tema estrella.

—Pero no lo entiendo —Marian estaba desconcertada—. Si te gusta y le gustas ¿no sois ya un poco mayorcitos para tantas tonterías?

—Es Heit —dijo Andy, como si esa afirmación resolviera la duda, que de hecho, lo hizo.

—Ya, no he dicho nada —comentó Marian sentándose al lado de Lena.

—No quiero que vuelva a hacerme daño.

—Pero eso es absurdo, todos los tíos hacen daño, está en su código genético, al igual que mearse fuera de la taza, decir estupideces y jodernos la vida, por eso es mejor salir con mujeres —aseguró Marian.

—Ya claro —se mofó Andy—, porque a ti nunca te han partido el corazón, ¿no? ¡Bah! Ni caso Lena, las cosas pueden salir bien o pueden salir mal, lo que está claro es que, si nunca lo intentas, nunca salen.

—¿Crees que debería olvidarme de todo lo que ha pasado entre nosotros y hacer como si nada? —le preguntó Lena.

—No —sentenció Marian—. Los tíos no cambian, solo esperan el mejor momento para clavártela, en sentido metafórico y literal.

—¡No digas eso! —le reprendió Andy—. Lena, nosotras no somos quien para decirte lo que deberías hacer, tampoco es que Heit sea fácil de defender... —se lamentó la chica—. Me encantaría poder decirte que es un buen tipo, que nunca te hará daño y todas esas cosas, sin embargo es imposible hacerlo. Lo que sí puedo decirte con total seguridad es que te quiere, aunque con él eso no sea garantía de nada.

—No me lo estáis pintando demasiado bien —se lamentó Lena dando un trago a la cerveza.

—¿Qué sientes por él? —inquirió Marian con genuina curiosidad.

—No lo sé —sopló Lena—. Todo es muy confuso... Sé que siento algo por él que no he sentido nunca por nadie más, pero... Tengo demasiado miedo.

—A veces el corazón no atiende a razones —dijo Andy alzando los hombros.

—Me gustaría cederle el control a mi corazón, pero aquí arriba —dijo Lena señalando su cabeza—, una voz me grita que no sea idiota y que me aparte de Heit.

—El valor es ir hacia el peligro cuando hay formas de escapar de él —soltó Andy levantándose, para saludar a Max que acababa de aparcar el coche frente al local.

—¡Anda! Un aquelarre de brujas —exclamó el chico al entrar.

—¡Exacto! Y necesitamos hacer el sacrificio de un ser unicelular y poco agraciado, así que llegas en muy buen momento —espetó Marian con su habitual sarcasmo.

—¡Eh! —se quejó Max—. Defiéndeme, ¿no? —instó a Andy.

—Cariño, si es que tú solo te lo buscas.

¿Valor? Lena se sumió en sus pensamientos, el valor era ir hacia el peligro... ¿Era Heit peligroso? Estaba claro que sí, sin embargo... Algo en él había cambiado, o puede que lo que hubiera cambiado era la percepción que ella tenía de él. No podía olvidar esos meses, pero tenía que empezar a reconocer que no toda la culpa había sido de ellos, de hecho, ella lo habría podido detener en cualquier momento y no lo hizo. Lena se sacudió, estaba harta de pensar y analizar cada paso que daba, estaba cansada de reprimirse o preocuparse por todo lo malo que le podía pasar, porque de ese modo, puede que también estuviera alejando de ella todo lo bueno que pudiera llegarle. Habían jugado y habían perdido, era el momento de enfrentarse a ello. Estaba tan acostumbrada a que todo le saliera mal, que cuando algo salía bien, pensaba que no podía ser real.

Era un local cutre, sucio y sin comodidades, y ahí había pasado muchas tardes en su adolescencia, comiendo pipas y fumando cigarrillos, mientras Max graznaba alguna canción. Ahora le hacía gracia recordarlo. Heit llegó casi a las nueve, ya debían estar terminando, sin embargo le había prometido a Andy pasarse y tenía que cumplir, no sabía muy bien porqué, pero Andy le daba un poco de miedo, cuando se enfadaba era como una *Furia*.

Cuando llegó hasta la puerta metálica vio a Lena y no pudo evitar sonreír como un auténtico estúpido, así se sintió él, un tonto ya totalmente arrojado a las fauces del amor.

—¡Hombre Heit! —le saludó Jayden, el amigo musculitos de Max.

Era un tipo aborrecible y engreído, se obligó a sonreír y asentir, como siempre le decía John que hiciera. Había tenido la suerte de no coincidir con él en todos esos meses, aunque esta vez había sido inevitable, pues Andy les había congregado a todos.

—¿Qué pasa? —saludó alargando la mano, sin embargo Jayden no la encajó y lo miró alzando una ceja.

—¡Joder! ¿Has encogido desde el instituto? Te veo más enclenque...

—Pues seguramente, no obstante a diferencia de otros la tengo grande y funcional. Si quieres un día te la enseño para que recuerdes como es una polla cuando no tomas esteroides.

—¡Serás mamón! No has cambiado nada —farfulló Jayden.

—Te equivocas, te aseguro que ya no soy el mismo, hace unos años te habría partido la cara —aseguró Heit con gesto serio.

—Lo habrías intentado —corrigió Jayden.

—Algún diente te habría conseguido saltar... —respondió Heit guiñándole un ojo.

Saludó al resto de gente allí reunida, Andy estaba como loca porque les habían llamado para una segunda prueba en la discográfica en la que ya no trabajaba Carlos. Heit se sentía feliz de verlos tan contentos, y la verdad era que estaba algo contagiado de ese sentimiento, toda una novedad para él que procuraba asimilar poco a poco. Empezaron a ensayar una nueva canción a pesar de que Marian se quejaba de que ya era muy tarde, sin embargo de nuevo nadie osaba contradecir a Andy, que a pesar de ser pequeña, tenía un carácter del diablo. Heit se acercó a Lena y se sentó a su lado.

—Suenan tan bien —susurró ella para no molestar.

—Hacen lo que pueden.

—No seas idiota...

—Oye Lena, ¿tienes planes para esta noche?

Lena lo miró sorprendida, había llegado antes que empezaran a ensayar y ni Andy ni Max le habían comentado nada de la noche.

—No me han dicho nada... —confesó ella—. ¿Hay planes?
—Sí, pero solo tú y yo.
—¿Cómo si fuera una cita? —preguntó Lena enarcando una ceja.
—Es una cita.
—Vaya Heit, qué arriesgado ¿qué pasa si digo que no? —inquirió ella.
—Tengo la costumbre de subir la apuesta, aunque tenga mala mano.
—O sea que vas de farol...

Heit se acercó mucho a ella, tanto que rozó con los labios el lóbulo de su oreja.

—O que tengo muy claro que dirás que sí.
—Debería decirte que no solo por joderte —Lena lo miró con malicia—. Está bien, pero yo elijo.
—Hecho.
—Una peli romántica y después una hamburguesa, ¡ah! y tienes que ponerte los vaqueros rotos del otro día.
—Eres cruel —se quejó Heit, pero accedió.

La noche se fue sucediendo de manera tan natural, que pronto Heit se sintió como si estar allí fuese lo más normal del mundo. Solos él y ella. El resto del planeta le sobraba. Se sintió tentado toda la noche de cogerla de la mano, rozar su brazo, incluso cometer la locura de acercarse a ella y besarla, sin embargo no lo hizo, se había prometido a sí mismo no volver a meter la pata, y eso implicaba no hacer nada que pudiera hacer que Lena se asustara y retrocediera, le había costado mucho poder llegar hasta allí.

Parecía que hiciera toda una vida desde su primer encuentro, y de pronto todo lo que había pasado en ese apartamento durante los meses que convivieron juntos, le avergonzaba de un modo inimaginable. Había sido un desgraciado y no entendía porqué Lena le estaba dando otra oportunidad, no la merecía, aunque ya que se la brindaba no pensaba desperdiciarla. La quería, necesitaba y ansiaba que ella le quisiera también, le urgía hacerla feliz, pues por fin entendía eso que todos llamaban felicidad. Ahora sabía qué significaba esa palabra y le asustaba, mucho, sin embargo la anhelaba con todas sus fuerzas.

Cuando se despidió de ella esa noche frente a su portal supo, que recordaría esa noche como una de las más maravillosas de toda su vida.

—¿Quieres que venga mañana a buscarte para ir al cementerio? —le preguntó con cautela.

—Estaría bien —afirmó Lena.

—Entonces nos vemos mañana.

Dudó un poco pero finalmente se marchó, le habría gustado despedirse con un beso y debía reconocer que le había costado mucho reprimir el impulso de hacerlo.

Volvió a ser miércoles, y como cada miércoles Heit se levantó algo malhumorado. Tomó un café, mientras fumaba un cigarrillo, era consciente que no se trataba del mejor desayuno, de hecho, había intentado dejar de fumar instado por Max, incluso le había acompañado a correr un par de días, pero eso de no poder respirar y no ser capaz de moverse al día siguiente no eran sensaciones que le gustara repetir. El día pasó como tantos otros, tedioso y con muchas ganas de poder finiquitar lo que tenía entre manos para así poder ir a buscarla. Sonrió al pensar en ella.

—Quien te ha visto y quién te ve, pareces otro —le espetó Yuri.

—Una versión mejorada espero.

—Una más ñoña seguro —se burló el hombre.

—Pues yo creo que estoy logrando mi mejor versión.

—No lo tengo yo tan claro —le dijo Yuri, que se apoyó a su lado en el capó del coche—. Creo que esto se acaba... —suspiró.

—¿Tu crees? —inquirió Heit dubitativo.

—Jack ha mordido más de lo que puede tragar, tiene los días contados. Al menos en ese negocio.

—¿Y nosotros?

Yuri alzó los hombros por toda respuesta. Heit lo observó alejarse carretera abajo. Estaba claro que su tiempo al lado de Jack tocaba a su fin, puede que quedara el mismo tiempo que le quedaba a su jefe entre el mundo de los vivos. Podrían matarlo a él también, era algo que podía suceder. Suspiró. Tiró la colilla al suelo y la pisó antes de meterse en el coche para alejarse de allí obligándose a no pensarlo demasiado, quería disfrutar del resto de la tarde, estar con ella, hablar con Max, ver a John...

John... y ahí estaban un miércoles más, los tres plantados frente a esa lápida de piedra sin saber muy bien qué decir a continuación. Ese frío trozo de mármol mal elegido parecía burlarse de ellos.

—Putos miércoles —gruñó Heit enfadado con ese día de la semana en concreto, al menos su enfado ya no era con el mundo en general, lo había reducido a un solo día a la semana.

—¿Qué has traído hoy? —escuchó que preguntaba Lena acercándose a Max.

—Algo que le va a encantar —rio él con ganas, y se sentó en el césped haciéndole un gesto a ella para que le imitara, pero esta vez en lugar de sentarse de cara a la lápida, lo hicieron al revés, apoyando la espalda en la piedra—. Vamos Heit.

—Que manía con sentarse en el suelo —se quejó—. A ver, sorpréndenos...

—Que conste, que se me empiezan a acabar las ideas...

Y dicho esto sacó de la mochila un pequeño reproductor de DVD con pantalla incorporada y un paquete de palomitas ya hechas.

—El amanecer de los muertos —exclamó Max mirando a Heit.

—La hostia ¡estás loco!

—¿Vamos a ver una película de miedo y en un cementerio? —preguntó Lena entre desconcertada y admirada. Le fascinaba esa facilidad que tenían los chicos para, una vez a la semana, hacerle sentir que John seguía entre ellos.

—No es una película cualquiera, es la película favorita de John —le aclaró Max—. Y no olvides las palomitas —sonrió alzando la bolsa.

—Esto se nos va de las manos —dijo Heit acomodándose y cogiendo un puñado.

—Bueno, medio pueblo rumorea que hemos enloquecido con la muerte de John, solo les estamos dando la razón y más cosas que comentar.

—Puto pueblo —gruñó Heit.

Pasaron un rato de lo más agradable, poco a poco el sol se había ido escondiendo y ahora el cielo presentaba un tono rosado en el horizonte, ya era finales de agosto, pronto llegaría el otoño y con él las tardes cortas y las noches frías. Max bostezó y se levantó después de guardarlo todo de nuevo en

la mochila, se estiró como si hubiera terminado de correr una carrera.

—Se me ha quedado el culo plano —se quejó—, el próximo día traigo cojines.

—Tendríamos que poner un sofá —comentó Heit levantándose y sacudiéndose los pantalones, unos vaqueros oscuros recién estrenados.

Max lo miró con suspicacia, pero no le dijo nada.

—Bueno chicos, os dejo, es muy tarde y Andy quiere que cenemos con sus padres —comentó, y puso cara de angustia.

—Oh venga, no te agobies... Ya les caes mal.

—Lo sé, y no lo entiendo ¡soy adorable! ¿No? —Esperó a que alguno de los dos se lo confirmara, pero ambos empezaron a mirar descaradamente hacia otro lado—. ¿Nada? —preguntó ante la nula reacción de ellos—. Joder esperaba un ¡claro Max! Eres la leche... Pero ya veo que no. Que asco de amigos sois. En fin... me voy...

—Anda vete payaso —exclamó Heit empujándolo.

Observaron cómo se alejaba por el sendero empedrado con la mochila colgada de un hombro. Era admirable, Max era puro corazón y si bien al principio a Heit le había molestado esa manía de actuar como si John estuviera aún con ellos, ahora se alegraba de que lo hubiera hecho, era reconfortante al menos un día a la semana, volver a estar juntos los tres, los cuatro, se corrigió mirándola. Y como si el tiempo se hubiese confabulado en su contra o jugado a su favor, de pronto el cielo se cubrió de densas nubes y tras un trueno ensordecedor empezaron a caer las primeras rabiosas gotas de lluvia, empapándolo todo casi al instante.

Lena levantó la cabeza y soltó una risotada tan sincera y dulce, que Heit que tenía clara intención de echar a correr tuvo que detenerse para admirarla.

—¡Nos estamos mojando! —rio ella.

—Créeme que lo sé —soltó divertido alzando los brazos, la camiseta había empezado a pegársele al cuerpo.

Sin embargo Lena no parecía tener intención de moverse, pasó las manos por su rostro, desplazando el agua de lluvia hacia su pelo. Una luz blanquecina

rompió el atardecer en dos y el segundo trueno se alzó de un modo estremecedor, dando paso a una tormenta más furiosa.

Heit enlazó la mano con la suya y tiró de ella para que echara a correr, y así lo hicieron, salpicando con sus pisadas y desafiando el sonido de la lluvia con sus risas. Corrieron por la calle principal bajo la mirada de aquellos que habían decidido aguardar a que la tormenta amainara en los locales, bares y restaurantes. Cruzaron la plaza donde estaba la cafetería en la que trabajaba Max, y siguieron corriendo cogidos de la mano por las estrechas callejuelas hasta llegar al portal del edificio de Heit que, sin soltar su agarre, metió la mano en el bolsillo y sacó las llaves para abrir.

No pudo soltar a Lena ni cuando hubieron entrado en el piso, y pensó para sí que necesitaba aferrarse a ella hasta la eternidad.

—Te lo estoy mojando todo —susurró ella y retiró la mano—. ¡Vaya! Así que esta es tu guarida... —exclamó mirando a su alrededor.

Heit sintió la falta del calor de su piel, pero se obligó a sonreírle y no decirle que necesitaba que no lo soltara. Había pintado y puesto algunos biombos, y al menos ahora el piso tenía algo de intimidad. Lena a su lado miraba ese minúsculo apartamento que poco a poco con esos pequeños detalles, podía empezar a considerar un hogar.

—Hay toallas limpias en el baño, espera —dijo Heit entrando a buscarlas.

Aprovechó para quitarse la camiseta tirándola en el plato de ducha. Salió solo vestido con los vaqueros y un par de toallas que tendió en dirección a Lena, pero ella se había quedado con la mirada fija en él, reaccionó pasados unos segundos, aunque ya era tarde pues Heit la miraba con suficiencia, conocedor de que era él quien la había aturcido de ese modo. Lena se pasó la toalla por el pelo, intentando no fijarse en el detalle del torso desnudo de Heit, o de lo bien que le sentaban los vaqueros, que le daban un aire más informal y arrebatadoramente atractivo.

A su vez, Heit quedó hipnotizado por lo que se adivinaba bajo la camiseta mojada de ella, y tuvo que refrenar ese primer impulso que le instaba en decirle que la amaba. No quería precipitarse y con Lena caminaba constantemente sobre la cuerda floja. Ella sonrió, sabiendo que ella también había logrado obnubilarle.

Heit caminó un paso en su dirección, gesto que fue imitado por ella, y ya solo un simple paso les separaba.

—¿Te gusta? —preguntó Heit, señalando su evidente semi-desnudez.

—Supongo que lo mismo que a ti —refutó ella.

—Entonces estamos en tablas.

—¿Siempre estás jugando? —respondió Lena sin ahorrar la decepción en la voz—. Es triste que siempre veas en los otros a tus rivales, yo no soy tu enemigo Heit. No he pretendido serlo nunca.

—Un enemigo es solo un amigo al que todavía no le caes bien —comentó Heit, que no pudo evitar humedecerse los labios clavando la mirada en los de ella—. Lena, dame una oportunidad.

—¿Una oportunidad para qué? ¿Para volver a hacerme daño? —cuestionó, sin embargo en vez de separarse ella se acercó un poco más, hasta notar el calor de los labios de Heit muy cerca de los suyos—. Tengo demasiado miedo.

—Lo sé, yo estoy acojonado, supongo que todo lo que no se ha hecho nunca tiende a dar miedo, pero yo quiero intentarlo. Andy dice que le debo a John el intentar ser feliz, por eso quiero estar contigo.

—Yo también le debo a John intentar ser feliz, por eso no puedo estar contigo.

—Déjame demostrarte que soy otro... Te juro que no volveré a hacerte daño.

—No puedes jurar algo que es imposible cumplir...

Heit alargó la mano en dirección a ese tan ansiado cuerpo, rozó con suma cautela su estrecha cintura, y con delicadeza la acercó un poco más a él. Sus ojos estaban imantados, sonrió y sin apartar la mirada de sus preciosos ojos, alzó la otra mano, para atrapar un mechón de pelo que se había pegado a su rostro, y lo colocó con delicadeza tras su oreja. Ella sonreía, sus mejillas habían empezado a teñirse de un precioso tono coral y su respiración se había agitado levemente. Esa mano que ahora acariciaba su mejilla se enredó en el pelo de su nuca, mientras que la otra se había colado con extrema habilidad, bajo la tela de su empapada camiseta y ascendía peligrosamente en dirección a su ombligo. Una corriente eléctrica les sacudió. A él dándole ganas de un poco más, a ella haciéndole recordar que jamás podría entregarse sin reservas.

Estaban tan cerca el uno del otro, que ni una brizna de aire se habría podido colar entre sus cuerpos.

—Tengo que irme —exclamó de pronto Lena, empujándolo un poco.

—Perdona —se disculpó él comprobando como haber perdido el contacto de su piel dolía—. Lo siento —repitió consciente que se había precipitado, justo lo que llevaba tiempo intentando evitar, pero qué, al tenerla cerca, le era casi imposible.

—No... no te disculpes, no has hecho nada malo —susurró atropelladamente Lena y cogiendo su bolso se dirigió a la salida del piso—. Muy bonito el apartamento —dijo de pronto—. Ya nos veremos...

—¡No! Espera... ¡Espera! —gritó viendo como ella se precipitaba escaleras abajo—. Joder Lena, al menos espera a que deje de llover... ¡Mierda!

Entro de nuevo al interior directo al armario, tiró de una de las camisetas haciendo que el resto cayeran al suelo y sin nada más que lo puesto salió corriendo tras ella. Seguía lloviendo, lo hacía casi con la misma intensidad, por suerte la noche era calurosa. Heit corrió por la calle con la esperanza de encontrarla, pero Lena se había volatilizado, no se veía por ningún lado, definitivamente tenía que dejar de fumar. Empezó a caminar hacia casa de Max y Andy, pero cuando llegaba a la altura de la plaza una idea cruzó su mente y giró sobre sus pasos volviendo por el mismo camino y corrió en dirección al cementerio.

El césped de ese lugar tan triste y sagrado estaba encharcado. Caminó con prisa por la cuesta y la vio al fin, parada frente a la tumba de John, empapada por la lluvia y el llanto, toda ella tiritaba y estaba seguro que no era por el frío. Heit se acercó con cautela por su espalda, no sabía qué hacer, se le había ido todo de las manos, creía tener siempre las cosas claras, presumía de no arrepentirse jamás de sus decisiones o de sus actos, durante años había vivido sin el peso de la culpa, el lastre del arrepentimiento o el estorbo de la moralidad o la ética, pero ahora... Todo había cambiado y estaba aprendiendo a gestionarlo, sin embargo le quedaba mucho por aprender.

—Lena... —susurró al llegar a su lado—. Por favor escúchame.

—Lo siento —dijo ella, y al girarse a Heit le dolió sobre manera ver la tristeza que emanaban sus ojos.

—No te disculpes, tú no tienes la culpa de nada, siempre todo ha sido culpa mía... no he sabido hacerlo mejor, pero quiero cambiar, quiero ser el hombre

del que puedas enamorarte.

—Ese es el problema Heit, que ya me he enamorado.

Heit dudó como jamás había dudado con nada, pero cuando por fin sus labios se juntaron en un tierno beso apenas insinuado, supo que jamás podría volver a besar otros labios. Dejó caer la frente sobre la de ella hasta que la punta de sus narices se rozó, y sus alientos al respirar se mezclaron. Se sintió feliz. Por primera vez en mucho tiempo, puede que en toda su vida, Heit sintió lo que era la plena felicidad.

Alzó las manos para tomarla por las mejillas y ese sentimiento siguió poseyéndolo, jamás querría rozar otra piel que no fuese la de Lena, ni mirarse en otros ojos que no fueran los de ella. Sonrió con timidez y miedo, con el temor de que todo eso se fuese a esfumar así que armándose de valor volvió a buscar sus labios, esta vez con más intensidad, fue como besar por primera vez a una mujer. Su corazón se aceleró al mismo ritmo que el beso ganó en intensidad, y pronto descubrió el sabor de la saliva de Lena en su boca, y como sus pequeños aunque hondos jadeos sobre sus labios eran capaces de hacerle sentir más que nadie en toda su vida.

La amaba, la amaba por encima de todas las cosas, y le había costado mucho llegar a reconocerse eso, sin embargo era como si toda su vida la hubiese estado esperando sin saberlo.

Sus manos se enredaron en su pelo, y sus lenguas se rozaron en un beso que cortaba el aliento, mientras la lluvia seguía empapando sus cuerpos. Era mágico, Heit por primera vez en su vida sintió la magia, se aferró más fuerte a ella y ahondó el beso, quería poseerla por entero, pero por encima de todo quería que ella lo poseyera, pues ya no se pertenecía a él mismo, sino que ahora era suyo, puede que siempre lo hubiese sido sin saberlo.

—Intragástrico —susurró de pronto Lena con terror.

El mundo entero dejó de girar.

—¿Qué? —inquirió Heit, aún sin poder terminar de soltarla y de apartarse de sus labios.

—Intragástrico —repitió Lena retirándose de él con dos gruesas lágrimas bañando sus mejillas.

—No quiero perderte antes de tenerte, Lena... te amo.

—Lo sé —respondió—, pero yo necesito tiempo.

—¿Tiempo para qué? —preguntó confuso.

—Para dejar de quererte.

Lo último que vio Heit arrodillado frente a la tumba de John fue a Lena marcharse de su lado, esta vez para no volver, pues eso le habían escupido sus ojos.

Capítulo 9

Heit se llevó la mano al rostro justo para empezar a notar el tacto de algo viscoso y caliente resbalar desde su ceja. Alejó la mano para comprobar cómo tenía los dedos manchados de sangre, esa que ahora empezaba a caer sobre su ojo emborronándole la visión. Se sacudió. La punzada de dolor era fuerte, pero las ansias de terminar con eso lo eran aún más, así que con un gesto detuvo a Yuri, que ya chasqueaba los nudillos y sonreía de felicidad pensando en divertirse con ese energúmeno.

—Quieto gorila, este es mío —gruñó Heit con voz ronca.
—Todo tuyo, jefe.

Jefe, le gustaba esa palabra.

Disfrutó de cada golpe que dio y de cada uno de los que encajó, a pesar del dolor, a pesar de la sangre, a pesar de que se le estaba manchando la camisa y era nueva. Sonrió cuando quince minutos después, su adversario estaba en el suelo en estado de semi inconsciencia.

Heit se sentía satisfecho, ahora que sabía a qué olía la felicidad ya nunca usaba la palabra feliz, sin embargo se conformaba con sentirse realizado, satisfecho, mediocrementemente bien. Había sido una suerte para él que Jack hubiese desaparecido, seguramente Jack no pensara igual. Él y Yuri habían empezado a trabajar para el «ruso de los cojones» como acostumbraban a llamarlo entre ellos, un trabajo mucho más gratificante y con mejores garantías, al menos ahora que Yuri le guardaba las espaldas y no amenazaba con golpeárselas.

—Eso te va a dejar marca —le informó su matón con media sonrisa señalando su ojo izquierdo.

—Bueno, no tenía pensado presentarme a ningún concurso de belleza.

—¿No era esta semana la boda? —inquirió Yuri.

—¡Mierda! —gruñó Heit. Bajó las mangas de la camisa y se abrochó el botón del puño, se agachó a lado del hombre ensangrentado—. Recuérdale a nuestro amigo qué pasa, cuando no cumples los plazos y tú recuerda que las chicas no se tocan.

Se levantó con pasmosa tranquilidad, cogió la americana del respaldo del asiento donde la había dejado al entrar y salió al exterior. El día estaba nublado y el frío volvía a campar a sus anchas, ya habían dejado el invierno atrás, volvía a ser primavera, aunque eso no le emocionaba especialmente. Cogió un pañuelo de la guantera del coche y se lo pasó con cuidado sobre la ceja, que ya había dejado de sangrar. Comprobó las llamadas perdidas del móvil, así como los mensajes y una vez terminado eso, se quedó con la mirada fija en esa fotografía.

Era un gran alivio que después de tantos meses Lena no dejara de doler.

—Le has dado duro —comentó Yuri, apareciendo a su lado con un cigarrillo entre los labios—, puede que demasiado.

—Nunca es demasiado —se rio él guardando el teléfono en el bolsillo de su americana.

El hombre chasqueó la lengua, abrió la puerta y se acomodó tras el volante, Heit lo hizo a su lado. Todo iba bien, eso se repetía cada mañana al despertar, tenía un trabajo mejor que antes, ganaba más dinero del que había pensado jamás, se había mudado a un piso en condiciones y volvía a disfrutar de la compañía de Max. Cada mañana se repetía que Lena no importaba, que era solo esa molesta piedra en el zapato que a base de pisarla termina hasta gustándote el dolor al clavarse en la planta del pie, pero nada más, solo una piedrecita en medio de la autopista de su vida, algo insignificante y sin fuerza para poder desmenuzarse...

—Bueno «jefe», ¿ahora qué?

—Te jode ehhhh —sonrió Heit altivo, y al hacerlo la sangre reseca le hizo sentir escozor—. Auch... creo que por hoy lo damos por terminado.

—Eres demasiado delicado para este mundo, lo tuyo son los papeles, ¿por qué no me dejas a mí el resto?

—Porque no quiero que seas el único que se divierte —replicó Heit, que se estiró e hizo crujir sus cervicales—. Además necesito descargar adrenalina o terminaré por enloquecer —añadió guiñándole un ojo.

—Cuando te conocí, pensé que no durarías ni dos días en este mundillo, aunque al final has conseguido que me trague mis palabras, estás demasiado loco, hasta para mí.

—Gracias.

—No era un cumplido —apuntó con sorna Yuri.

—Pero yo me lo voy a tomar como tal.

—¿Has pensado en echar el freno? —le preguntó el hombre sin apartar la mirada de la carretera.

—Lo hice durante un segundo, después todo se fue a la mierda y ya no tengo por qué o por quién frenar —replicó Heit, alzando los hombros y desviando la mirada, estaba cogiendo la mala costumbre de hablar demasiado.

Llegaron al pueblo y se despidieron allí, a pesar de que se había mudado no había podido volver a la ciudad, se decía a sí mismo que había sido por Max y por estar más cerca de John, pero en el fondo, muy en el fondo, todos sabían que lo hacía porque era incapaz de volver allí donde todo le recordaba a ella. Además de ese modo se evitaba tentaciones.

No se habían vuelto a ver, ahora cada miércoles pensaba en esos tantos otros, y como con un solo beso había arruinado lo que poco a poco y con esfuerzo se había propuesto arreglar. Un solo beso. Lo que no había logrado con golpes y desprecio lo había hecho la sinceridad y el amor. Paradójico, sin embargo Lena era así, era parte de su encanto.

Se despertó esa mañana de un particular buen humor, era el gran día y no pudo evitar sonreír. Dedicó parte de la mañana en realizar algunas de las tareas que Max le había encomendado, y después de comer un *sándwich* en la cafetería que había bajo su nueva casa decidió volver a subir para prepararse.

Era un día de los calurosos, el sol había apretado con fuerza durante toda la jornada, y a esas horas de la tarde, a pesar de estar ya bajo y casi fundido en el horizonte, el calor que emanaba de la propia tierra les hacía sudar.

—¡Mierda! —gruñó Max acercándose a él—. ¿En serio? ¡Joder Heit ya te vale!

Le costó un poco saber a qué se refería su amigo hasta que este le golpeó directo en la ceja y literalmente vio las estrellas.

—¡Serás imbécil! —se enfadó Heit.

—¿Yo? Pero, ¡a quién se le ocurre!

Heit empezó a caminar por el sendero empedrado ignorando todas las

blasfemias que salían por la boca de su amigo, que no eran pocas, algunas extremadamente mal sonantes.

—Ya vale, ¿no? ¿Vas a besar a tu futura mujer con esa boca?

—Es que no veas como llevas la cara, ¡si vas a llamar más tú la atención que yo!

Estaban los dos de pie frente a esa lápida donde tantas horas pasaban hablando con John, comentando las novedades o explicándole los nuevos chismes del barrio. No era miércoles, esa vez era un caluroso sábado al atardecer.

—Sssssshhhhh ¡calla! —exclamó Heit de golpe.

—¿Qué? —preguntó Max mirándolo asustado.

—¿No lo oyes? Es John, creo que hasta lo escucho descojonarse de ti —se mofó Heit.

—Pues podéis iros al cuerno los dos —se enfadó Max cruzando los brazos a la altura del pecho.

—¡Que no hagas eso joder! —le regañó Heit—. Se te arruga la camisa.

—Cuántas puñetas tiene esto de llevar traje.

Ambos enmudecieron al mirar la lápida de John, aunque Max no podía evitar desviar la vista a Heit, con la ceja partida, iba a quedar guapo en las fotos. Desde que él y Lena habían terminado definitivamente, Heit volvía a ser el mismo de antes, malhumorado, distante y de nuevo absorto en el trabajo. No sabía muy bien qué había pasado finalmente entre ellos, Heit no había dado ningún detalle, y desde ese día Lena apenas aparecía en «El garaje». Max suspiró apesadumbrado, por un momento había pensado que todo podría tener solución y hasta un bonito final.

—Bueno padrino —dijo Max, clavando la mirada de nuevo en la lápida con el nombre de John—. ¿Qué opinas? —preguntó. Dando una vuelta sobre sí mismo.

—Pues lo que yo te diga, se está descojonando —siguió Heit.

—Parece que estás de buen humor.

—No todos los días puedes acompañar a alguien al matadero, John está muerto, y tú vas a casarte. Me alegra de no ser el tipo más jodido de este

lugar.

Max lo miró entornando los ojos, para mostrarle todo su enfado, pero al final no pudo más que soltar una carcajada. Se agachó, sin apoyar la rodilla en el césped, a su lado Heit lo imitó, ambos se miraron un segundo antes de dejar un prendido sobre la lápida, el mismo que Heit llevaba en la solapa de su traje, de un negro impoluto. A juego con otro un poco más grande que colgaba de la americana de Max.

—Estaría muy feliz —susurró Heit pasando el brazo por encima de la espalda de Max, y dejando caer la cabeza sobre su hombro.

Así permanecieron todavía unos minutos hasta que de nuevo se levantaron. Max se adelantó un paso y apoyó la mano sobre la fría piedra, si cerraba los ojos aún lo sentía allí.

—Joder, un año, cuatro meses, dos semanas y tres días, y aún por las mañanas tengo que reprimir el impulso de llamarlo.

—A mí me pasa lo mismo... —confesó Heit soltando un hondo soplo—. Tenemos que irnos, Andy ha sido muy clara, si llegas tarde va a cortarme el cuello.

—Y mi futura mujer es muy capaz de eso y más —aseguró Max.

—Lo sé —respondió Heit.

Dedicaron una última mirada a la tumba de John, decorada ahora con esa pequeña flor en tono morado. El camino hasta la iglesia fue en un escrupuloso silencio, solo roto por la música que sonaba en la radio puesta a modo de acompañamiento. Cuando estaban llegando, empezaron a ver a toda la gente congregada frente a la iglesia para celebrar el feliz enlace, todos vestidos con sus mejores galas y cara de felicidad, muy diferente a la última vez que se habían reunido algunos de ellos. Max empezó a temblar, las manos le sudaban y cada vez estaba más visiblemente asustado.

—Puedo seguir conduciendo si quieres —le propuso Heit en una media sonrisa burlona.

—Aparca anda...

—¿Seguro? Llegaríamos a la frontera en un par de horas, menos si le piso a

fondo —le pinchó.

—¡Que aparques coño! —gritó Max.

—Si en algún momento te echas atrás hazme una señal, como en el *baseball*, no sé, te tocas la frente, guiñas el ojo, sacas la lengua y te rascas la nariz, en ese orden.

—Vete a la mierda —gruñó Max con los dientes apretados—. Joder, me va a dar algo... ¿se nota que estoy sudando?

Heit prefirió no decir nada, salió del coche al mismo tiempo que lo hacía Max, el sol había casi caído del todo. La entrada de la iglesia estaba decorada con cientos de flores de diferentes tonos de morado, y de entre ellas unas pequeñas notas musicales en dorado hacían que todo el conjunto fuera precioso, perfecto y muy acorde con los novios. Marian había hecho un buen trabajo. Caminaron sin prisa, saludando a uno y otro, dando besos, recibiendo alabanzas de lo guapo que estaba Max y lo bonito que había quedado todo.

Cuando llegaron al altar, Max se colocó justo enfrente, a su izquierda estaba Heit totalmente erguido y con pose regia, parecía estar hecho para esos eventos, después Jayden, algo más desubicado, pero igual de imponente. Sin embargo, entre los dos padrinos, había un visible espacio vacío, el que debería haber ocupado John. Max y Heit se miraron, aunque ninguno de los dos hizo amago de ir a decir o hacer nada, un nudo se había instaurado en sus gargantas.

Y de pronto la música sonó y Max empezó a temblar de manera mucho más visible, como si estuviera a punto de desmayarse o de echar a correr huyendo de ahí.

—Aún puedes escapar —le susurró Heit divertido, solo lo hacía para molestarlo.

—Salir corriendo cuando las cosas se complican no es mi estilo.

—¿Bromeas no? Es precisamente tu estilo.

—Sssssshh —chistó Max molesto—, cuando termine todo esto recuérdame que te de una hostia.

—Hecho.

La ceremonia fue corta, bonita y emotiva. A la hora de intercambiar los votos Andy lo hizo con una canción que había compuesto para él, y Max no pudo más que romper a llorar. Heit a punto estuvo de acompañarlo, pero se

obligó a mantenerse sereno.

Después todo fue muy deprisa, la recepción, el brindis de bienvenida, la cena, los momentos emotivos, los momentos divertidos, los tristes... Hasta que llegó lo que Heit más temía, el brindis del padrino. Odiaba ser el centro de atención, jamás le había gustado, era siempre preferible pasar desapercibido, pero no había escapatoria. En un segundo estaba de pie, todas las miradas se posaron en él, y se bloqueó hasta que de fondo escuchó la carcajada de Max.

—Algún día me las pagarás —lo amenazó Heit delante de todos.

—Sí, cuando te cases —se mofó el novio.

La carcajada fue generalizada, pero Heit no se lo tomó a mal, bastante tenía con intentar decir su discurso sin que le temblara la voz o terminara vomitando... eso lo tenía planeado para después de la barra libre.

—Bueno —observó a su alrededor despacio, alargando innecesariamente el tiempo, hasta terminar por clavar la mirada en la silla vacía que estaba a su lado, con el plato intacto, la servilleta todavía doblada con esa preciosa forma de cisne y los cubiertos limpios. Esa silla que habría ocupado John—. Me siento un usurpador, este discurso no debería estar dándolo yo —comenzó, y no puedo evitar que los ojos se le humedecieran—. John era el que tenía don de palabra, yo siempre fui más de preparar las despedidas de soltero y lograr que nos metiéramos en algún lío nada legal... —sonrió con pesadez y alzó la vista para clavarla en Max, igual de emocionado que él—, pero parece que me ha tocado esta vez —tomó aire—, así que allá voy... ¡Hoy se nos cae un mito! Jamás pensé que este momento llegaría, sinceramente siempre pensé que Andy huiría antes... —comentó, y una carcajada se alzó entre los asistentes—. Max, sabes que no soy muy bueno con todo este rollo sentimental. Hemos pasado un año de mierda, sin embargo me alegra mucho que por fin haya llegado este día, tú día. Es alucinante que hayas encontrado a alguien lo suficientemente loco como para querer compartir su vida a tu lado, y Andy, ¿qué te voy a decir que no sepas ya?... Paciencia, es imposible, sé de lo que hablo, compartimos habitación. Si quieres puedo darte algún que otro consejo para soportarlo —apuntó socarrón.

—Capullo —se escuchó desde la mesa presidencial.

—Bueno, no quiero enrollarme mucho, además soy incapaz de decirte nada

que no sepas ya, que más que un amigo eres mi hermano y te deseo... os deseo... todo lo mejor. Que seáis muy felices —afirmó Heit alzando la copa al aire—. John estaría muy orgulloso de ti.

El aplauso fue ganando en intensidad, Max se levantó para ir a darle un abrazo a su amigo, rodeó la mesa y empezó a caminar hacia él entre aplausos cuando algo captó su atención. Ella era así, especialista en hacer la entrada en el mejor de los momentos. Heit vio como Max detenía su avance clavando su mirada en dirección a la puerta, se giró con el corazón acelerado y allí la vio, en ese salón todos seguían aplaudiendo y vitoreando, canturreando el típico «viva los novios», sin embargo Max, Heit y Lena habían quedado detenidos en ese instante, como tantos muchos otros, solo compartido entre los tres. Hasta que la mirada de Lena rehuyó las suyas, y se giró para irse corriendo de allí, Max miró a Heit que no parecía tener intención de hacer nada.

—¡Tío! ¿Qué haces? —le gritó Max, la gente fue callando hasta que en el salón se hizo el silencio y todos les observaron—. ¡Joder! Después decís que el tonto soy yo... pero ve tras ella ¡anormal!

Heit dudó aún unos instantes más, miró a Max que lo observaba con los ojos desorbitados pues no entendía porqué no corría tras Lena, después Heit miró a Andy, que se levantó y le hizo un gesto con la mano que consiguió hacerlo reaccionar, le había costado un poco, aunque al final logró hacerlo, dejó la copa que aún tenía en la mano y salió corriendo al exterior.

—¡Lena! —gritó, por suerte la chica con tacones perdía velocidad, y no tardó en poder alcanzarla—. Espera —suplicó asiéndola de la mano y tirando de ella para detener su huida.

Estaba preciosa, llevaba un vestido de color azul que se ceñía a su perfecta figura, el pelo recogido hacia atrás que dejaba despejado todo su rostro y ese largo y fino cuello. Heit se perdió en sus profundos ojos color avellana. Aún sostenía su mano entre las suyas y decidió que, por nada del mundo la iba a soltar.

Ambos se miraron en lo que pareció una eternidad.

—Ha sido un error venir —la voz de ella tembló, y se rompió casi al final.

—¡No joder! Para nada, el verdadero error fue haberte dejado marchar — declaró Heit.

Heit tiró de su mano para pegarla a su cuerpo, y antes de que pudiese decir nada decidió robarle las palabras con un beso, uno al que ella correspondió. Mimó sus labios con emoción contenida, aún agarrándola de la mano, la besó como si ese fuera a ser el último que le diera, así que decidió regalarle el alma en él.

—Te quiero Lena, te quiero tanto que estoy dispuesto a dejarte marchar — le dijo soltándola—. Siempre estaré esperando a que vuelvas.

Los dos se quedaron mirándose durante un segundo, pero pasado ese tiempo, que para Heit fue demasiado corto, ella se giró para echar a andar de nuevo alejándose de él. Heit observó la espalda de la mujer a la que amaba, demasiado tarde se había dado cuenta de eso, la miró como se apartaba una vez más, consciente de que, si lo hacía era porque él bien lo merecía. Esa era su condena y verla alejarse su penitencia. Sintió tanto dolor que tuvo que girar sobre sí mismo, respiró profundamente para intentar templar sus nervios, y se dispuso a sonreír para terminar de celebrar el día más feliz de Max.

—¿Puede ser ahora? —escuchó que le preguntaba.

La voz de Lena le sorprendió cerca, demasiado cerca ¿estaría soñando? No quiso darse la vuelta para comprobar lo que todos llevaban años diciéndole, que estaba loco.

—Lo de volver —aclaró la voz a su espalda—. ¿Puede ser ahora?

Desde la barandilla del balcón del salón del banquete, envuelto en la música que sonaba, Max observó como poco a poco Lena caminaba tras Heit, no pudo escuchar qué le decía, sin embargo de pronto él se detuvo, aunque tardó aún un poco en darse la vuelta, para acto seguido atraparla de la cintura y besarla. Max sonrió satisfecho.

—¡Menudo beso! —exclamó satisfecho—. Bueno pues, trabajo hecho — susurró sin poder apartar la mirada de sus dos amigos.

Max soltó una carcajada cuando los vio correr en dirección al aparcamiento cogidos de la mano, supuso que ya no vería más a Heit durante el resto de la noche.

—Bien por ti hermano —soltó, alzando la copa al aire para brindar mirando al cielo—. Por Heit y Lena, porque ellos también merecían su final feliz.

—¿Con quién hablas? —inquirió su ahora ya esposa sorprendiéndolo.

—Con John.

Andy caminó hasta colocarse a su lado y cogerle de la mano.

—¿Y qué dice? —inquirió Andy.

—Que ya puede descansar en paz.

—Me alegra escuchar eso.

Epílogo

*2 años antes.
Apartamento.*

Le dolía la cabeza, llevaba horas con esa horrible sensación de mal estar y presión en la sien, como si alguien estuviese agarrándola por el pelo estirándolo, intentando arrancárselo. Parecía que todo se les estaba yendo de las manos y que estaban a punto de atravesar la delgada línea que no les dejaría volver atrás, y eso la tenía atemorizada. ¿Qué sería de ellos cuando todo terminara? A pesar de no quererlo, no podía dejar de pensar en ello. John lo había dicho claro «cuando te marches», él daba por sentado que su relación tendría un final, no sabía cómo, ni cuándo, pero en algún momento todo terminaría.

Se estremeció.

—Tss Lena —llamó su atención John—. ¿Todo bien? —inquirió, y ella asintió—. ¿Seguro? —volvió a preguntar el chico mirándola fijamente.

—Sí.

—Déjala, está mejor que quiere —se burló Heit, que se acercó hasta donde estaba sentada y la miró desafiante—. ¿Verdad?

—Sí amo —susurró ella descendiendo la mirada—. Si no le importa, querría ir a descansar.

—¿Bromeas? —Max apareció desde la entrada del salón—. No fastidies, ¿tienes la regla?

Ella no dijo nada, siguió con la mirada clavada en la punta de sus pies, pero sin saber muy bien porqué, su cuerpo se estremeció.

—Me parece que hoy vas a tener que hacerte una paja —rio con ganas John abandonando el salón—. Bueno chicos, yo me voy a estudiar, no arméis mucho jaleo que nos conocemos.

—Pues vaya mierda —siguió Max—, es pronto ¿quieres ir a tomar una copa? —propuso a Heit, pero este negó con la cabeza—. ¿En serio? ¡Es viernes joder! —se lamentó—. Pues a la mierda, yo voy a salir aunque sea

solo.

—Bien que haces —le animó Heit y volvió a mirar a Lena, que seguía sentada en la silla con la cabeza gacha—. Anda vete a dormir.

Ella desapareció deprisa por el pasillo dejándolo allí. Poco rato después, cuando Max se hubo marchado, el apartamento quedó sumido en el más profundo y acongojante de los silencios, esos que invitaban a pensar. Lena se revolvió inquieta entre las sábanas, apretando con fuerza los ojos rogando por quedarse por fin dormida y así poder descansar. Sin embargo las imágenes de aquella tarde volvían a ella una y otra y otra vez, la tarde en que Heit había llegado enfadado del trabajo, sus ojos enrojecidos, esa manera de mirarla, esa forma de golpearla, ese llanto contenido y esa frase pronunciada con voz rota «haz que me detenga». No podía dejar de pensar en ello. Ese día John le había advertido que no fuese con él, sin embargo ella había desoído su consejo, y Heit... Lena se sacudió entre las sábanas. Esa tarde Heit había sido especialmente cruel, aunque a la par, había sido la primera vez que había visto preocupación real en sus ojos, y de nuevo esa mirada inyectada en sangre, esa mueca de dolor en su siempre sereno rostro, esa forma de apretar los dientes y ese ruego de «haz que me detenga». Él le había pedido que lo obligara a detenerse, y esa idea llevaba mareándola desde aquel día.

—Toma —Heit le arrojó una caja de analgésicos.

La voz del chico la asustó. Lena se incorporó sobre el colchón, apoyando la espalda en el cabezal, cogió una de las pastillas y se la tragó sin mediar palabra, aunque no pudo evitar sentirse desconcertada. A esas alturas, por norma general, Heit ya habría desaparecido de la habitación, no solía permanecer mucho rato junto a ella, a no ser que fuera para follar, sin embargo, esa vez seguía allí, apoyado sobre una de las puertas del armario con ambos brazos cruzados a la altura del pecho, observándola. La intimidaba. Lo llevaba haciendo desde el principio, pero cuanto más lo conocía, más la turbaba, era un gran misterio y a veces pensaba que ni él mismo sabía quién era, como si simplemente ejecutara a la perfección un papel.

—¿Mejor? —quiso saber él, ella simplemente asintió. Heit la miró un

segundo más, antes de dirigirse a la salida de la habitación.

Lena lo observó avanzar hacia la puerta y le sorprendió ver que no hacía con la seguridad que siempre imprimía en cada gesto, sino que parecía dudar, caminaba despacio y cuando alcanzó la salida se detuvo un segundo.

Las manos de Heit se apretaron convirtiéndolas en dos temblorosos puños, debía poner fin a esa locura antes de que echara a perder todo por lo que había luchado, sin embargo de pronto la voz de John retumbó dentro de su cabeza «eres humano, se te permiten tener sentimientos». ¿Podía? Sí ¿Debía? No. Tenía que terminar con eso, con ella, pero podía ser débil solo por esa noche. Tomó aire antes de volver a girarse hacia Lena y allí estaba, mirándolo, sus ojos tan solo se encontraron una milésima de segundo, porque después Lena, con su papel de sumisa bien aprendido, hizo descender la mirada evitando la confrontación directa. Heit se mordió el labio, sabía que se arrepentiría de eso, aunque... Solo esa noche.

—Has ganado perrita —dijo con los dientes tan apretados que le crujió la mandíbula.

—Pero a qué precio —lamentó ella.

Ambos se miraron en lo que pareció ser una eternidad.

—Quiero dormir contigo —y dicho esto Heit tiró del borde de su camiseta para desprenderse de esta. Sin esperar respuesta caminó hasta la cama y se metió bajo las sábanas junto a ese tan deseado cuerpo—. Lena como...

—Tranquilo —le cortó ella acurrándose contra él y dejándose abrazar—, será algo solo entre tú y yo.

«John tenía razón, calentita y suave», y con ese pensamiento se durmió.

—¡Eh! La tierra llamando a Heit —Max palmeó ambas manos frente a su cara, haciéndole regresar—. ¿Qué pensabas?

—En que John tenía razón.

—Siempre la tenía —confirmó Max—. Menos cuando se equivocaba.

—Que era bastante a menudo —bromeó Heit.

—Bueno chicos yo me voy —Max dio una patada a la lápida de John a modo de despedida—. Nos vemos la semana que viene capullo —le dijo a la fría piedra.

—Yo me quedo un poco más.

—¿Sí? Vale. Dale recuerdos a Lena —dijo encajando la mano con Heit—. Oye, y no olvidéis lo del sábado, eh.

—Tranquilo —le sonrió Heit—, allí estaremos, en primera fila.

—Y con las camisetas.

Heit lo miró con cara de pocos amigos, puñeteras camisetas, eran horribles, pero no dijo nada y se calló, Lena le había advertido con eso, que ni se le ocurriera abrir la boca.

—Y con las camisetas —confirmó de mala gana.

—Va a ser un concierto épico —exclamó Max contento.

—El puto concierto del año —le confirmó Heit.

Max sonrió satisfecho, volvió a despedirse de John y empezó a emprender el camino hacia la salida. Heit se quedó solo frente a esa lápida, era final de verano y aún hacía algo de calor, por suerte esa parte del cementerio era poco concurrida, cosa que agradecía. Heit sacó del bolsillo de sus pantalones la cartera, y de dentro de esta una fotografía que miró un instante antes de dejar sobre el césped, pues era para John.

—La graduación fue genial —empezó a explicarle—, Lena estaba guapísima y nerviosa como un flan —sonrió al recordar ese día—. Solo faltaste tú —suspiró—. Estarías orgulloso de ella, supongo que de todos —comentó. Heit miró la fotografía de Lena con la toga y el birrete y no pudo evitar sentir un vuelco en el corazón, felicidad, qué abrumadora era—. Bueno, yo también me tengo que ir, pero... quería darte las gracias John, gracias a ti hemos llegado donde estamos ahora, no ha sido fácil, pero aquí estamos. Te quiero hermano, te juro que no desperdiciaremos ni un segundo del tiempo que nos has regalado.

Agradecimientos

De nuevo estoy ante la hoja en blanco. La muy puñetera parece que quiere intimidarme, sin embargo no me voy a dejar, tengo demasiadas cosas que agradecer.

Solo llevo unos pocos meses en este mundillo y ya he catado todo, desde las denuncias injustificadas, los bloqueos y comentarios maliciosos... hasta las cosas más maravillosas del mundo, como que alguien te abra privado para comentarte la novela, decirte lo mucho que se ha enfadado con X o Y personaje, lo que le ha hecho sentir la historia... y eso es maravilloso, espera, lo repito MARAVILLOSO (aquí mi correctora dirá que no van mayúsculas, pero venga, déjalas que quedan bien).

Es mejor quedarse con lo bueno, por lo que me voy a centrar en lo positivo. Quiero empezar estos agradecimientos, como no podía ser de otro modo, **dándole las gracias a mi lectora 0 y a mi correctora**, porque no solo son eso, son amigas: me animan, me hunden, me critican, me exigen... pero siempre, siempre, siempre están ahí.

A las **chicas del Chat** de la LC de Max, aunque creo que deberíamos cambiarle ya el nombre al grupo ¿no? María Elena Ayala, Fontcalda Alcoverro, Zaraida Méndez, Olga LB, Niyireth Urrea, Cristina Gpe, Paqui Medina, Vicky B F Fcc, Iratxe Ortiz, María Arribas y la última incorporación Pili Moliner... Gracias por todos los comentarios, consejos, correcciones y tirones de oreja que me habéis dado. Gracias por meterme prisa y, por no pasarme ni una. Por estar ahí y apasionaros tanto con esta historia. **¡Mil millones de gracias!**

Gracias también a las **Marirreperas** por la lectura conjunta de *Juegos salvajes: Lena*. Ha sido una experiencia muy enriquecedora, de la que me llevo mucho, he aprendido de todo lo que me han dicho y de lo que no, también. **¡Gracias chicas!**

Juegos salvajes ha sido una auténtica montaña rusa, jamás pensé llegar tan lejos, ya que escribí algo para dejarlo en un cajón, jamás habría publicado semejante locura y ahora, no me arrepiento de ello, al contrario, me encuentro que tengo ganas de más, y eso es gracias a vosotras: Nani Mesa, Mariluz Aquino, Beatriz Ponsier, Karla CA, Nesly Lugo, Cin Castro, Silvia Azzolín,

Esther Gcía, Marina Fort, Marta Sedano, Tammy Mendoza, Neneta Nin, Mariluz Aquino, Bella Hayes, Verónica Rubio, Dayi, Martina Dacosta, Ana Belén Galán, Marta Ortiz, Maggie Medécigo, Sheila Maldonado, Maite... Sois muchas y seguro que me olvido de alguien, así que lo siento. Gracias por leerme, aunque sobre todo gracias por querer compartir conmigo vuestras impresiones, **¡ha sido divertido!**

Esto termina, es el final de una historia, una en la que me he volcado mucho, hay mucho de mí en estas páginas, y sé que me va a costar lo inimaginable desprenderme de todos ellos, que me han acompañado tantos años. Sin embargo todo principio tiene un final, y este es el de Juegos Salvajes. Si has llegado hasta aquí, a ti también te doy las gracias. Espero que podamos leernos pronto en otras historias, otros mundos, otras vidas...

Me despido con una sonrisa en los labios, porque de verdad, me habéis hecho muy feliz.

¡Gracias a todos! ¡Hasta pronto!

Lena Wolf